



HORIZONTE

GUARDIANES DEL ALMA LIBRO 3

KIM RICHARDSON

GUARDIANES DEL ALMA
* Libro 3 *

HORIZONTE

KIM RICHARDSON

Traducido por Ana Desiree Baehr M.

Horizonte, Guardianes del Alma Libro 3:
Copyright © 2015 por Kim Richardson
www.kimrichardsonbooks.com

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a los acontecimientos históricos, gente real o locales reales se utilizan ficticiamente. Otros nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y su parecido con hechos, locales o personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente.

Este libro está autorizado para su disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede ser re vendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para compartirlo con cada persona. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, entonces debe devolverlo y comprar su propia copia. Gracias por respetar la obra del autor.

Más libros por Kim Richardson

SERIE DE GUARDIANES DEL ALMA

[Marcada Libro # 1](#)

[Elemental Libro # 2](#)

[Horizonte Libro # 3](#)

[Inframundo Libro # 4](#)

[Seirs Libro # 5](#)

Mortal Libro # 6

Segadores Libro # 7

Sellos Libro # 8

SERIE MÍSTICA

El Libro del Sexto Sentido # 1

El Libro de la Nación Alfa # 2

El Libro del Nexo # 3

Para Jacques

Capítulo 1

Olvidada

Kara Nightingale estaba sentada sobre un piso frío de piedra. Se sentía entumecida y vacía, vacía de todo sentimiento. Podía oír el coro desgarrador de gemidos distantes de los otros prisioneros, y se preguntó cuándo empezaría a tener alucinaciones ella misma. No quería que las sombras de la oscuridad perenne de su celda le hicieran perder la cabeza. Las voces de los muertos y los olvidados eran sus únicos compañeros.

Con el tiempo, los muros grises irregulares se habían convertido en un alivio para ella. No había tenido ningún visitante desde que el arcángel Zadkiel se la había llevado a la cárcel y encerrado en su celda. Había montado en la parte posterior de una de las grandes águilas, como un caballero montado en un corcel de gran calce. Ella había viajado suspendida por debajo entre las garras afiladas del ave, como una presa lista para ser comida. Zadkiel había sido la última persona que había visto, y se preguntó si alguna vez vería a alguna otra alma otra vez.

Kara suspiró. Tomó una piedra afilada y se volvió contra la pared detrás de ella. Se acercó y raspó la roca en la piedra con suficiente presión para hacer un pequeño guion en forma de una línea dura. Se sentó sobre sus talones y admiró su labor. Cada marca representaba un día.

Contó veintiocho pequeñas marcas. No estaba segura si sus cálculos eran correctos; era difícil determinar el tiempo en Horizonte, porque la oscuridad la rodeaba todo el tiempo, y nunca veía la luz del día. Pero pensó que su cálculo era más o menos correcto, dando de margen un par de días. Pero, ¿qué importaba de todos modos? Los ángeles no eran mortales. El tiempo tenía un significado totalmente diferente en Horizonte. Su primera asignación como una guardiana le había enseñado eso.

Con la garganta apretada, recordó la primera vez que había estado encerrada en el Tártaro. Podía recordar la cara sonriente de David cuando llegó a rescatarla y se había parado en el umbral de su celda. Su *caballero de brillante armadura*, había dicho él. Pero nadie había venido por ella esta vez. Ella había estado encerrada durante casi un mes, olvidada como un par de zapatos viejos.

No le hacía ningún bien pensar en el pasado.

Ella estaba realmente asombrada de que todavía no había perdido la cordura. Los locos gemidos y aullidos de sus vecinos la hacían pensar que habían al menos una docena de otros presos encerrados... ¿Cuántos niveles y células habían en el Tártaro? No tenía ni idea. Miles tal vez. Se preguntó cuánto tiempo habían dejado abandonados a los otros presos desvaneciéndose en el tiempo para que sus mentes no pudieran reconocer más entre la ilusión y la realidad.

¿Cuánto tiempo tendría que pasar hasta que ella empezara a gemir y a marchitarse? Tal vez contar los días mantendría su mente funcional y sana.

Ardía con el deseo de hablar con el Consejo y reclamar una vez más su inocencia. La energía

de esa idea la mantenía viva. Confiaba en que algún día, pronto, podría enfrentarse a ellos y probar de una vez por todas que no era un espía del demonio, sino un ángel adolescente normal, si es que tal cosa existía. No era el enemigo que la acusaban de ser. Podían confiar en ella. Era una de las buenas, ¿cierto?

Kara reclinó su cabeza contra la pared. Ella sabía que realmente había hecho mal un montón de cosas. Casi había matado a un compañero tutor. Luego, escapó del Tártaro sin esperar su juicio. Había olvidado su mandato para salvar a los mortales y había estado preocupada con una búsqueda egoísta para salvar el alma de su madre. Se había convertido en un vigilante, una marginada del mundo sobrenatural. Ella sólo podía adivinar lo que el consejo haría con ella, aunque sabía que iba a ser muy desagradable...

Con un suspiro, Kara dejó caer su cabeza sobre sus rodillas. Recordaba la sonrisa malvada en la cara del Arcángel Zadkiel. Polvo y pequeños escombros habían caído desde el techo a sus ojos cuando golpeó la puerta de la prisión para cerrarla. Sus ojos habían destellado con satisfacción. Amplias arrugas, como patatas fritas, se habían formado en la parte superior de su calva cabeza. Sus profundos ojos negros y cejas pobladas se habían burlado de ella. Recordó preguntándose por qué estaba el tan satisfecho. Le parecía que el Arcángel tenía una vendetta personal contra ella y no podía esperar hasta que la encerraran. Zadkiel había ignorado sus alegatos para llevarla directamente a Gabriel. Había ignorado su información sobre los planes de Asmodeus... ella no estaba segura de que le hubiera escuchado nada de lo que había dicho. Era como si se hubiera quedado sordo. No deseaba nada más que hacerla callar, echarla en la cárcel y deshacerse de ella para siempre.

Kara se tragó su resentimiento y meneando su cabeza murmuró: "Estoy realmente jodida..."

"Todavía no".

Kara se congeló. Esforzó sus orejas y se dio cuenta de que la voz venía de atrás de la pared.

"¿Quién es? ¿Quién dijo eso?" Kara volteó sobre sus rodillas y vio de frente hacia la pared. Una inspección más cercana reveló una gran grieta con forma de rayo en la roca irregular. La voz venía a través de ella. Se acercó más al agujero.

"Tienes que salir de aquí, Kara", dijo una ronca voz a través de la fisura.

Kara imaginó que la voz pertenecía a un anciano. La imagen de Merlín el Mago con largo cabello blanco y barba blanca desaliñada que le llegaba hasta el piso, le vino a la cabeza. "Tienes que detener a Zadkiel antes que sea demasiado tarde".

"¿Qué—? ¿Quién eres? ¿Y cómo sabes mi nombre?" preguntó Kara con sus labios rozando la pared de roca afilada. Ella se esforzaba para lograr ver algo a través de la grieta, pero sólo lograba ver una sombra.

Hubo un momento de silencio y entonces el hombre habló otra vez. "Escuché a los guardias hablar de ti. Sé que eres el ángel de la guarda Kara Nightingale. También sé que eres diferente de la mayoría de los Ángeles, y que posees poderes únicos e increíbles, poderes que asustan y enojan al Alto Consejo. Tienes muchos enemigos en la Legión, querida.

Kara escuchó como el anciano aclaraba su garganta, y luego habló otra vez. "Entiendo que esta es la *segunda* vez que estás en el Tártaro, y que eres hija de Asmodeus".

Kara se estremeció a la mención de las últimas palabras. Le resultaba extraño cómo el hombre lo había dicho sin emoción alguna, como si fuera un conocimiento común entre todos los prisioneros. Se encontró preguntándose si este hombre era otro loco y si todavía guardaba algún

rastro de cordura. ¿Sería el tipo de loco que nunca callaba y seguía divagando para siempre? ¿La acompañarían sus divagaciones hasta el fin del tiempo o hasta que se volviera completamente loca? Él sabía quién era. Tal vez los otros presos no estaban tan locos.

"Mi nombre es Legan", dijo el desconocido. Su voz era suave y gentil, para nada el tono de un loco incoherente.

Él continuó, "... y lo que tengo que decir ahora es muy importante. Tienes que prometerme que le dirás al Consejo exactamente lo que voy a decirte. No puedes olvidar un solo detalle. Prométemelo, Kara".

Kara se enderezó. Ella no podía evitar asombrarse después de lo que había escuchado.

"Eh... encantada, Legan. Pero, ¿de qué estás hablando? ¿Qué es exactamente lo que quieres que le diga al Consejo? Es probable que nunca llegue a ellos... así que podrías estar perdiendo el tiempo. Tengo el presentimiento de que vamos a estar aquí por mucho, mucho tiempo".

Kara escuchó pies arrasándose y luego un suave "plop". Ella sabía que Legan se había sentado. Ella presionó su mejilla contra la pared y sintió un hormigueo fresco contra su piel de ángel. El prisionero estaba silencioso otra vez. Kara se preguntó si estaba preparando sus próximas palabras cuidadosamente, para tratar de convencerla de alguna manera.

"Tienes que decirle al Consejo", dijo Legan "que Zadkiel es un *traidor*", dijo entre dientes.

Kara notó su disgusto cuando pronunció el nombre de Zadkiel, como si el propio nombre se pudriera en su boca. A ella nunca le había gustado el Arcángel Zadkiel; siempre la hizo sentir incómoda y grotesca. La había llamado *porquería del demonio* más de una vez. Kara sonrió y sintió una empatía inmediata hacia Legan, porque también odiaba a Zadkiel. Tal vez podían ser amigos.

"Nunca me agradó", anunció Kara. "Siempre me dio escalofríos. ¿Dices que es un traidor? ¿Estás seguro?" Ella cruzó los dedos. "¿Tienes pruebas?"

"Todavía no", respondió Legan y Kara pudo escuchar la decepción en su voz. "Tiene a todo el Consejo engañado. Pero a mí no me engaña. Sé a qué amo es al que verdaderamente sirve. Por eso terminé aquí. Él sabía que yo estaba tras de él. Tenía que deshacerse de mí. Verás, yo estaba a punto de revelar su *marca*".

Kara se estremeció ante la mención de la marca. La marca era el símbolo de lealtad al demonio. Una horrible cicatriz, la marca de un demonio parecida a la tela de araña, se había envuelto alrededor de su tobillo una vez. La Legión entera la había acusado de ser un espía del demonio a causa de ello. David había desconfiado de ella cuando la vio en su piel. Su pecho se encogió cuando recordó su cara enojada y confundida cuando ella le mostró su tobillo. Ella sólo lo había frotado, como si no fuera nada importante. Nunca podría haber imaginado el caos que causaría más adelante. Aunque el arcángel Raphael la había removido, el daño estaba hecho. Sabía que los ángeles no confiarían nunca más en ella.

"¿Dónde está marcado?" preguntó Kara abruptamente, con un tono de voz más alto de la que ella hubiera querido usar. No podía imaginar dónde estaría la marca en él. Claramente, estaba oculta.

"No lo sé", dijo Legan, y Kara lo oyó suspirar. "La marca está bien escondida. No puedo decir cómo se las arregló para ocultarla, aunque debe estar usando a algún tipo de ilusión para enmascararla. Un dispositivo de camuflaje de algún tipo, no estoy seguro. ¡Pero sé que él está marcado!"

Kara se mordió el labio. Se preguntaba sobre la historia de Legan. Tal vez Zadkiel había encerrado al viejo, y ahora él quería vengarse de él de alguna manera. Involucrarse con un loco no podría ayudar su situación actual de ninguna forma, ella sabía eso. Con un suspiro de resignación, se empujó lentamente de la pared y se sentó con la espalda contra la roca irregular.

Después de unos minutos de silencio, Kara escuchó decir a Legan: "No me crees, crees que soy un viejo loco, ¿no? Crees que lo inventé todo".

"Ya no sé qué creer. Si tienes algún problema con Zadkiel... ese es tu problema. Tengo suficientes problemas propios. No necesito esto ahora. Tal vez deberías pedirle a alguien más que te ayude".

Kara lanzó una piedra contra la pared opuesta y dejó caer su cabeza.

"No puedo pedirle esto a nadie más. Eres la única. Esta es *tu* tarea y solo *tú* puedes llevarla a cabo. Tienes que creerme, cuando digo que sólo *tú* puedes hacerlo, Kara", dijo Legan.

Kara sintió una cierta urgencia en su voz que la hizo sentir incómoda. "Zadkiel no devolvió el alma de tu madre al Salón de las Almas... "

"¿Qué?!" Kara saltó a sus pies y golpeó su frente en la pared de la celda. "¿Cómo supiste sobre el alma de mi madre?"

Recordaba la sonrisa de satisfacción en la cara de Zadkiel cuando ella le había dado el frasco que contenía el alma de su madre. Ella se dio cuenta en un momento de horror que no sonreía porque podía devolver el alma al Salón de las Almas — estaba sonriendo porque *no* iba a hacerlo. Había sentido un escalofrío en ese momento y sentía otro ahora. ¿Qué le había pasado al alma de su madre?

"Yo sabía muchas de las cosas que ocurrían en Horizonte, querida". Continuó Legan, "he vivido, vamos a decir... durante mucho, mucho tiempo. No se me escapa nada... bueno, no se me pasaba nada hasta que me metieron aquí. Pero eso ya no importa. Lo que importa ahora es lo que tú hagas ahora. Créeme cuando te digo que no regresó el alma de tu madre".

La tierra tembló ligeramente y Kara se sujetó de las paredes para evitar caer. El único pensamiento feliz que la había mantenido todo este tiempo en la prisión era esa convicción de que el alma de su madre estaba segura entre todos los otros globos brillantes, flotando en el Salón de las Almas. Pero ahora esa esperanza se había perdido. Trabó su mandíbula. Qué tonta había sido. La habían encerrado en la cárcel para nada. Kara esperó que la sensación de mareo se le pasara antes de hablar otra vez.

"¿Cómo sé que me dices la verdad y que estas no son algunas fabricaciones fantásticas de tu mente enferma? ¿Cómo sé que no estás trabajando con Zadkiel para que me maten?"

"No hay forma de hacerlo. Tienes que confiar en mí", dijo con una voz suave.

Cuando Kara no contestó, Legan continuó.

"Créeme, Kara. Te digo la verdad. Parte de ti sabe que digo la verdad... puedo sentirlo".

El silencio descendió en la habitación. Kara realmente deseaba volver a estar con su madre. Si lo que el viejo decía era cierto, entonces su madre estaba en peligro. Tenía que hacer algo.

"¿Qué puedo hacer?", dijo Kara, y sabía que no podía ocultar el temblor en su voz. "¡Estoy atascada aquí! ¿Cómo voy a poder hacer algo? ¿Sabes acaso cómo salir de aquí?" Kara lanzó su peso contra la dura pared, pero era como intentar mover un elefante. Ella sabía de sobra que no podría abrirse camino hacia fuera. Pensó intentar forzar la cerradura, pero ¿había una cerradura en la puerta de su celda? Ella no recordaba haber visto una. La desesperación la ahogó. ¿Cómo iba a

salir?

"No estarás encerrada en el Tártaro por mucho tiempo", le informó Legan, como si leyera su mente. "Pronto serás convocada a una audiencia para enfrentar los cargos impuestos sobre ti por el Alto Consejo. No será fácil, ya que el Consejo ha sido engañado por el veneno de la boca de Zadkiel. Pero debes detenerlo. Esta será tu única oportunidad. Nuestra *única* oportunidad. ¿Entiendes? Si no tienes éxito, estamos muertos".

Kara sintió otro escalofrío subir por su espalda. Se estremeció involuntariamente. "¿Qué quieres decir exactamente?" Ya era bastante malo que fuera en parte responsable de permitir que los demonios cruzaran al mundo mortal. Ella no quería que la caída del mundo angélico también recayera en su conciencia... Sería demasiado para una sola alma.

"Uh... Estoy completamente perdida. ¿Qué es exactamente lo que debo hacer?"

"Lo debes tocar".

Kara sacudió la cabeza. "¿Disculpa? ¿Estás loco? ¿Tocarlo?!"

"Sí", dijo Legan, "un solo toque y la marca se mostrará".

El pánico brotó dentro de su pecho. No podía ver cómo ella podría conseguir acercarse lo suficiente como para tocarlo. Este plan iba de mal en peor. "Nunca me dejarán acercarme a él. Yo soy el engendro del demonio; ¿Recuerdas? Me matarán si me acerco a alguien del Concilio, y entonces ¿a dónde iríamos a parar?..."

"Pero debes hacerlo, Kara. Debes tocarlo y mostrarle al Consejo a qué amo es al que realmente está sirviendo. Te creerán una vez que la marca se revele. Lo prometo".

"No lo sé. Esto no suena como un buen plan". Kara apoyó la cabeza contra la pared. Una imagen del bello rostro de su madre bailaba delante de sus ojos. Música de cámara se coló por sus orejas. Recordaba como escuchaba a Billie Holliday mientras lavaba los platos con su madre cantando en coro y derramando agua por todo el piso de linóleo. Sus nervios se agitaban como gelatina. Debía intentarlo, por su madre.

"De acuerdo. Lo haré".

"Bien", dijo Legan, y Kara estaba segura de que había sonreído. "Ya no falta mucho".

Kara no estaba segura de lo que había querido decir con eso. ¿Era este plan la idea de un loco? ¿Cómo sabía cuándo la iba a convocar el Consejo? ¿Qué tan profundas eran sus conexiones con el mundo exterior? Había estado encerrada durante tanto tiempo que ella había comenzado a olvidar lo que se sentía estar fuera de estos muros. Algo daba vueltas en el fondo de su mente.

"Legan. ¿Por qué no me habías hablado antes? ¿Por qué ahora?"

"Bueno, no estaba *aquí* antes. Es decir, estaba en un lugar distinto".

¿Como en otro nivele o algo así?" Kara se preguntó cuántas células pertenecían al bloque de hormigón al que llamaban una prisión. Era una enorme estructura. Pensó que debía sostener millones de células en dónde había millares de ángeles inocentes encerrados.

"Pues... sí... supongo. Algo así", dijo Legan. "Aquí vienen. Prepárate, Kara. Nos veremos pronto".

"¿Qué?" Kara oyó un ruido seguido de una explosión ensordecedora. Se sacudieron las paredes de su celda y por un momento Kara pensó que era un terremoto, pero rápidamente se dio cuenta de que era imposible porque ellos estaban flotando en un cubo gigante. Ella giró alrededor, se limpió el polvo y la suciedad de los ojos y parpadeó. Kara estaba frente a los penetrantes ojos dorados de un águila gigante.

Capítulo 2

Zadkiel

Kara caminaba por el interminable pasillo que conducía a la sala del Alto Consejo. Altos muros grises vestidos con coloridos tapices y el retrato ocasional de un importante ángel-oficial la rodeaban por ambos lados. El aire viciado estaba caliente y el polvo hacía cosquillas en su nariz. Sus botas hacían eco a través de los pasillos vacíos, cortando el inquietante silencio como un cuchillo. Las exquisitas puertas de madera de las oficinas le recordaron a Kara el monumental hotel Chateau Frontenac donde había pasado un día explorando los diferentes niveles en una excursión escolar. Se asomó a través de una puerta abierta. Se dio cuenta de que era una oficina, y caminó hacia dentro. Estaba llena de papeles y había libros apilados hasta el techo, como escaleras torcidas. La luz se filtraba desde un ventanal en el extremo opuesto, iluminando las miles de partículas de polvo que flotaban en el aire, como copos de nieve en miniatura. La oficina parecía desierta. Kara se sintió incómoda. ¿Dónde estaba todo el mundo?

A diferencia de las otras veces que había sido convocada al Consejo, cuando las salas habían estado llenas de curiosos, esta vez los pasillos estaban desiertos. Ni un oráculo vino a darle la bienvenida a la plataforma de aterrizaje para escoltarla al Consejo, como lo hacían siempre. No había venido nadie, y sintió un desagradable escalofrío en su espalda. ¿Qué estaba pasando?

Kara salió de la oficina y siguió su camino hacia la sala del Consejo. Extendió la mano y arrastró sus dedos a lo largo de las paredes, tranquilizándose a sí misma, palpando para sentir que eran reales, y que no estaba en su celda alucinando. Se preguntó si se habría vuelto loca, y todo esto estaba en su mente. Kara sacudió la cabeza y apretó el paso. Ella pensó que una vez llegara al Consejo todo quedaría claro. Todo tendría sentido.

Vio las gigantescas puertas metálicas de la sala del Consejo en el otro extremo del pasillo. Se presentaban ante ella, majestuosas y acusadoras. La juzgaban antes de que incluso iniciara su caso. Se acercó a ellas y presionó sus temblorosas manos contra el frío metal. La incertidumbre la inundó. Se preguntó qué pasaría cuando entrara a la cámara. ¿Le creería ahora el Consejo Superior o simplemente la encerrarían otra vez hasta que se marchitara, terminando loca de remate? Le intrigaba saber por qué la había encerrado por tanto tiempo.

Se armó de valor. Lucharía por la verdad, incluso si eso significaba que la echaran de vuelta en la cárcel. Pero ella no podía olvidar lo que le había contado Legan... lo importante que la había hecho sentir, el indicio de desesperación en su voz. Ella tenía un trabajo que hacer. Tenía que acercarse a Zadkiel de alguna manera. Tenía que tocarlo. Una vez que la marca fue revelada, el Consejo le creería. Legan se lo había dicho. Ella decidió correr ese riesgo. Legan le había dado una oportunidad y tenía que tomarla. Luchó por controlar sus nervios. Se preparó y empujó las puertas metálicas.

Las bisagras de las puertas rechinaron a medida que las abrió. Se adentró en la cámara y se detuvo. La gran sala redonda estaba vacía, excepto por siete Arcángeles que estaban sentados

detrás de un escritorio negro brillante sobre una tarima, en el extremo opuesto de la habitación, como un diamante negro gigante. La luz amarilla se derramaba a través de la redonda cúpula de vidrio que estaba encima de ella, como un enorme invernadero, llenando la sala con una suave luz. Estallaron espasmos por todo el cuerpo de Kara, y ella se obligó a mantener la calma. No quería que los arcángeles notaran su temor. *Sé fuerte.*

Kara analizó la habitación rápidamente. David tampoco estaba aquí. En realidad no estaba segura de por qué esperaba verlo aparecer. Él no había venido a verla en Tártaro. Pero tampoco estaba segura de si se le permitía tener visitantes. Probablemente no. ¿Tal vez tuvo que esconderse? Se convenció a sí misma que David estaba ocupado en otro lugar, o que él simplemente no sabía que su juicio era hoy... lo cual era muy poco probable...

Trabó su mandíbula. Las palabras de Legan hicieron eco en su cabeza. Levantó los ojos y encontró la mirada de Zadkiel. Ella se estremeció. Sus negros ojos la atravesaron. Tenía una mezcla de satisfacción y desprecio pintada la cara. Él estaba buscando su rostro, leyendo el miedo en sus ojos. Su cabeza calva contrastaba contra la túnica roja, como una cabeza cortada sobre un muñón sangriento. Se forzó a no desviar la vista. No quería darle la satisfacción. Se sintió llena de odio. ¿Qué le había hecho al alma de su madre? El pagaría por eso. Su oportunidad había llegado, ella sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Kara apretó los puños y caminó hacia adelante. Sabía la rutina y caminó hacia el solitario banco convenientemente colocado debajo de los miembros del Consejo. Ella supuso que se sentaban en una plataforma elevada para poder ver hacia abajo a la pobre alma que fuera citada. Un juego de poder. Pero ahora era su turno. Se dejó caer en el banco, sentándose tranquilamente con las manos sobre sus rodillas y miró hacia arriba. Se encontró con la mirada de Uriel. Ella le vio levantar las cejas, pero su rostro era ilegible, como siempre.

“Kara Nightingale”, dijo Uriel, en un tono musical. “Que agradable verte de nuevo tan pronto”.

“¿Esto es pronto?” dijo Kara abruptamente antes de que pudiera detenerse a sí misma. Presionó sus labios, abriendo desmesuradamente los ojos. Vio un dejo de molestia relampaguear por un segundo en la cara perfecta de Uriel. Sus ojos oscuros brillaban mientras estudiaba a Kara. La luz que entraba de arriba iluminaba sus rasgos delicados y su sedoso cabello castaño.

“Hay dos graves acusaciones contra ti”. Uriel entrelazó los dedos. Su túnica dorada brillaba bajo la luz, y a Kara le pareció que se veía como una estatua de oro. “De hecho, ambas son muy graves, y me encuentro muy decepcionado, Señorita Nightingale. Guardábamos grandes esperanzas de tener un guardián con tus talentos especiales. Prometías mucho. Nos enfrentamos a tiempos terribles, y esto es muy lamentable”.

Kara lo veía fijamente, perpleja. No estaba segura de lo que quería decir con tiempos terribles. ¿Se había perdido de algo? ¿Se refería a la masiva liberación de demonios en el mundo mortal? Se reacomodó en su asiento y trató de no sentirse culpable. Ella sabía que haber herido a Al había sido un accidente, pero escapar del Tártaro no lo era. Confiaba en que el Consejo no supiera que David o los demás estaban involucrados en su fuga.

“El Consejo ha tenido tiempo para revisar tus casos ampliamente”, continuó Uriel, presionando sus labios en una línea dura. “Después de escuchar a los testigos y revisar las pruebas en el primer caso, el Consejo ha votado y te ha encontrado *culpable* del delito de intento de asesinato de un compañero guardián”.

“¿¡Qué!? ¡No pueden hablar en serio!” Kara no pudo ocultar la ira en su voz. Saltó agitando sus manos en el aire. “Fue un accidente. ¿Quiénes son los testigos? ¿Hablaste con David McGowan? Él estaba ahí... puede decirte que fue un accidente. ¿Qué pasa con el Arcángel, Cassiel? Él puede decirte...”

Uriel levantó su mano para silenciar a Kara. “Hemos interrogado al Arcángel Cassiel en varias ocasiones. Él cree que fue un accidente... pero las evidencias hablan por sí mismas. Lamentablemente para ti, nunca encontramos la daga de la que hablaste. Atacaste con saña a un ángel desarmado... y casi lo matas. Afortunadamente, él vive, el Arcángel Raphael lo curó, así que tu sentencia será menos severa”.

Kara tembló. La rabia estalló dentro de ella. Luchó para controlar su temperamento. Había actuado todo el escenario en su cabeza durante semanas y esto no era como ella se lo había imaginado. Vio a Zadkiel con furia. Para su sorpresa, su rostro mostraba abiertamente su inmensa satisfacción.

“¡Esto no es justo! Este no es un juicio. ¡Los testigos son unos mentirosos! ¡Fue un accidente!” gritó Kara antes de que pudiera detenerse. Sintió que estaba perdiendo el control.

Uriel se inclinó hacia ella. “Cálmate, señorita. Sin la evidencia de la navaja, es su palabra contra la tuya”. Sus ojos oscuros oscilaron, estudiando a Kara momentáneamente. “Y de lo que hemos indagado, tu no saliste lesionada... ¿correcto?”

“Sí, pero...”

“Un terrible crimen fue cometido”, continuó Uriel como si no hubiera oído a Kara. “Uno de los involucrados casi muere, mientras que el otro no tenía ni siquiera un rasguño. Todos los testigos dicen que lo atacaste por detrás, dejándolo indefenso, incapaz de luchar. ¿Cómo podría haberse defendido de tal ataque? Así que dime ahora, señorita Nightingale. ¿Cómo esperas que te creamos cuando toda la evidencia apunta a ti?”

Kara suprimió el grito que estaba formándose en su garganta. Su labio inferior temblaba. Apretó sus puños. “Porque es la verdad. Nunca quise hacerle daño. Fue un accidente. Entrenábamos... y luego Al y David empezaron a pelearse. Lo vi sacar una espada de muerte... iba a hacerle daño...”

“Sí, todos hemos oído esto antes”. Uriel se sentó, con el rostro inexpresivo, tamborileando sus dedos sobre el brillante escritorio negro. “Por desgracia para ti, no encontramos ninguna espada. Nunca la hubo, ¿no es así? Has inventado esa tonta historia para ocultar tu crimen”.

El terror brotó dentro de ella. Esto era mucho peor que lo había imaginado. “No, eso... eso no es verdad”, dijo vacilante. “¡Había una espada! Yo la vi. Era negra... y tenía marcas...”

“¡Basta de mentiras!” rugió Uriel haciendo hacia atrás su silla y poniéndose de pie. Su túnica se elevó ante él como oro líquido. “Hemos votado, y el Consejo te ha encontrado culpable. La decisión es definitiva. Estás por lo tanto, sentenciada a cumplir tu condena en el Tártaro... por quinientos años”.

Kara estaba en shock... no le habían creído. El miedo le carcomía el alma. Sabía que no podría sobrevivir ni siquiera unos pocos meses más en Tártaro, no digamos quinientos años. El peso de las palabras de Uriel la jaló hacia abajo, como una cadena de metal atada alrededor de su cuello. La habitación comenzó a girar y Kara se esforzó para no desmayarse.

“Pero...” Agregó Uriel, mientras ella trataba de absorberlo todo, “si das los nombres de los ángeles que te ayudaron escapar de Tártaro... el Consejo ha acordado reducir tu sentencia”.

Kara levantó los ojos. “Fui yo sola, nadie me ayudó”. Su voz temblaba, pero no le importó.

“¡Mentirosa!” El Arcángel Zadkiel saltó y apuntó un dedo grande hacia Kara. Su cara se retorcía con asco. Kara lo miró de vuelta, deseando poder golpearlo en el rostro. “¡Ella miente! Los guardias nos dijeron que ella había recibido ayuda. Vieron a otros *tres* ángeles. ¡Danos sus nombres!”

“Los guardias se equivocan”, respondió a Kara, alegrándose de que su voz estuviera más firme. Vio a Zadkiel con rabia. El verdadero traidor, posando como el chico bueno. La enfermaba. “Me escapé por mi cuenta. No recibí ninguna ayuda”. Ella recordó la expresión arrogante de David cuando fue a rescatarla. Había sido un gran momento para ambos.

Zadkiel empujó el escritorio hacia delante con un puño gigante, y Kara se preguntó cómo no lo había roto. Insultó a Kara desde su asiento. “¿Cómo podemos permitir que esta porquería viva y difunda sus mentiras? Ella es hija del demonio. Todos ustedes están conscientes de esto. ¡El creó ésta *monstruosidad* y la disfrazó como una chica para engañarnos a todos!”

Se volvió para ver de frente al Consejo y agitó sus brazos teatralmente. “No se deje engañar por ella. Es una criatura del mal, un engendro de las tinieblas, enviada para destruir nuestro mundo. ¡Ella intentará matarnos a todos! Yo voto por la muerte verdadera. Matemos al demonio. ¡Deshagámonos de ella una vez y para siempre!”

Kara notó la piel de Zadkiel mutarse a un tono más oscuro, y luego volver a su tono oliva normal. Las murmuraciones llegaron a sus oídos, y vio a algunos miembros del Consejo asintiendo con la cabeza, en acuerdo.

Una vez que los susurros cesaron, una hermosa mujer Arcángel con sedoso cabello rojo y verdes y vaporosas túnicas dijo: “No perdamos la cabeza, Zadkiel”. Kara la reconoció inmediatamente. Era el Arcángel Camael. Ella siempre había mostrado bondad hacia Kara. Y Kara se preguntó si Camael le creería.

“Ella será castigada por su crimen”, continuó Camael. “Como hemos discutido anteriormente, la verdadera muerte no será aplicable en este caso”.

“¡Yo digo que lo hagamos! Debemos votar otra vez”. Zadkiel se volvió y enfrentó a Kara, con una mirada fulminante. “¡Debería morir por sus crímenes! ¡No podemos dejarla vivir y corromper a otros ángeles!”

“¡Basta!” gritó Uriel. “Ya hemos pasado demasiado tiempo discutiendo estos casos. Kara Nightingale es un ángel único... y debe ser tratada como tal. No sufrirá la muerte verdadera. El Consejo ha votado”.

Uriel cruzó miradas con Zadkiel.

Kara tenía la impresión de que habían tenido esta discusión muchas veces.

Uriel dirigió su atención a Kara. “Ahora bien, Kara. Si quieres una sentencia menor, danos los nombres de sus cómplices”.

Kara vio cómo se movían los labios de Uriel. Ella no abrió la boca. ¿Cómo podría ella traicionar a sus únicos amigos? Ella no lo haría. Forzó las palabras. “Como he dicho, me escapé por mi cuenta. Usé mis poderes *únicos* para derribar la puerta y luego salté”. Por un momento, Kara vio una mirada de sorpresa atravesar la cara de Zadkiel. Parecía que había mordido el anzuelo.

“Fue ese David McGowan”, gruñó Zadkiel, levantando su voz. “Estoy seguro de que fue él”.

“¡Cállate!” bramó Uriel, y Kara notó que había perdido su paciencia con Zadkiel. Eso le dio

una idea.

“¿Por qué estás tan interesado en me maten, Zadkiel?” preguntó Kara, con su voz más inocente y tratando de mantener una expresión desinteresada.

“¡Porque eres la progenie del demonio! ¡Enviada aquí para engañarnos!” Rugió Zadkiel.

“De acuerdo. Así que, en tus ojos... ¿yo soy una traidora?”

“¡Eres una traidora! Siempre he sabido que eres una traidora”.

“Yo soy la traidora que salvó al niño elemental de Asmodeus, ¿verdad? Pero entonces, ¿por qué hice eso? ¿Por qué no le di el chico a Asmodeus, si yo soy una traidora?” Kara dio un paso adelante.

“Porque estás tratando de engañarnos, haciéndonos creer que eres buena”, dijo Zadkiel con repugnancia. “Quieres que el Consejo confíe en ti, para que así puedas destruirlos con tus poderes del demonio cuando menos lo esperemos. Pero a mí no me engañas, demonio”.

Kara sostuvo la mirada de Zadkiel. “Ya veo. Entonces crees que usaré mis poderes del demonio para matar a todos en esta sala. Dices que soy suficientemente poderosa como para matarlos a todos ahora”. Ella tronó sus dedos: “Así, trueno los dedos y ¡puf! todos muertos. Entonces, ¿Por qué no estoy haciendo eso ahora? ¿Por qué estoy dejando que me arrojen en prisión en vez de matarlos a todos y luego irme con mi padre al Inframundo?”

La mandíbula de Zadkiel se trabó en una línea dura. “Tal vez estás esperando un mejor momento... o las órdenes de tu verdadero maestro”.

“¿No querrás decir a *tu* verdadero maestro, Zadkiel?” Kara vio un relámpago de reconocimiento en los ojos del arcángel y se preguntó si alguien más lo había notado.

Zadkiel comenzó a reír. “¡Todo lo que sale de tu boca es una mentira! Simplemente no puedes evitarlo, está en tu naturaleza”.

“Kara vio cómo Zadkiel se quedaba sin expresión. “¿No es *tú* naturaleza servir al demonio, tu verdadero maestro? Me quieres muerta porque tienes miedo de que yo lo pueda matar”.

“Tonterías. El señor demonio es nuestro enemigo jurado”, dijo Zadkiel y Kara notó un tic en sus dedos. “El Consejo está en el proceso de planificar su muerte, nosotros...”

“Pero tú sabes que eso no es cierto”. El tono de Kara era casual. “Tú crees que yo puedo acabar con él, y por eso me quieres muerta”.

“¡He escuchado suficiente de sus mentiras!” bramó Zadkiel, con una mirada de odio intenso. “¡Llévenla a su celda! ¡Podemos continuar la deliberación más tarde!”

“A mí me gustaría oír lo que Kara tiene que decir”, dijo Camael repentinamente, dirigiéndole una rápida mirada a Kara. “Si todas son mentiras, entonces no tienes nada que temer, Zadkiel”.

“¡Mentiras de la lengua del demonio! ¡No la escuchen!” Zadkiel empujó la silla de su camino y bajó de la tarima. Avanzó hacia Kara, su cabeza calva brillaba bajo la luz. “¡Llévensela de vuelta! ¡Exijo que sea devuelta a prisión!” gritó Zadkiel.

“¿Por qué no les cuentas sobre el Arcángel de nombre Legan?”, dijo Kara. “Lo encerraste porque te descubrió. ¿No es cierto?”

Zadkiel frunció el ceño, echó la cabeza hacia atrás y se rio. “No hay ningún Arcángel con el nombre de Legan en el tártaro, ni en ningún otro lugar en Horizonte. ¡Estás mintiendo, inmundicia!” Se volvió hacia el Consejo. “¿Ven? Ella miente. Todos saben que no hay nadie con ese nombre. Está delirando”.

Kara vio confusión en las caras del Consejo. ¿Habría recordado mal su nombre? Era difícil

escuchar desde el otro lado de la pared. Tal vez no había escuchado bien.

“Tal vez no entendí bien su nombre, pero sé que lo que dijo era verdad”. Ella observó a Zadkiel. “¿Qué hiciste con el alma de mi madre?”

Zadkiel se estremeció. “¿De qué estás hablando? Más mentiras. No lo puedes evitar. ¿No ven que está loca?”

“EL alma de mi madre estaba en un tarro de cristal. Te la di a ti. ¿Qué hiciste con ella?”

Zadkiel sonrió y observó al Consejo. Kara notó que Uriel parecía perturbado. Vio que Zadkiel también lo había notado, y luchaba para controlar su compostura.

“No tengo idea dónde está el alma de tu madre. Tal vez está perdida. ¿Qué tiene que ver eso con tus crímenes? ¡Envíenla de regreso!”

Zadkiel estaba parado al lado de Kara. Ella podía ver la delicada pasamanería rojo rubí alrededor de su cuello y mangas. Sus manos temblaban.

“Tú eres el mentiroso y el traidor. Y te voy a matar si descubro que le has hecho daño a mi madre”.

“¡Ja! Ahí va otra vez. A un demonio loco se le debe encerrar para siempre. Ya estoy harto de la inmundicia de su boca”.

Acércate un poco más, pensó Kara.

“Saluda a mi padre cuando lo veas. Estoy segura de que los dos tendrán mucho de qué hablar”.

Zadkiel tomó a Kara bruscamente del brazo y la azotó contra el piso. Aterrizó con fuerza contra el suelo de mármol. Ella sonrió. Lo tenía exactamente donde quería. Esta era su oportunidad. Saltó con una velocidad increíble. Antes de que Zadkiel supiera lo que estaba sucediendo, Kara extendió el brazo y presionó su mano sobre el pecho desnudo de Zadkiel, por encima del cuello de su túnica.

Una expresión de perplejidad le cubrió el rostro. Kara se alejó, explorando su cuerpo para encontrar la marca. Ella frunció el ceño. No había nada... ¿Le había mentido Legan? El temor se apoderó de ella y dio un paso involuntario hacia atrás.

Zadkiel se rio, mirando hacia el Consejo. “¿No está lo suficientemente claro? La chica es una loca...”

Kara escuchó un gemido ahogarse en la garganta de Camael... “Él está marcado. ¡Miren!” Dijo horrorizada, apuntando a Zadkiel.

Kara vio una marca negra, como una tela de araña, materializarse lentamente hasta que cubrió la mitad de la cara de Zadkiel, como una máscara.

La cara de Uriel se congeló. Estaba en estado de shock. “¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste traicionarnos?”

Una extraña risa escapó de los labios de Zadkiel. Sonrió. Todo el mundo lo estaba mirando ahora. “¿Por qué? ¿Preguntas por qué? ¡Porque ustedes son unos tontos! ¡Amantes de los mortales! ¡Son unos idiotas! Aman a los débiles. ¡Es patético!”

Uriel volteó a ver a Kara; sus ojos estaban llenos de remordimiento. Él sacudió su cabeza y señaló a Zadkiel, quien sonrió fríamente. “¡Pagarás por esto!” Dijo Uriel, “Convoquen a Miguel...”

Rayos negros salieron disparados de las manos de Zadkiel como cables eléctricos.

Le pegaron a Kara.

Ella salió disparada en el aire y se estrelló contra la pared. Cayó al piso, convulsionando.

Salía humo negro en espirales de su cuerpo, como un tronco en una chimenea. Oyó un rugido atronador y miró hacia arriba. Millones de fragmentos de vidrio explotaron desde el cielo, como una lluvia de vidrio, y toda la habitación se bañó en diamantes. Cayeron en el suelo en una cacofonía de vidrio roto. Kara logró vislumbrar la sombra de un manto rojo corriendo a través de la habitación y luego desapareció detrás de las puertas de la cámara.

Capítulo 3

Acto de Desaparición

Después de unos veinte minutos de disculpas y excusas por no haberle creído a Kara y haberla lanzado en el Tártaro durante tanto tiempo bajo falsas acusaciones, el Alto Consejo retiró todos los cargos en su contra. Kara fue reinstalada como ángel guardián.

Antes de que permitieran que Kara se retirara, Uriel le informó que iba a crear equipos de AGs más confiables para arrestar al traidor Zadkiel y para buscar el alma de su madre. Pero Kara respondió que eso era algo que ella tenía que hacer personalmente. Acogió con agrado la ayuda, pero también tenía que buscar por su cuenta. Kara salió corriendo de la gran sala con una sonrisa en su rostro. Silenciosamente agradeció al ángel Legan por toda su ayuda. Después de todo, no estaba tan loco.

El ascensor se agitó y se detuvo. Las puertas se abrieron, deslizándose, y Kara miró fijamente hacia fuera, al mar de dunas de color rojo rubí. Ella saltó y aterrizó con un suave golpe sobre la arena de Operaciones. Estaba encantada, llena de regocijo de sentir el aire fresco que acariciaba su cara y el olor lejano de agua salada. Cuánto había extrañado ese olor. En el Tártaro, los únicos olores habían sido la peste constante del moho y el hedor de excremento de pájaro que quemaba la nariz. Podía oír las suaves salpicaduras y los chapuzones de los ángeles saltando en la miríada de piscinas de agua salada, yendo hacia su próxima misión.

Kara apartó su flequillo de la cara y apretó el paso. Zadkiel tenía una media hora de ventaja, pero si ella se apresuraba, le podría dar alcance. Apretó los puños y se imaginó borrándole la sonrisa del rostro, a golpes. No se vería tan bien después de que ella terminara con él. Cada pulgada de su ser gritaba con la desesperación que sentía. El alma de su madre estaba perdida otra vez. Ella sabía que ahora no podía fallar. Tenía que encontrar a Zadkiel. Kara sabía que si alguien podría averiguar a dónde había ido el traidor, era el arcángel Gabriel.

Con el sol ardiente contra su espalda, Kara corrió por las colinas rojas. La memoria del momento en el que le dio a Zadkiel el frasco de vidrio con el alma de su madre le ayudó a obtener una velocidad increíble. Kara sintió como si estuviera volando. ¿Era esta otra estupenda habilidad de sus poderes elementales? No lo sabía...tal vez sólo era la ira. De cualquier manera, no estaba segura de si sus botas estaban tocando la arena.

Una figura avanzó hacia ella y disminuyó su velocidad. Por la forma en que movía sus hombros cuadrados, pudo ver que se trataba de un hombre. Se acercó. Sintió escalofríos en todo el cuerpo. Se extendió un cierto calor a través de ella, como si estuviera tomando un baño caliente. Ella luchó para controlar sus emociones al ver la cara de David.

Llevaba un par de blue jeans desaliñados con una camiseta negra apretada que mostraba su musculoso pecho. Su chaqueta de cuero marrón se mecía a sus costados mientras caminaba. Los ojos azules claro le sonrieron. El hermoso rostro que había anhelado e imaginado tantas veces en el Tártaro era aún más hermoso de cerca. Mucho más hermoso de lo que recordaba. Con una

sonrisa ladeada, David se acercó hacia ella.

Él estiró sus brazos y levantó a Kara en un apretado abrazo. Ella no pudo encontrar ninguna palabra que decir. En su lugar, dejó que su rostro se hundiera en el cuello de David. Ella tembló con pasión, con sentimientos que eran prohibidos en Horizonte, pero que eran demasiado fuertes para esconderse. Se preguntó si David sentía lo mismo. No quería soltarse. La memoria distante de un beso y su fornido cuerpo apretado contra ella... lo sintió estremecerse y lo abrazó más fuerte. Sus pies colgaban en el aire y los brazos fuertes de David la envolvían cariñosamente.

Kara oyó a alguien aclarar su garganta y luego una breve risita. “Odio tener que romper este feliz reencuentro... pero tenemos un trabajo que hacer”.

David soltó a Kara, y se volvió para ver de dónde salía la voz. Jenny estaba parada delante de ellos. Su corto pelo púrpura brillaba en la luz del sol como una corona de zafiros violeta. Tenía los mismos pantalones negros y la chaqueta púrpura con las mangas cortadas que Kara recordaba. Sus ojos estaban delineados con una línea gruesa de kohl negro, que hacía destacar a sus ojos verdes. Su cara puntiaguda y rasgos delicados siempre hacían pensar a Kara que Jenny parecía un duende.

“¿Puedes darme un abrazo a mí también?” dijo Jenny fingiendo un puchero.

“Ven aquí, bebé”. Kara jaló a Jenny y le dio un apretado abrazo de oso. “Realmente los extraño”.

“Nosotros también te extrañamos”.

Kara vio hacia arriba. Peter apareció frente a ella. Vestía el mismo traje de combate DCD que Jenny. Parecía demasiado grande para él, o él era demasiado pequeño para el uniforme... no estaba segura. El empujó sus anteojos sobre el puente de su nariz. “Te fuiste mucho tiempo”.

Kara soltó una risa. “Bueno, *perdóname* por estar en la cárcel. Ni siquiera tuve visitas”. Ella estaba contenta de que su voz no delatara el dolor que sentía. Los cuatro solitarios muros de piedra de su celda no habían sido muy buena compañía durante el mes anterior.

David sintió su decepción. “Intenté... lo intentamos... pero no nos dejaron”. David dio un paso hacia Kara. Sus suaves ojos la observaron y Kara sintió que su pecho se comprimía. “No estaba tan fácil esta vez. No podíamos arriesgarnos a ser atrapados... eso habría complicado mucho las cosas para ti, Kara. Esos torpes nos vigilaban constantemente. No podíamos hacer nada sin ser seguidos”.

Jenny soltó un suspiro. “Era *exageradamente* molesto. Casi golpeé a uno en la cara”. Sus labios se acomodaron en una sonrisa.

“Entonces, ¿qué pasó contigo, Kara?” David la estudiaba detenidamente, sus ojos azules ardían. “Es decir, unos minutos después de que entraste en el Reino del Demonio, se armó un revuelo en la tierra... literalmente. Fue como si una sombra pasara por el mundo, liberando el mal por donde pasaba”.

¿Unos pocos minutos? Kara estaba segura de que había estado en el Reino del Demonio por lo menos por unas horas. No tenía ningún sentido. Tal vez el tiempo no tenía significado en el Inframundo. Era su única explicación.

“Había demonios por todas partes, atacando a los mortales”, continuó David. “Estaba de locos. El sol desapareció y se quedó todo oscuro, como si fuera de noche en medio de la tarde. Pensamos que tenía algo que ver con Asmodeus. Entonces, ¿qué pasó en el Inframundo?”

Todos los ojos se enfocaron en Kara. Se preguntó si debía decirles todo a ellos. ¿Seguirían

siendo sus amigos si sabían que Asmodeus la había utilizado para abrir las puertas al mundo mortal? ¿Cómo reaccionarían cuando ella les dijera que esto había sido culpa suya?

Su vida había sido increíblemente fácil cuando era mortal. No tenía que enfrentarse a tales desafíos y horribles verdades acerca de quién era ella en realidad. Había sido una adolescente normal, con las mismas esperanzas y sueños de una vida mejor como cualquier otro adolescente. Todo parecía haber sucedido hacía mucho tiempo; un recuerdo de un sueño. Ella sabía que nunca tendría eso de nuevo.

Kara decidió contarles todo.

Describió los acontecimientos lo mejor que pudo. Desde la cucaracha gigante, Jean-Pierre (sin incluir las partes de los besos) hasta el espejo de las almas y la apertura de los portales, y cómo finalmente apenas y pudo escapar. Una vez que hubo terminado, se quedó con los brazos cruzados y esperó sus reacciones.

David ladeó la cabeza y metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones. “Tú crees que es tu culpa, ¿no es así? Puedo verlo en tu cara”.

Kara odiaba cómo le podía leer tan fácilmente. “¿Tú crees? ¡Pues claro que sí! Sin mí, Asmodeus no hubiera sido capaz de abrir los portales”. Recordó los rayos de corriente elemental color oro siendo succionadas de ella, golpeando la pared de espejos, abriendo un pasaje para que cada demonio imaginable pudiera cruzar al mundo mortal. Ella se estremeció con el recuerdo.

Jenny tomó la mano de Kara y la apretó. Su cara reflejaba amabilidad. “Tienes que dejar de pensar así. No puedes culparte. Te usó. ¡Esto no es culpa tuya, amiga!”

“Jenny tiene razón”, dijo Peter quien, según Kara, parecía un poco incómodo. “No podrías haber adivinado sus planes. Tu querías hacer algo bueno, ¡querías salvar a tu mamá!”

“Sí. No seas tan dura contigo misma” dijo David, con una expresión pensativa. “Haremos que todo esté bien, te lo prometo”.

Kara esperaba que tuvieran razón. Se sintió mejor diciéndoles, pero no pudo librarse de la culpa. No podían entender lo que se sentía ser obligada a hacer algo terrible y no poder detenerlo. Ella sabía que no importaba cuántas veces sus amigos le dijeran que no había sido su culpa, ella siempre se sentiría, en parte, responsable. Ella tenía que componer las cosas... sin importar el costo.

Kara forzó una sonrisa. "Bueno... creo que tienen razón. Voy a intentar no pensar que es culpa mía, pero no puedo prometer que pueda lograrlo”.

Se dio cuenta de que David estaba a punto de responder, y le interrumpió rápidamente. “Escucha, necesito encontrar a Gabriel. No tengo mucho tiempo. Tiene que formar un equipo para buscar el alma de mi madre...”

“Ya lo hizo”, contestó David con una sonrisa insolente. Levantando sus brazos, agregó: “Somos nosotros”.

Antes de que Kara pudiera controlarse, su rostro irrumpió en una sonrisa. “No sé cómo lograron hacer eso con Gabriel... pero me alegra que sean ustedes”. Vio a cada uno de ellos. No podía tener un mejor equipo. Sabía que podía confiarles cualquier cosa. “¿Les informó Gabriel acerca de Zadkiel?” Kara escupió su nombre. Ella se sorprendió de sentir tanto odio.

David tronó sus nudillos. “¿Te refieres a ese mentiroso y traicionero pedazo de basura? Sí. Nos dijo lo que pasó. Todos sabemos que Zadkiel era un adorador del demonio. Puso al Consejo contra ti... y trató de matarte. No puedo esperar a patearle el trasero”. David meneó la cabeza y se

rio de sí mismo.

“Bien, escuchen”, instó Peter. Su voz sonaba más fuerte de lo usual. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño artilugio que parecía un iPad. Apretó los dedos contra la suave pantalla. “Zadkiel pasó a través de una Grieta en Tártaro... cerca de una de las entradas. Si nos vamos ahora, hay una oportunidad de que la grieta todavía esté abierta. Pero tenemos que irnos ahora”.

Kara sintió un escalofrío al escuchar el nombre de la prisión de los ángeles. La idea de estar cerca de los muros de piedra gris otra vez y escuchar los incesantes y terribles gemidos le aterrizzaba. Esperaba que fuera un viaje rápido. Ella sintió una mano contra su hombro y volvió la vista para encontrar a David, parado detrás de ella.

“No te preocupes, Kara. Esos pavos gigantes no pueden hacerte daño. Si intentan algo, voy a desplumarlos y los tendré listos para la cena de acción de Gracias”.

Kara meneó la cabeza. “Los guardias nunca me lastimaron. Ni siquiera me hablaban. Es la soledad la que hace enloquecer a alguien”. Un espasmo frío atravesó su cuerpo al recordar la oscuridad sin fin y los espeluznantes gemidos de los otros prisioneros. La voz de Legan hizo eco en sus oídos. Una ola de vergüenza cundió a través de ella. Ni siquiera había pensado en él desde que se había ido de la prisión. Después de todo, le debía su libertad a Legan, y ni siquiera le había preguntado al Consejo sobre su liberación. Sólo había pensado en sí misma y en su madre.

Su cabeza se sentía pesada. “Salgamos de aquí”.

David golpeó la palma de su mano con el puño. “Bien, señoras y señores, ¡vamos a hacer esto!”

Después de un viaje intenso y aterrador a Tártaro, Kara saltó desde el Cielo-Coche y aterrizó en el duro concreto. Agradeció al conductor por un viaje seguro, se volvió y miró los muros de piedra gigantes. Bordes dentados como navajas perforaban las piedras. Nadie se atrevería a intentar subir esas paredes para escapar. Se rebanarían sus manos y pies si lo hicieran. Sin asideros a donde aferrarse, simplemente se desplomaría a sus muertes.

Había una abertura delante de ellos, en el otro extremo de la plataforma. La entrada al Tártaro era un rectángulo negro, dibujado en la oscuridad. Era como si una pieza perfecta de la pared hubiese sido cortada por manos gigantes. Era un agujero pequeño en comparación con la enorme piedra cúbica. Kara se esforzó para oír los gritos de los prisioneros. Un repentino sonido de aleteo llegó a sus oídos. Kara miró y vio a un águila gigante pasar por la entrada.

Sus magníficas plumas doradas ondeaban en el viento como suaves olas de oro. Llevaba un gran chaleco metálico y un casco de metal y Kara pensó que eso era lo que le delataba la pinta de un guardia. Una larga cadena de plata con una brillante estrella azul se mecía y rebotaba contra su poderoso pecho. Su ojos color caramelo observaban a Kara, y ella tuvo la sensación de que él no estaba tan feliz de verla tan pronto de vuelta.

“La grieta está justo aquí”. Peter apuntó hacia el lado derecho de la puerta, donde un gigantesco muro de roca se levantaba hacia el cielo azul y desaparecía dentro de las nubes. Kara no lo había notado antes, pero ahora podía ver una ola rodando contra la pared, como si una parte de la roca estuviera hecha de agua. “Por aquí es por donde pasó”.

“¿Es esta otra grieta hacia el mundo del demonio?” David se paseó frente a la ruptura. Levantó su mano y la movió lentamente por encima de la grieta, sin tocar la piedra. “¿Crees que puedo ir a través de ésta? ¿O sólo Kara puede pasar?”

Peter tocó la pantalla en su teclado. Miró hacia arriba. “No lo sé. Sólo puedo monitorear los cambios en los campos. No sé adónde van las puertas...”

“Solo hay una manera de descubrirlo...” David sumió su brazo a través de la grieta.

“¡David! ¡No!” gritaron Kara, Jenny y Peter al mismo tiempo. Después de un momento, David sacó su brazo. Estaba ileso.

“¡Ja! ¡Mira, no pasó nada!” rio David mostrando su brazo. Comenzó a bailar y a mover sus caderas de un modo extraño que hizo que Kara apartara la mirada, avergonzada.

Jenny estaba complacida con este nuevo descubrimiento y saltó al lado de David. Sus ojos verdes brillaban de placer. “Así que... vamos todos. Me pregunto a dónde conduce, si no va al mundo del demonio”.

“No importa a dónde nos lleve, mientras nos lleve a mi madre”. Kara estudió la grieta por un momento y luego miró hacia la puerta de la prisión. Hay algo que tengo que hacer primero”, dijo Kara. Vio a Jenny arrancar uno de sus aretes y entregárselo al conductor del Cielo-Coche, quien lo aceptó graciosamente.

“Zadkiel encerró a un ángel aquí porque lo descubrió. Él es la única razón por la que yo supe cómo hacer que su marca apareciera. Él es la razón por la que yo estoy fuera. Me dijo cómo hacerlo. Merece ser liberado. No puedo irme antes de hacer esto. Le debo mucho”.

“Me parece bien”, dijo David. Se volvió y se acercó al guardia. “¡Hola... pajarraco! ¿Crees que puedes entrar a liberar a nuestro amigo? ¿Podrías hacerlo? ¿O tengo que ir y hablar con tu jefe?”

El águila gigante bajó su cabeza hacia David. Lo miró por un momento antes de hablar. “Tengo órdenes especiales para obedecerla a *ella*”, dijo, ladeando su cabeza hacia Kara, y ella escuchó a David mascullar algo entre dientes.

“¿Quién es ese amigo tuyo del que hablas?” preguntó el águila.

Kara se arrimó más cerca y le miró. “Su nombre es Legan. Estaba en la celda contigua a la mía...”

“Eso es imposible”, dijo el guardia.

Kara arrugó su rostro y mantuvo su compostura. “Te lo aseguro... *él* está ahí ¡y quiero que lo dejes salir!” Sintió como su mal humor se oscurecía. No soportaría su actitud. Estas aves no habían sido exactamente amables con ella durante su estadía en la cárcel. Ella hubiera preferido ser tratada mal, que ser olvidada por completo.

El guardia agitó sus plumas, molesto. “Te equivocas. Es imposible que *tu amigo*, como dices, estuviera en una celda junto a la tuya. No hay ninguna celda junto a la tuya. Estuviste en una celda de alta seguridad, sin nada más que gruesos muros rodeándote”.

Un escalofrío atravesó la espalda de Kara. Se preguntó si habría imaginado todo. Sentía las miradas de los demás sobre ella y suprimió un escalofrío. ¿Y si pensaban que estaba loca? ¿Había inventado un amigo para aliviar su soledad? Pero entonces ¿cómo había sabido acerca de la marca de Zadkiel? No. Legan no había sido un invento de su imaginación, sino un ángel real que había estado en la celda de al lado suyo. El águila estaba equivocada, o peor, estaba mintiendo.

“Eso no es verdad” dijo Kara, mientras recordaba la voz rasposa de Legan a través de la pared. “Está aquí. Sé que lo está. Mientes. Estás escondiendo algo. ¡Exijo verlo ahora!”

La cara del águila era inexpresiva. “No hay nadie con ese nombre en el Tártaro, y como te he dicho... no existen celdas o habitaciones cerca de la unidad en la que tú estabas. Sólo gruesos

muros de piedra...”

“Ahora escúchame bien, gran pedazo de pechuga” dijo David, apuntando al rostro de la gigantesca ave. “Si Kara dice que está allí, eso significa que está allí. Ahora, ¡llévanos!”

“Como deseen”. El águila volvió su cuerpo masivo. Dobló su cabeza y caminó a través de la puerta. David le hizo señas a Kara para que siguiera al guardia, y él caminó tras ella, seguida de cerca por Jenny y un Peter de ojos muy abiertos.

Kara caminó hacia la oscuridad. Altas sombras la rodeaban. Un rugido profundo emergió de las profundidades de la prisión, y Kara sintió como si el cubo monstruoso estuviera dándole la bienvenida. Aparecieron tres orbes verdes brillantes. Flotaban ante ellos como grandes luciérnagas, emanando suficiente luz para que pudieran ver a través de la oscuridad. Un ronco rugido llegó de las profundidades. El sonido fue elevándose hasta que comenzó a temblar alrededor de ellos. Kara vio como grandes trozos de roca salían de las paredes para formar el camino por debajo de sus pies según avanzaban. Era una pena que las luces no pudieran enmascarar el apestoso humor a excremento de pájaro. Escuchó a Jenny quejarse groseramente del olor.

El grupo caminó en silencio por un tiempo. Sus pasos resonaban en la oscuridad, seguidos por el extraño sonido de las garras afiladas raspando el suelo de piedra. Las paredes de la prisión retumbaban y se sacudían con cada paso, como si quisieran ganarse el respeto de todos los que entraban. Kara tenía la desagradable sensación de que las paredes podrían venirse encima en cualquier momento, lanzándolos al oscuro vacío bajo ellos. Se sentía terriblemente incómoda vagando otra vez dentro de Tártaro. Ella esperaba olvidarlo, sacudírselo de encima como a un mal sueño.

Pronto el grupo se encontró ante una cámara. Había una gran puerta de hormigón entreabierta. Kara miró nerviosamente hacia un lado. No había ninguna celda adyacente. Sólo paredes de roca más gruesas. ¿Qué estaba sucediendo?

“Esta no es la misma celda”. Kara vio al gran pájaro a los ojos. “Este es un truco. ¿Dónde está mi celda?”

El águila ladeó su cabeza hacia la habitación. “Es esta”.

“No puede ser”, dijo Kara obstinadamente. Ella vio la expresión del águila, y parecía molesta.

“Esta es”, repitió el guardia.

Frustrada, Kara dio de pisotones y entró a la pequeña habitación... el pelo su cuerpo entero se erizó. Pequeños rayones cubrían la pared posterior, espaciados perfectamente, en secciones, como días en un calendario. Se dio cuenta, con horror, que eran sus marcas. Ésta era, de hecho, su celda.

La mandíbula de Kara se abrió en muda protesta. “¿Cómo es esto posible...?”

Corrió a la pared trasera y presionó sus manos contra la afilada roca. Se sentía fría contra su piel de ángel. Kara recorrió la superficie de la pared con sus dedos y buscó la apertura por donde ella y Legan habían compartido información.

“¿Dónde está esa estúpida rendija?” Kara movió frenéticamente sus manos a lo largo de la pared. Sus dedos recorrieron cada centímetro, pasando por cada pequeño agujero y zanja minúscula. Pero no encontró aberturas de ningún tipo. Era como si la pared se hubiera tragado la grieta.

Kara cayó de rodillas. “Yo... no entiendo. Él estaba aquí. Hablamos durante una hora, ¡me habló de Zadkiel! No lo inventé. No tiene ningún sentido. Era real. ¡No estoy loca!” Kara golpeó

la pared con su mano. “¿Qué está sucediendo?”

“Está bien, Kara”. David estaba parado a su lado. Él colocó su mano sobre su hombro para tranquilizarla. “Nadie está diciendo que estás loca. Estoy seguro de que hay una muy buena explicación...”

“La explicación es que nunca hubo nadie del otro lado”. Dijo el águila. El enojo de Kara subió un grado. Sus manos temblaron, temerosa de lo que podría hacerle el pájaro. Ella seguía mirando a la pared. “No me esperaba esto, David. Él estaba allí. Lo juro”.

“Te creo, Kara” dijo David. Kara vio la preocupación en su rostro. No estaba segura si era una cara de *todo va a estar bien*, o de *esta niña ha perdido la cabeza*. Ella creía que era la segunda.

Los ojos de Kara se desviaron hacia Jenny, quien simplemente se encogió de hombros y rápidamente vio hacia otro lado. Grandioso, ahora sus amigos pensaban era un caso mental. Pero ella sabía la verdad. Legan era real.

“Eh... ¿chicos?” Peter metió la cabeza dentro de la celda. “Si queremos pasar a través de la grieta y volver antes de que se cierre, tenemos que irnos ahora. Si no... no seremos capaces de lograrlo”.

“Vamos, Kara. Peter tiene razón”. David caminó hacia la puerta. “Tenemos que irnos ahora, o perderemos el alma de tu madre para siempre”.

A regañadientes, Kara se incorporó e ignoró las miradas de sus amigos. Sabía cómo debía parecerles la escena a ellos. Ella había perdido su cordura dentro de las grises y solitarias paredes del Tártaro, y sentían lástima por ella.

Kara luchaba por mantener sus piernas firmes y se tambaleó a través de la puerta. Mantuvo la cabeza baja y evitó sus miradas.

“Vamos a buscar el alma de mi madre”. Kara regresó corriendo a la plataforma. Se preguntó qué había pasado con Legan. ¿Era en realidad un producto de su imaginación?, ¿una falla temporal en su cerebro causada por el aislamiento y la soledad desde dentro de las paredes del tártaro? ¿O había sucedido algo terrible con él? El miedo se apoderó de su corazón. Tal vez no era una coincidencia que la Grieta estuviera en Tártaro. Tal vez Zadkiel había venido a acabar con él antes de desaparecer al reino de su verdadero maestro. Algo no encajaba, y se prometió a sí misma que averiguaría qué era lo que le había pasado a Legan... después de que rescatara el alma de su madre.

Kara estaba parada frente a la grieta. Sentía la ansiedad crecer dentro de ella, como un ataque de pánico incontrolable. Esta no era una grieta al más allá, entonces ¿a dónde conduciría? Vio a David de pie a su derecha en su visión periférica y escuchó los pasos de los otros detrás de ella.

“¿Estás lista?” preguntó David. Kara notó un leve temblor en su voz. Kara sólo asintió con la cabeza. No quería que David y los demás escucharan el pánico en su voz. Ella luchó para controlar su compostura. El muro negro onduló, pero Kara sólo vio la cara de un arcángel calvo, riéndose.

Ella apretó los puños y caminó hacia la grieta.

Capítulo 4

Alma Perdida

Kara sintió su cuerpo siendo jalado por una fuerza de gran alcance, como si estuviera siendo succionada por una aspiradora gigante. Abrió los ojos. Estaba rodeada de oscuridad. Era como ser succionado hacia el espacio. No sabía qué estaba arriba o abajo; todo parecía igual. Algo tiró de su pierna, luego de sus brazos. ¿Se iba a dividir en dos partes? Estaba aterrorizada de caer a la deriva en el abismo negro hasta que su mente se apagara convirtiéndose en sombra. Ella temía que saltar a la grieta hubiera sido un error.

Un brillo de luz apareció en los bordes de su visión, como una luz al final de un túnel. Una puesta de sol en tonos rojo y naranja apareció ante ella. Con un último tirón, Kara fue propulsada hacia delante hacia la luz. Cayó de cabeza sobre una superficie blanda. Levantó la cabeza. Sus manos estaban cubiertas de una pegajosa película roja de telarañas e hilos. Se sentó sobre sus rodillas y sacudió sus manos. No se desprendía. Sus fosas nasales se quemaron con el repentino hedor de carne podrida y bilis. Limpió sus manos en sus pantalones y miró a su alrededor.

Estaba en una cueva. Un escalofrío recorrió su espalda. Las paredes estaban cubiertas en pliegues de tejido descompuesto y ennegrecido. Líquido purulento amarillo rezumaba de lo que parecían ser grandes llagas infectadas en las paredes. Kara vio un trozo de carne desprenderse y caer al suelo, seguido por un *crac* y un *pop*. Rodajas de carne goteaban y se deslizaban al suave piso formando una alfombra roja pegajosa. Había antorchas alineadas a todo lo largo de la cueva, a ambos lados, como una vía subterránea. Kara podía ver que la cueva parecía extenderse por kilómetros en cada dirección, entre giros y vueltas, mientras otros túneles adyacentes desaparecían en la sombra. Y en la distancia, Kara podía oír el tenue sonido de gotas. Ella esperaba que fueran agua y no otra cosa. El aire estaba caliente y pesado, y Kara no podía esperar para salir de ahí.

Un sonido de succión llegó a sus oídos. De repente, Kara fue golpeada en el pecho por una gran fuerza, y se estrelló en el suelo. EL peso la inmovilizó. Ella parpadeó y miró la cara sonriente de David.

“Oye nena. Esto es un poco apresurado para una primera cita, pero no me importa”.

“¡Oh, por favor!” Kara rodó los ojos, pero no pudo evitar la sonrisa que llegó a sus labios. El peso de David se sentía muy bien, y parte de ella no quería moverse. Pero no quería que los demás la vieran en esta posición comprometedora.

“¡Quítateme de encima!” dijo empujando a David, justo a tiempo para ver como Peter y Jenny caían junto a ellos en un pegajoso nudo.

“¿Por qué tardaron tanto?” Kara luchaba con la sustancia pegajosa que tenía en el cabello. Se rindió después de un tiempo, puesto que mientras más la jalaba, más se pegaba.

“¡Esto es asqueroso! ¿Qué es esto?” Jenny se puso de pie y miró a su alrededor. Hizo una cara. “Es como una máquina gigante para picar carne. Y huele horrible”.

David picó la pared con su espada y cortó un pedazo de tejido podrido. “Es lógico que Zadkiel escogiera este lugar para esconderse. Él siempre olió mal. Probablemente se siente en casa en este palacio de mermelada de carne”.

Kara vio a Peter ajustando sus gafas. Abrió la palma de su mano para revelar una pequeña esfera roja flotante.

“¿Puedes leer algo aquí, Peter?” preguntó Kara, caminando hacia él. Sus botas se hundieron aún más en la masa roja.

“¿Dónde es el alma de mi madre? ¿Puedes localizarla en algún lugar?” Ella sintió como sus nervios se erizaban dentro de su cuerpo. No había manera de saber si el alma de su madre todavía estaba intacta, sana y salva. Zadkiel podría haberla destruido hacía mucho tiempo, y le dolía a pensar en ello.

Los ojos de Peter estuvieron fijos en el orbe por un momento. Movi6 una mano temblorosa frente al orbe, hacia la parte sur del túnel. La luz dentro de la esfera se atenuó, como si estuviera controlada por un regulador de luz. Entonces giró el orbe lentamente en un círculo hasta que brilló un poco más fuerte. Miró hacia arriba. “Es por allí. Estoy seguro de ello. Detecto débiles rastros de la energía del alma de tu madre. Pero estoy detectando otra cosa también. Algo está interfiriendo con las lecturas. Pero no puedo entender lo que es. Podrían ser demonios... o nuevas razas”.

Kara suspiró, aliviada. El alma de su madre estaba aquí, en esta horrible cueva de carne. Pero aún quedaba el asunto del Arcángel Zadkiel. Ella había presenciado su demostración de poder en el concilio anteriormente. Él le complicaría las cosas, ella lo sabía, pero aun así encontraría el alma.

“¿Cuánto tiempo tenemos hasta que se cierre la fisura, Peter?” preguntó Kara mientras veía una ondulante área de la pared de carne que suponía era el lugar de la Grieta.

Peter frunció los labios. “Cerca de... veinte minutos... tal vez más, tal vez menos”.

“Entonces no tenemos mucho tiempo”. David limpió su espada en sus jeans y luego apuntó hacia el túnel. “Sólo son unos muros de jamón cocido. No pasa nada”. Caminó a lo largo de las paredes. Sus botas hacían ruidos de succión mientras las metía y sacaba una y otra vez de entre la masa roja.

Kara se asomó por el misterioso túnel. Los *cracs* y *pops* de la carne que caía eran nauseabundos. Sus enfermizas paredes rojas le ponían los pelos de punta. El mal se escondía aquí. Ella lo sentía en su piel. Kara buscó en su chaqueta y sacó una espada de alma. La daga de plata reflejó el rojo de las paredes. Ahora parecía más como una daga de sangre que una de alma. La blandió delante de ella.

“No podemos subestimar a Zadkiel. Fue suficientemente astuto como para engañar al Consejo durante todos estos años. Quién sabe lo que es capaz de hacer, y lo que ya haya hecho. Manténganse alerta. Hay probablemente mucho más que esta materia pegajosa aquí. Sólo quiero recuperar el alma de mi madre”.

David se volvió y miró a Kara. “No lo subestimo. Sigue siendo el mismo idiota calvo de antes... sólo que ahora prefiere dormir en este hotel de cinco estrellas de carne”. Una sonrisa pícara brilló en la cara de David, aligerando el humor de Kara.

El grupo se aventuró cautelosamente dentro del túnel. Sus paredes siniestras hicieron que Kara se sintiera claustrofóbica. Con Kara a la delantera y Jenny siguiéndola de cerca con su arco y

flecha en ristre, Peter se intercaló entre ellos. David cuidaba la retaguardia. Caminaron así durante unos minutos, mirando de vez en cuando sobre sus hombros. Kara se sintió incómoda. Notó que las paredes filtraban cada vez más de ese líquido purulento. Cada vez era más difícil caminar. Con cada paso que daban, más líquido chorreaba de las profundas hendiduras, como exprimiendo agua de una esponja.

De repente, la tierra tembló.

Montones de carne cayeron del el techo causando repugnantes salpicaduras. Kara se enderezó, con su espada frente a ella. Oyó un estruendo lejano, como el rugido del trueno antes de una tormenta y entonces se detuvo.

“¿Qué fue eso?” le susurró Peter, el blanco de sus ojos resaltaba en su rostro petrificado.

Kara reconoció la expresión preocupada de David, pero no respondió. Ella sujetó el mango de su espada de alma y vio a Jenny de reojo. Estaba tensando una flecha. Inconscientemente, Kara dio un paso atrás, hacia Peter.

Un fuerte rugido partió el silencio. La tierra tembló con más intensidad, y Kara pensó que estaban en medio de una especie de terremoto. Pero sabía que eso era imposible. Sintió que algo la apretaba alrededor de la pierna. De repente, fue lanzada a través del túnel. Chocó con la pared. Su cuerpo se hundió en el tejido blando, como si las paredes estuvieran hechas de gelatina. El hedor a podredumbre quemó su nariz, y su miedo se intensificó. Luchaba para moverse pero sus miembros no respondían. Era como si ella estuviera pegada con cola loca, sujeta contra su voluntad.

Ella sintió como su cuerpo era arrastrado hacia dentro de la pared. Miró hacia abajo y se estremeció. Había un gran tentáculo rojo envuelto alrededor de sus piernas, apretándolas. Cientos de ventosas abiertas revelaban dientes puntiagudos, como bocas abiertas, listas para comer. Un líquido amarillo salía del gran tentáculo.

Alguien gritó.

Peter estaba completamente cubierto por los tentáculos. Estaban enredados en él, como una boa gigante aplastando a su presa antes de tragársela entera. Lo vio luchar contra las criaturas e inmediatamente sintió lástima por él. Kara vio una docena o más de tentáculos brotar de las paredes y golpear a David. Con dos espadas de alma en sus manos, David cortaba y rebanaba a las criaturas. Trozos de tentáculos cortados cubrían el suelo a su alrededor. Pronto, David estaba cubierto por el fétido líquido.

Kara volvió su cabeza hacia la izquierda. Jenny lanzaba flechas a una horda de tentáculos. Perforó a uno y éste se retiró a un agujero en la pared. Kara vio con horror como más de una docena de tentáculos aparecieron de lo que ella creía eran llagas y se le lanzaron contra Jenny. Dos le agarraron las piernas y otros dos le arrancaron el arco y la flecha. Jenny tropezó y cayó de cara contra el suelo. Un tentáculo resbaladizo avanzó hacia su cara. Le dio un latigazo y las ventosas se pegaron en su cara. El tentáculo brillaba desde el interior, como una bombilla bajo una sombra. Kara escuchó el grito ahogado de Jenny y vio como otra ventosa se pegaba a su cara. El tentáculo se estremeció y se movió, y Kara vio una luz moverse dentro de él, como si estuviera tragando algo. Kara se dio cuenta, con horror, que la criatura estaba bebiéndose la esencia de Jenny. Sus ojos giraron rápidamente a Peter. Él también tenía una ventosa sobre su cara.

Con un esfuerzo tremendo, Kara liberó su brazo derecho. Con su espada todavía sujeta firmemente en la mano, cortó a través de uno de los tentáculos. Éste aterrizó con un golpe seco en

el suelo. Otro tentáculo se le acercó desde la pared opuesta. Pero ella estaba lista. El tentáculo voló hacia ella a gran velocidad, y Kara lo recibió con un corte lateral. Cortó fácilmente a través de la carne. El líquido amarillo y rojo que salió de él roció las paredes. Sintió que la tierra temblaba. Veinte tentáculos más salieron dispararon a través de las paredes y se extendieron para sujetarla. Cuantos más tentáculos cortaba, más salían de las paredes.

Frenéticamente, Kara cortó los tentáculos restantes que se enredaban alrededor de sus piernas. Sus trozos se extendían alrededor de sus botas. Vio hacia arriba. Otro tentáculo se alargaba hacia ella. Saltó fuera del camino y rodó por el suelo levantándose de un salto y fue atacada inmediatamente por otra ola de tentáculos. Kara se agachó, saltó y se hizo camino hacia sus amigos. El líquido amarillo le roció la cara, y vio a David jalar a Peter, liberándolo de los tentáculos de la criatura. La esencia de Peter estaba filtrando a través de grandes agujeros en su cara. Su piel estaba translúcida. Se podía ver la luz brillante dentro de él. Su piel apenas y lo estaba manteniendo unido. Se veía enfermo.

David miró a Kara. “¡Ayuda a Jenny!” gritó por sobre la conmoción, mientras aplastaba un tentáculo amputado bajo su bota.

Kara pateó y cortó su camino hacia su amiga. Ya casi no la podía ver. La criatura había cubierto a Jenny completamente con una maraña de extremidades rojas fibrosas. Frenética, Kara comenzó a rebanar pedazos, cuidando de no cortar a Jenny. Ella pudo ver a David frente a Peter haciendo lo mismo.

Kara sintió un dolor agudo detrás de su cabeza. Cayó de bruces y llevó su mano hacia atrás. Envolvió su mano alrededor de una masa resbaladiza que tenía pegada en la cabeza. Se sentía como un casco extraño. Movié sus dedos y tocó una ventosa. Se estremeció. Sintió un hormigueo, como millones de pequeños pinchazos al mismo tiempo. Sentía cómo su energía se iba agotando y sabía que la criatura estaba chupando su esencia. Con su espada todavía aferrada en su mano, Kara la llevó detrás de su cabeza y apuñaló repetidamente a la criatura. Sintió cómo la ventosa se desprendía y finalmente logró retirarla de su cuero cabelludo. Con su fuerza más o menos renovada, Kara atacó a las criaturas otra vez. Pedazos de extremidades rodaban en el suelo como troncos. Pronto, Kara pudo ver a Jenny, y con un último esfuerzo, arrancó el último carnoso tentáculo de su amiga. Jenny se derrumbó en sus brazos, con los ojos apenas abiertos.

Kara la sacudió suavemente. “¿Jenny? ¿Jenny? ¿Me oyes?”

La piel de Jenny era casi transparente. Kara podía ver las heridas abiertas por todo su cuerpo. La luz blanca se derramaba a través de ellas. Había sido un error llevarlos con ella. Las heridas de Jenny y Peter eran demasiado graves. Tenían que volver...

El suelo tembló... se escuchó un ruido de succión... volvió la vista para descubrir decenas más de tentáculos brotando de las paredes carnosas. El temor cundió a través de ella. ¿Cómo iban a escapar?

“¡David! No podemos quedarnos aquí. ¡Tenemos que llevar a Peter y Jenny de vuelta!”

Kara colocó a Jenny en el suelo y rebanó la cabeza del tentáculo más cercano. Otros diez tentáculos arremetieron contra ella.

Y entonces, de repente, las criaturas se retiraron. Como gusanos ondulantes, los tentáculos retrocedieron escondiéndose en las paredes carnosas.

Un hombre estaba parado en el otro extremo del túnel. Su túnica roja flotaba a su alrededor. La luz de las antorchas se refleja en su calva cabeza. ¡Zadkiel! Aun en la distancia, Kara podía ver la

malévola sonrisa en su rostro. Tenía un frasco pequeño en su mano derecha. En el frasco había una bola de luz brillante.

Zadkiel se rio suavemente. “Eres tan predecible, Kara Nightingale. Como todos los demás... una torpe y tonta amante de los mortales. Yo sabía que me seguirías. Sabía que vendrías por su madre. He estado esperando por ti”.

Kara estaba aliviada de ver el brillo del alma de su madre.

“Devuélvemela y te dejaré vivir”.

Ella elevó su espada. Su ira había despertado su energía elemental. La llamó, y ella respondió con entusiasmo. Podía sentirla abriéndose como una flor en su interior. Ella vio el miedo en los ojos del arcángel. Trataba de ocultarlo, pero ella lo vio. No estaba tan seguro de que ella no pudiera matarlo.

El rostro de Zadkiel era como una máscara dura. “Tu madre es un ángel muy *ordinario*. No tiene ningún talento especial. No sé por qué te arriesgas tanto por ella, por su alma miserable. Es realmente patético”.

Kara bajó los ojos. “No me importa lo que pienses. La vas a devolver”.

El Arcángel se inclinó hacia adelante un poco, con sus amplios hombros encorvados. “No me gustan las *amenazas*. Especialmente las que salen de la boca de una chica tonta. Además, no estás en condiciones de hacerlas. Mira a tu alrededor. Tus amigos están muriendo. Y créeme, no durarán mucho tiempo en la boca de un demonio ungor”.

“¿La boca de un qué?” David miró a su alrededor. Picó su espada contra las suaves paredes rojas. “¿Estamos en la boca de un demonio? ¿En serio?”

Las paredes gruñeron, como si estuvieran respondiendo.

Kara miró a Jenny y a Peter. Su piel estaba tan fina como papel de calco. Estaban en mal estado. Tenía que salir de ahí.

“Desafortunadamente para ti, el ungor me obedece a mí”, dijo Zadkiel.

Los tentáculos ondularon, enrollándose alrededor de Jenny y Peter. “Haz un movimiento brusco... y matarás a tus preciosas amistades”.

Kara caminó hacia adelante, tambaleándose. “¡Déjalos ir! ¿Qué es lo que quieres? El alma de mi madre no significa nada para ti. Mis amigos no significan nada para ti. ¿Dónde está Asmodeus? ¿Por qué aún estás aquí?”

“Para entregar un mensaje”.

“Y ¿Cuál es ese mensaje?”

“Que la Legión no debe interferir. Es demasiado tarde. Los mortales son débiles, y no merecen su mundo. Lo están destruyendo. Es hora de recuperarlo. Además, es demasiado tarde. La Legión no puede interferir... o sufrirá las consecuencias. Tengo que agradecerte a ti, Kara. Fuiste una pieza importante para los planes de mi amo. Sin ti, no habría sido posible. Pronto gobernaremos el mundo mortal”.

Sus palabras golpearon con fuerza a Kara. “Asmodeus nunca gobernará tierra. La Legión no lo permitirá”.

Las esquinas de la boca de Zadkiel se curvaron. “Pero ellos no podrán impedirlo, engendro del demonio. Sí, te llamo por tu nombre verdadero, Kara. Es tiempo que dejes de mentirte a ti misma. ¿Crees que eres un buen angelito? Eres un demonio, como tu padre”.

Kara retrocedió, aterrorizada de pensar que lo que había dicho podría ser cierto. *No*. No

podía ser cierto. Ella era un ángel de la guarda, había jurado proteger a los mortales. Ella empujó la duda de su mente y frunció el ceño. “Yo no soy un demonio. Soy un ángel guardián...”

“Te equivocas de nuevo, demonio. Pronto entenderás... y te nos unirás. Es sólo cuestión de tiempo hasta que descubras de qué lado estás. Mi Señor te pide que te le unas en su cruzada...y te perdonará la vida”.

Kara lo miró con dureza. "Nunca me le uniré. Prefiero morir antes que unirme a un monstruo. Quiere destruir el mundo que amo”.

“Entonces, que así sea. Te pudrirás con el resto de ellos”.

“¡Estoy cansada de tu porquería! No voy a quedarme aquí escuchando. Dame el alma de mi madre. ¡Ahora mismo! Son dos contra uno, y las probabilidades están a nuestro favor. Dame alma de mi madre... o vas a morir”.

“Es cierto, pequeña demonio. Oh... no te importa que te llame por *tu verdadero* nombre, ¿verdad?”

David estaba parado a su lado. “Será un placer darte una paliza. Y una muy grande, podría añadir...”

La expresión de Zadkiel se oscureció. Una sonrisa atravesó fugazmente sus labios. “Siempre fuiste demasiado parlanchín para mi gusto, David McGowan. Pues bien, tal vez yo también pueda jugar este juego”. Abrió la jarra y sacó la esfera brillante. “Un movimiento en falso y aplastaré esta pequeña alma”.

Kara se adelantó, su poder dorado ardía en las extremidades de sus dedos. “No hagas nada estúpido... si te importa un poco tu propia alma apestosa”.

“¿Quieres esto?” El Arcángel levantó el alma en el aire y la miró. Luego miró a Kara. “Entonces ve por ella...”

La pequeña esfera salió volando en el aire.

Kara se lanzó hacia ella. En un movimiento rápido, saltó y la atrapó. La pequeña bola de luz iluminó su rostro y sus manos. Ella la sostuvo cuidadosamente, como si pudiera romperse en pedazos en sus manos. Imágenes de diferentes mujeres oscilaron en su mente. Una mujer India con pelo largo negro, luciendo un sari rojo y oro sonreía mientras agitaba sus manos en un baile. Otra cara; Esta vez el rostro curtido de una mujer. Estaba cubierta con pieles de animales y se sentada en la nieve, cosiendo una húmeda piel de foca en el marco de un kayak. Luego vio una imagen de su madre cuando era pequeña, en patines... y luego como una mujer sonriendo, con un bebé en su pecho. Kara sonrió. Esta era, con certeza, el alma de su madre.

“¡Kara!” Para cuando Kara giró, Zadkiel ya estaba en movimiento. Le oyó reír mientras corría por la garganta del demonio ungor. Su manto rojo ondulaba detrás de él como una bandera, atrapada en un viento fuerte. Se llenó de ira. Puso el alma con cuidado en el bolsillo de su chaqueta y corrió tras él.

“Kara. ¡No!”

Escuchó la súplica de David, pero no podía detenerse. No se detendría. No hasta que Zadkiel hubiera pagado por lo que hizo. Salió corriendo a través del túnel, sus botas batían el piso pegajoso. Atisbó un manto rojo desvanecerse por otro corredor, ¿o era un tubo digestivo dirigiéndose al exterior del estómago de la criatura? Kara se estremeció ante la idea. De cualquier manera, lo alcanzó en cuestión de segundos. Ella se abalanzó entre el tubo digestivo y se detuvo. Kara se encontró en una amplia zona redondeada con las mismas paredes mojadas y rojas. Lo

diferente en este espacio eran los escritorios de madera y las sillas, situadas en el extremo opuesto. Un enorme librero se erigía alto, hasta el techo. Los libros colgaban de sus estantes, viejos y rasgados. Sus cubiertas de cuero desintegrándose lentamente. Kara miró a su alrededor. Este debe haber sido el lugar a donde Zadkiel se retiraba después de un largo día de trabajo en el Consejo... para conspirar contra la Legión y probablemente para comunicarse con Asmodeus en la seguridad del vientre de la bestia.

Zadkiel estaba parado en el centro de la cavidad. Inclino su cabeza y sonrió, como si retara a Kara para que se acercara más. Había una niebla negra enrollada detrás de él, una grieta que ondulaba como un espejismo de agua.

“Debería haberte haber matado cuando tuve la oportunidad”, se rio suavemente el Arcángel.

“Pero no lo hiciste”. Kara le lanzó su espada de alma.

El Arcángel caminó hacia la grieta... y desapareció.

Con un suave golpe, su espada cayó al suelo pegajoso.

Capítulo 5

Cayéndose a Pedazos

Kara no había dejado que David sostuviera el alma de su madre mientras ayudaban a Jenny y a Peter de vuelta a través de la grieta. No es que no confiara en él; sino que simplemente no podía soltarla. Kara sujetó el alma protectoramente contra su pecho, como una madre lo haría con su propio hijo. Con cada pequeña sacudida del ascensor, ella reforzaba su agarre. Era como si la bola se hubiera pegado a sus manos con cola loca.

Una vez que estaban seguros de vuelta en Horizonte y en camino hacia Curación Exprés, Kara se despidió y se encaminó hacia el pasillo de las almas. David había ofrecido a acompañarla, pero ella se negó. Le dijo que tenía que hacerlo sola. Había sido culpa suya que el alma de su madre hubiera desaparecido en primer lugar. Ella sólo podría relajarse una vez que supiera que el alma de su madre estaba, finalmente, bien segura.

El ascensor se mecía ligeramente a la derecha y luego a la izquierda. Kara acunaba el alma con ternura. Sus ojos nunca se despegaron del operador. Un mono con un luminoso pelaje marrón y una cara negra pequeña la observaba desde su silla. Sus manos y pies estaban completamente negros, como si llevara guantes. Tenía un sombrero alto verde que envolvía su pequeña cabeza, como si fuera dos tallas más grandes. Parecía un duende feo. Sus ojos como de piedra observaron momentáneamente el alma, titilando con súbito interés. Kara presionó sus labios en una línea dura y escondió el alma dentro de su chaqueta. El mono levantó sus cejas y le quedó mirando. Ella le devolvió la mirada, directo a los ojos, con un rostro de piedra, sin pestañear. No le importaba si el mono era uno de los buenos. Si intentaba algo, ella podría cortarlo en pequeños cubitos de mono.

Después de unos momentos, el ascensor se detuvo. Con un *ding*, las puertas se deslizaron, abriéndose. El operador se quitó el sombrero y e hizo una reverencia “¡Nivel cuatro!” ¡Salón de las almas!”

Kara presionó el alma protectoramente contra su pecho y salió del ascensor. Escuchó las puertas cerrarse detrás de ella. Miró a su alrededor. Se quedó quieta. La cámara que una vez había estado brillantemente iluminada con millones de esferas estaba ahora oscura y sombría. El campo gigante de luciérnagas favorito de Kara se había extinguido. Sólo unos miles de esferas todavía flotaban en el cielo negro, brillando pálidamente en el vasto espacio. La sacudió un escalofrío. ¿Qué estaba pasando?

Kara miró hacia el suelo. El piso de mármol negro estaba cubierto de polvo gris oscuro, como una alfombra de polvo. Kara se dio cuenta, con horror, que eran almas muertas. Por todas partes a donde veía, las almas muertas cubrían el suelo. Era como mirar las secuelas de una erupción volcánica, con montones de cenizas por todos lados. El suelo estaba completamente cubierto. No había ningún lugar por dónde caminar, sin pisar los restos de un alma. Ella se agachó y extendió su mano, pero la retiró. Se estremeció al recordar la sensación de horror y desesperación que había

sentido una vez, durante la manipulación de un alma muerta; El alma muerta de la señora Wilkins. Fue una experiencia horrible para ella, y no quería volver a sentirla. Pero algo le decía que ésta era una situación totalmente diferente.

La recorrió un escalofrío. Podía ver una enorme chimenea de piedra en la distancia. Ella recordó el magnífico fuego blanco cuyas llamas ondeaban altas en el aire. Pero no había ninguna llama ahora. El fuego blanco de Atma se había apagado. El temor se deslizó dentro de ella como una fiebre. Forzó el sentimiento de miedo a un lado y pensó en el Arcángel Ramiel. Él podría explicarle esto a ella.

Kara estiró su pie y suavemente tocó una de las almas muertas... no pasó nada. Sintiendo curiosidad, le dio vuelta con su bota. Siguió sin sentir nada. No hubo ningún sentimiento intenso de desesperación y miseria. Ninguna voz gritaba dentro de su cabeza. No había visiones de vidas pasadas agitándose dentro de su mente. Era como si nunca hubiera ocurrido. Ella la golpeó de nuevo, y el alma rodó y se detuvo... como una pelota negra, hueca y muerta. ¿Qué le había sucedido al alma? No sabía por qué no reaccionaba cuando la tocaba. Algo estaba muy mal.

Kara se hizo camino cuidadosamente a través de las miles de almas muertas que cubrían el suelo, apartándolas suavemente con sus botas, para no pisarlas. No quería pisar ninguna. Sus pasos hacían eco a lo largo de la cámara, un sonido extraño y solitario en el majestuoso espacio. Ella esforzó sus ojos para ver más allá del cielo gris. . La habitación estaba silenciosa, nada se movía. A Kara le parecía que estaba muerta... buscó a los niños de pelo rubio, pero no pudo ver ninguno. ¿Dónde estaban los querubines?

Crunch

Kara frunció el ceño y miró al suelo. Estaba pisando en un pequeño montículo de arena brillante, como si alguien hubiera dejado un montón de diamantes en el suelo. Ella desparramó el montículo con la punta de su bota. Qué hermosas se veían las piedras contra el piso de mármol negro. A su madre le encantaban los diamantes. Pero no podían permitirse comprar unos reales, sólo zirconios. Acurrucó suavemente el alma contra su pecho.

“Te voy a comprar diamantes de verdad un día, mamá. Lo prometo”.

Una chispa, a pocos metros de distancia, captó su atención. Vio que eran más montículos de diamantes. Y ahora que ella sabía lo que eran, notó cientos más ocultos debajo de las almas ennegrecidas. Extraño. No los había notado antes.

Un sonido de algo que raspaba llegó a sus oídos. Giró... y una persona de pelo dorado con una larga túnica azul cayó en sus brazos. Equilibrando al querubín con un solo brazo, Kara se sentó lentamente. El querubín era sorprendentemente ligero. Lo colocó sobre sus rodillas acunándolo más cerca de ella... y se congeló.

Un rostro demacrado, con los ojos hundidos y con la nariz y boca perdidas entre cientos de arrugas la miraba. Su piel estaba marchita como un pergamino dándole un aspecto de calavera. Parecía como si fuera a desaparecer. Este no era el rostro juvenil de los querubines que ella recordaba. Ella estaba viendo el rostro de un hombre muy viejo. Movié los labios, pero no salió ningún sonido de su boca. Kara sintió como se estremecía en sus brazos. Sus pies grises y esqueléticos se asomaban por debajo de la túnica azul, como un cadáver en la morgue. Kara trató desesperadamente de envolver su manto a su alrededor. Pensó en clamar por ayuda, pero lo reconsideró. Sentía que el querubín se rompería si ella elevaba su voz.

Ella apartó su fino cabello de su rostro con dedos temblorosos. Sus labios se movieron otra

vez. Ella acercó su oído a sus labios.

“Sálvanos...”

Kara sintió que se congelaba. Frunció el ceño. “¿Qué? ¿Qué quieres decir... con sálvanos? ¿Qué pasa contigo?”

Los ojos del querubín se pusieron en blanco. No respondió.

Kara se retorció incómodamente.

“Yo voy... voy a levantarte ahora... y te llevaré con Raphael. Aguanta”.

Kara equilibró al querubín con delicadeza, reclinándolo tiernamente contra el lado izquierdo de su pecho. Recordó haber tenido muñecas más pesadas que él. Eso la asustaba. Miró hacia abajo, al alma de su madre, todavía colocada suavemente sobre su pecho, cuidado de no aplastarla con el peso de los querubines. Ella sabía que era poco probable, ya que el pequeñito no pesaba más que el gato de su vecino.

“Sálvanos... debes salvarnos” murmuró el querubín otra vez, y Kara notó que su voz era más fuerte ahora, como si hubiese adquirido algo de su fuerza de nuevo.

Se detuvo y lo miró con cuidado. “Voy a buscar ayuda. No te preocupes. No hables... guarda tu energía”. El querubín levantó su mano y presionó su dedo contra la frente de Kara. Ella se estremeció. El toque de su dedito le provocó un escalofrío que recorrió desde su cabeza hasta los pies, como si alguien hubiese vertido un balde de agua helada encima de ella. Una repentina oleada de emociones estalló en su interior. Había voces gritando en su cabeza. Millones de personas gritaban al mismo tiempo. Les podía oír claramente, como si estuvieran a su lado. Su visión se puso borrosa. Ella parpadeó. Imágenes de hombres, mujeres y niños relampagueaban en su mente, como una película en alta velocidad. Se dio cuenta de que era más bien como un sueño. Podía sentir su alegría y su dolor al mismo tiempo. Un hombre caminaba con su perro en un parque verde exuberante. Una mujer de mediana edad con un sombrero de paja trabajando arduamente en su jardín. Niños que reían, corriendo y persiguiéndose mutuamente en un patio de recreo. Se acercó una niebla negra. Los niños gritaban. Las sombras se tragaron a los niños y a sus gritos. Se oscureció todo. Oyó los gritos de miles de mortales. Escuchó sus súplicas de ayuda. Las criaturas de sus pesadillas les arrancaban pedazos a sus cuerpos, desgajando miembro por miembro. Kara gritó, al igual que gritaba la gente en su mente al morir...

Las visiones desaparecieron.

Kara tembló y miró a los ojos de oro del querubín, llenos de lágrimas. El abrió su boca en un grito silencioso. De repente, su piel y su manto comenzaron a brillar como cristales. Su piel se cuarteó. Kara notó pequeñas grietas formándose en la cara del querubín, como un rompecabezas. Y con un estallido repentino, el querubín explotó en una nube de diamantes.

“¡No!”

Aterrorizada, Kara manoteó en el aire ella tratando desesperadamente de atrapar algunas de las partículas. Vio como caían a la deriva sobre la tierra. El querubín era ahora una hermosa pila de diamantes que brillaban tenuemente. Kara cayó de rodillas. Cogió un puñado de los diminutos cristales y los vio caer a través de sus dedos como granos de sal. Abrumada por la tristeza, Kara maldijo el hecho de no poder llorar.

“Se están muriendo”, dijo una voz detrás de ella.

Kara giró y vio a la cara de un hombre gigantesco. Estaba vestido con una túnica blanca abierta en el frente, con un cuello alto y puños bordados en oro. Su hermoso rostro se retorció de

dolor. Un resplandor de oro emanaba de su piel pálida.

“No hay nada que podamos hacer”, dijo el Arcángel Ramiel solemnemente.

“Él... ¡se hizo polvo en mis brazos!” Kara levantó sus brazos dramáticamente en el aire. “¿Qué pasa con ellos?”

Los labios del Arcángel formaban una línea recta y apretada. “Los querubines... están muriendo” dijo, haciendo un gesto hacia un lugar en el salón.

Kara siguió su mirada y se estremeció. Cerca de una docena querubines con caras esqueléticas y enfermizas se esforzaban en caminar. Se tambaleaban hacia adelante y hacia atrás, incapaces de mantener su equilibrio. A Kara le dolía la agonía de sus rostros. Se compadeció de ellos. Un querubín arrastró los pies hacia ellos. Iba encorvado, como si su espalda estuviera rota. Apenas podía caminar. Su rostro contraído parecía sin vida y sus ojos eran de un blanco lechoso, como los de un ciego. Con un último esfuerzo, el querubín cayó de bruces, con su cabeza primero, sobre piso. En cuestión de segundos su cuerpo explotó en una nube de partículas brillantes. Lo único que quedó fue un pequeño montículo de diamantes. Kara vio con horror los cientos de montones de polvos de querubín. El suelo estaba cubierto de estos montículos.

Kara estudió Ramiel por un momento. “Pero, ¿por qué están muriendo? ¿Cómo *pueden* morir? Creí que los querubines eran inmortales”. Ramiel que se agachó para examinar los restos de un querubín. “Los querubines existen mientras existan las almas. Sin almas, los querubines morirán. Necesitan la fuerza de la vida de las almas para vivir”.

Inconscientemente, Kara abrazó el alma dentro de su chaqueta y miró hacia arriba, al cielo negro. Sólo unos pocos miles de almas se cernían por encima y alrededor de ellos. Era como mirar hacia el cielo por la noche, tratando de ver las estrellas a través de las nubes. Ella trabó su mandíbula y fijó los ojos al suelo. Millones de almas muertas cubrían el piso. Ella temía lo peor. Las últimas palabras de los querubines hicieron eco en sus oídos.

Sálvanos.

Un grito escapó de sus labios. Ella era la responsable. Ella sabía que había permitido que miles de demonios entraran al mundo mortal. Miles de almas estaban muertas por su culpa. “Los demonios están matando almas”, dijo Kara.

“Sí”, respondió Ramiel. “Es un ataque salvaje. Brutalidad en una magnitud colosal contra el mundo mortal. Nunca antes nos hemos enfrentado con tal atrocidad. La cifra de almas muertas ha alcanzado proporciones insondables”.

“¿Qué pasará con el resto de los querubines?” El pecho de Kara le dolía. Vio las pequeñas figuras arrastrándose alrededor de la cámara. Palpó el bolsillo de su chaqueta. “Todavía hay almas que viven. No están todas muertas... ten. Esta es de mi mamá. Mantenla a salvo”. Kara entregó la brillante esfera blanca de su madre al Arcángel.

Ramiel tomó el alma con cuidado y la estudió. Vio a Kara de repente, con una expresión de perplejidad. “¿Cómo lograste recuperarla? Pensé que Zadkiel la había destruido...”

Kara suspiró. “Es una larga historia... pero la recuperaré”.

El Arcángel miró pensativamente Kara. “Bueno, ella estará segura aquí...”

“¡Kara!”

Kara volteo para ver a David corriendo hacia ellos. Su rostro reflejaba angustia. Saludó a Ramiel inclinando la cabeza, y a Kara le pareció extraño que no insultarla al Arcángel como generalmente lo hacía.

“David, ¿qué pasa?” preguntó Kara, y empezó a sentirse nerviosa otra vez.

“Todos los guardianes están siendo llamados a una reunión de emergencia”, dijo David mientras guardaba las manos en sus bolsillos delanteros, “... bajo las órdenes del Teniente Miguel. Nos reunimos en Operaciones”.

“¿Sobre qué es la reunión?” Kara sospechaba que las almas moribundas y los querubines eran parte de ella. “No tengo idea. Pero sé que es algo grande... seguro que algo está mal. Nunca he visto una reunión de esta magnitud”.

A Kara no le gustaba el sonido de eso. Se sentía responsable. Ella había sido un peón en el plan de Asmodeus. Sin ella, el espejo de las almas no hubiera funcionado, y los demonios no habrían entrado en el mundo mortal. Ella era como Asmodeus... una abominación para el mundo de los ángeles, un mestizo engendrado con un sólo propósito: destruir el mundo mortal. Kara apretó su mandíbula. Conseguiría su venganza. *Tú no eres mi padre*. Se hizo una promesa a sí misma, hacer todo en su poder para reparar los horrores que había desencadenado. Y entonces llegaría el momento de la venganza.

“¿Cuándo nos vamos?” preguntó Kara. Su tono de voz era profundo y temblaba de rabia. Recordó el rostro burlón de Asmodeus cuando veía cómo sus demonios se deslizaban en el mundo mortal y comenzaban a hacerse camino rompiendo corazones humanos.

David levantó las cejas. “Ahora mismo”.

Capítulo 6

La Legión de Ángeles

Kara siguió a David por las dunas rojas. El sol caía sobre su cabeza, y Kara sentía como si tuviera una secadora de pelo caliente cerca de su cuero cabelludo. Vio la espalda de David, pero realmente no lo estaba viendo. No podía dejar de pensar en el querubín que había muerto en sus brazos. Su rostro marchito la acosaba como un mal sueño del que no podía salir, aunque tuviera los ojos abiertos.

Sálvanos, había dicho el querubín. ¿Qué había querido decir con eso? Y ¿por qué se lo dijo a ella? ¿Se suponía que ella hiciera algo? ¿Era ella parte de un plan más grande? No lo sabía. Y no podía dejar de pensar en ello. El sonido de una fuerte sacudida llegó a sus oídos. Kara miró por encima de la duna que estaba escalando...y sembró los pies. Cientos de miles de ángeles de la guarda llenaban todo el valle, un mar de ángeles en movimiento, preparándose para ir a la batalla. Estaban reunidos formando líneas rectas hacia abajo y a través del valle en un cuadrado perfecto, una Legión de ángeles con toda su fuerza. El cuerpo de Kara se erizó con emoción. Nunca había visto a tantos guardianes juntos en una sola área. Se sintió pequeña e insignificante. Un sentido de orgullo brotó en su pecho. Se sintió embriagada. Quería correr entre ellos, pararse entre ellos. Con un ejército así, todo era posible.

Pudo sentir un olor a hierro, agua y sal. La multitud parecía dispersarse mientras ella y David se hacían camino a través de ellos.

¿Acaso la Legión aún la creía una traidora? Podía oír los susurros de la muchedumbre. Estaban rodeados de rostros ansiosos. Estaban nerviosos, como animales enjaulados. Kara se puso tensa.

Una chispa a la cabeza de la Legión llamó su atención. Kara miró sobre las cabezas de la multitud. Un hombre gigante caminaba a través de las líneas del frente. Largos trozos de tela plateada ondulaban en el viento detrás de él, como una bandera hecha de brillantina. Aun a lo lejos, reconoció al Arcángel Miguel. Su piel marrón oro brillaba la luz del sol. Su sedoso pelo marrón oscuro se movía suavemente sobre sus musculosos hombros, y sus manos estaban empuñadas.

Kara sintió un tirón en el brazo y se volteó para ver a David pidiéndole que la siguiera. La jaló hacia un pequeño montículo de arena. Kara subió detrás de él. Una vez que llegaron a la cima, miró sobre las miles de cabezas y se centró en Miguel. Él tenía las manos cruzadas delante de él, su cuerpo duro y rígido como una estatua griega.

“Guardianes”, la voz de Miguel retumbó a través del desierto.

Su voz se realzó como por arte de magia y todos los guardianes lo escucharon tan claramente como si estuviera delante de cada uno de ellos. “Estamos aquí reunidos para informarles y prepararles para lo que tenemos por delante. Como algunos de ustedes ya han escuchado, se han abierto miles de portales, y cientos de miles de demonios han sido liberados hacia el mundo

mortal. La Legión nunca ha enfrentado a una amenaza de esta magnitud antes. Niños, mujeres y hombres inocentes han sido atacados en sus propios hogares y destrozados a pedazos”.

Los susurros se propagaron a través de la multitud como un reguero de pólvora. Kara bajó su cabeza. ¿Iba Miguel a culparla? Podía escuchar el atisbo de una acusación en sus palabras. Luchó para controlar sus emociones mientras recordaba los gritos de los niños cuando los demonios arrancaban sus corazones. Esto era su culpa.

Algo rozó sus dedos. Sintió una mano entrelazarse con la suya. Miró hacia arriba y se topó con la cara preocupada de David. Sus ojos azules brillaban. Le apretó la mano, confortándola. Ella devolvió el apretón. No quería que la soltara nunca.

Kara deseaba silenciosamente poder irse lejos de todo esto... que ella y David pudiesen estar juntos de alguna manera en la tierra, lejos de los horrores y las atrocidades que parecía estarían en su futuro cercano. Pero sabía que nunca podría tener la vida romántica que siempre había previsto con el hombre que amaba. Ella era un ángel de la guarda jurado para proteger a los seres humanos. El mundo mortal estaba convulsionado. Necesitaba ser salvado. Y Kara tenía un trabajo que hacer.

Ella levantó su mirada hacia Miguel, pero no sin antes percibir las miradas de desaprobación de unos cuantos ángeles. Sus caras parecían retorcerse con asco al ver a David y a Kara. Ella se obligó a apartar la mirada.

“Miles de almas están muriendo a diario” continuó Miguel. “Cada segundo que perdemos aquí, es otra alma que muere. Todos hemos jurado protegerlas. Somos los elegidos. Es nuestro mandato salvar las almas mortales. A partir de este momento se cancelarán todas las asignaciones anteriores. Los ángeles, tiene una misión. ¡Librar al mundo mortal de los demonios!”

Su última palabra retumbó a través de las vastas dunas como un trueno. Los ángeles saltaron en el aire y rugieron como una ola gigante que se levantaba y se extendía a través de la multitud. Era increíble y aterrador al mismo tiempo.

Miguel levantó sus brazos al aire y pidió silencio. Esperó que la multitud se callara antes de continuar. “Asmodeus cree que ha ganado. Pero está seriamente equivocado y se lo demostraremos. ¡Vamos a atacar el corazón del demonio! Nuestras legiones *aplstarán* a sus ejércitos, y le devolveremos la tierra a sus legítimos habitantes”. Levantó su puño. “Esta será la batalla más grande que haya luchado esta Legión. ¡La batalla apenas ha comenzado! ¡Y venceremos!”

Hubo una explosión de rugidos. Los ángeles saltaron y sacudieron sus puños en el aire. Kara observaba los rostros enloquecidos. Casi podía ver el veneno gotear de sus bocas. Era odio, odio a los demonios. Los Ángeles querían destruir a Asmodeus y a sus demonios tanto como ella deseaba hacerlo.

Un fuerte crujido repentino hizo eco a su alrededor. Las multitudes debajo de ellos se separaron y una masa de más de un centenar de oráculos rodaron hacia Miguel. Sus vestidos de plata y largas barbas blancas fluían detrás de ellos. Los rayos del sol oscilaban dentro de sus gigantes bolas de cristal, obligando a Kara a proteger sus ojos. Alcanzaron al arcángel y formaron dos filas a cada lado. Los oráculos esperaron pacientemente encima de sus cristales.

Miguel miró a los oráculos por un momento antes de girar y hacer frente a los guardianes.

“Guardianes, escúchenme. Si la raza humana es aniquilada, no habrá más almas que proteger, y entonces no tendremos ninguna razón para existir. Tenemos que salvar a los mortales para asegurar nuestra propia supervivencia. Si no podemos librar al mundo mortal de los ejércitos de

Asmodeus... dejaremos de existir”.

Kara vio como el horror se extendía a través de los rostros de los guardianes. Era una falsedad, una verdad a medias que los ángeles fueran inmortales. Kara había visto la muerte con sus propios ojos... ella sabía que los ángeles podían morir.

Por un momento, el vasto desierto estuvo en silencio.

Finalmente, Miguel habló. “Todos los guardianes serán emparejados en grupos de cincuenta y asignados a ciudades o países específicos alrededor del mundo. La División Contadora de Demonios permanecerá intacta y será responsable de rastrear a Asmodeus y atraparlo. Nuestros exploradores han identificado varias posibles ubicaciones. Vamos a traer al señor demonio ante la justicia ¡y será ejecutado!”

Kara se estremeció cuando un rugido ensordecedor estalló alrededor de ella. Las imágenes de Jenny y Peter relampaguearon en su mente. Extrañaba a sus amigos. Sintió una punzada en su corazón por ya no ser parte del DCD. Había sido un puesto emocionante. Le necesitaban, sus poderes podrían ayudarlos. El DCD no tenía idea de cuán fuerte Asmodeus era en realidad.

Miguel revisó a la multitud por un momento. Aun en la distancia, Kara podía ver los rastros de preocupación en su rostro.

“No voy a mentirles diciéndoles que esta será una batalla sencilla. Muchos de ustedes morirán. Pero escúchenme: ¡No dejen que eso los detenga! Nosotros somos soldados primero y ángeles después. Vamos a responder el llamado de la Legión y lucharemos. ¡Lucharemos hasta el final! Debemos proteger a los mortales a cualquier costo. Es hora, guardianes. ¡Que te proteja el Horizonte! Oráculos...”

Kara vio como los oráculos rodaron sus gigantescas bolas de cristal por las dunas rojas hacia las piscinas. Sus barbas blancas los seguían flotando en el aire, detrás de ellos. El desierto retumbó mientras los guardianes los seguían de cerca. La arena vibró debajo de los pies de Kara. En poco tiempo, la multitud a su alrededor se dispersó y Kara vio a un grupo de guardianes de DCD caminando hacia el elevador.

“¡Kara!”

Jenny trotó por la colina. Su pelo púrpura brillaba bajo el sol. Sus ojos estaban llenos de emoción. Llevaba un maletín de cuero negro pequeño. Se lo entregó a Kara.

“Toma... has sido reintegrada al DCD”.

Kara extendió la mano y tomó el maletín. Tan pronto como lo abrió, reconoció la tarjeta de oro que estaba colocada en el interior. Sin la llave de oro no podía llegar al nivel 5, el secreto mejor guardado en Horizonte, el Departamento de Defensa.

Kara sacó la llave de oro y le dio vuelta con su mano. “Nunca pensé que me dejarían volver... después de todo lo que ha ocurrido”. Luchaba por controlar sus emociones.

Los ojos de Jenny brillaron. “Bien, pues te dejaron volver. Cassiel mismo preguntó por ti. Dijo que el equipo no estaba completo sin Kara. Quiere que vuelvas, chica”.

“¿En serio?”

“Sí”. Jenny jaló un mechón de su cabello púrpura y lo enredó alrededor de sus dedos. “Es una locura allí dentro. La unidad entera está volviéndose loca”.

“No es sólo *tu unidad* la que se está volviendo loca”, dijo David, viendo a las hordas de guardianes. “Nunca he visto a la Legión tan agitada. Puedo ver el miedo en sus ojos. Tienen miedo de lo que está ahí. Tienen miedo a morir... una muerte verdadera”.

Kara podría ver el miedo extenderse a través de algunos rostros. “Tienen razón en sentir miedo. No están simplemente salvando vidas mortales de un accidente. Tienen que luchar contra los demonios”. Ella mordió su labio inferior y habló suavemente. “Las nuevas razas van a comérselos vivos”.

La cara de David se arrugó en una fea mueca de preocupación. Su boca era una línea dura. Kara quería acercarse a él.

“Bueno, es definitivamente malo”. Los ojos de Jenny estaban llenos de preocupación. Suspiró. “Tenemos que irnos”.

Kara luchó para evitar tomar la mano de David. Ella no lo quería en lucha sin ella. La idea de perder a David era inimaginable. Pensaba que no podía seguir adelante con su vida si algo le sucediera a él.

Parecía que David estaba pensando lo mismo. “No quiero que lo hagas”, dijo finalmente.

“¿Qué?”

Se dirigió a Kara. “De que regreses a DCD. La unidad ha sido violada. Recuerda lo que pasó con esos imbéciles. No te fies de nadie”.

Kara le dirigió una sonrisa tranquilizadora a David. “Yo sé. Estoy segura de que también Cassiel está consciente de ello. No dejará que nada me pase, no te preocupes. Yo estaré bien. Eres *tú* quien que me preocupa”.

Los ojos azules de David brillaron. Sus labios se curvaron en una sonrisa y acomodó sus manos sobre su pecho. “Yo sabía que me amabas... ¡Ay!”

Kara le dio un puñetazo en el brazo. “¡Pórtate serio por una vez en tu vida! Esto no es una broma. Siempre te estás metiendo en problemas, David. Sólo... ten cuidado, ¿de acuerdo?” No podía creer cómo no se preocupaba más por él mismo. La enfurecía.

David levantó sus brazos en señal de protesta. “Bien, bien. No te preocupes, yo puedo cuidar de mí mismo”. Sacó una espada de alma de su chaqueta. Con la mano envuelta alrededor del mango, la levantó en el aire y la examinó de cerca. El metal brillaba bajo el sol. “He estado esperando la oportunidad de practicar mis movimientos en algunas de esas nuevas razas. Ya verás... huirán cuando me vean llegar”.

Kara rodó los ojos. “David, prométeme que no harás nada estúpido. Prométemelo”.

David sonrió. “¿Yo? ¿Hacer algo estúpido? Claro que no, linda... yo soy el ángel más responsable, más respetuosos de la ley en todo horizonte”.

Incluso con todo este teatro, Kara conocía a David lo suficientemente bien como para saber que estaba escondiendo sus verdaderos sentimientos. Estaba aterrado, igual que ella. Cuanto más bromeaba, más ansioso estaba. Y eso sólo hacía que Kara se pusiera más nerviosa.

“Nos vemos luego”. Y con eso, David trotó por la ladera y se unió a la masa de guardianes que caminaban hacia las piscinas.

Con un sentimiento de tristeza, Kara vio a David desaparecer bajo una ola de ángeles. Apretó los puños al recordar al demonio de nueva raza que había aspirado a la fuente de la vida de su novato Tom tan fácilmente. Ella sabía cuántos ángeles morirían hoy. Probablemente miles. *¿Regresarían estas caras? ¿Cuántos ángeles tenían los conocimientos necesarios para luchar contra los demonios mayores?*

Kara se estremeció al recordaba los aterradores gritos de los niños y los aullidos de hambre de los demonios. Ella era la culpable, ella era la responsable.

“Vamos, Kara”. Jenny jaló de su camiseta y la apresuró a seguirla. Mientras trotaba hacia abajo por la ladera, nubes de polvo rojo volaron detrás de ella como una capa.

A regañadientes, Kara siguió a Jenny hacia los ascensores. Ella sólo podía esperar que DCD fuera la solución permanente para deshacerse de Asmodeus y sus demonios, pero algo en el tono de Miguel durante su anterior discurso le decía que no sería así.

Capítulo 7

Compañeros de Equipo

Kara guardó su maletín de DCD en su bolsillo delantero y siguió a Jenny a través de un laberinto de cubículos y sillas. Alrededor de ellos, la División Contadora de Demonios estaba envuelta en una gran algarabía. Kara recordaba que la división siempre había tenido un ambiente muy agitado, pero esto era más como una completa anarquía. Papeles caían desde los niveles superiores cubriendo el suelo como una alfombra blanca. Los ángeles se gritaban mutuamente a través de la cámara. Se empujaban y tropezaban unos con otros. Algunos corrían alrededor de la habitación, saltando por encima de sillas y escritorios como ciervos. Sus ojos se llenaron de pánico. No eran los rostros confiados que Kara había visto antes.

Los gritos perforaban la cacofonía del nivel cinco, y Kara no podría evitar ver las grandes pantallas holográficas que estaban montadas en el centro de la cámara y a lo largo de las paredes. Todas las pantallas mostraban imágenes aterradoras de hombres, mujeres y niños. Gritaban con toda la fuerza de sus pulmones mientras los demonios de cuatro patas, con cuerpos al rojo vivo y plagados de supurantes llagas, les arrancaban fácilmente la carne con sus afilados espolones negros. La sangre chorreaba a cántaros por las paredes de las habitaciones reflejadas en las pantallas.

Kara oyó otro grito. Venía de la pantalla holográfica que estaba delante de ella. Una chica joven con cabello castaño oscuro y ojos marrones grandes se acurrucaba contra una pared. La sangre corría por su rostro petrificado, vertiendo de una gran herida en el lado de su cabeza. Un escalofrío rodó por la espalda de Kara. La chica parecía una versión más joven de sí misma. Algo oscuro pasó a través de la pantalla. Kara quería advertirle a la chica, pero se quedó petrificada. Un momento después, de entre la niebla, se materializó un demonio de las sombras. Agarró a la joven por el cuello y le arrancó su corazón. Kara se obligó a apartar la mirada.

Trató de concentrarse en su tarea, pero los gritos dominaban sus pensamientos. La muerte la veía fijamente detrás de cada pantalla, como un recordatorio permanente de su fracaso. Un recordatorio de lo que había hecho.

“¿Vienes?” Jenny apareció a su lado sacando a Kara de su trance. Jenny miró las pantallas y luego a Kara. “No podemos hacer nada por ellos ahora. Sé que es difícil no mirar... o no sentir nada... pero tenemos que mantener la concentración”. Ella colocó su mano suavemente sobre el hombro de Kara. “Anda, tenemos que irnos”.

Kara bajó la mirada. “Esto es mi culpa, Jenny” susurró, manteniendo la mirada baja. “Todo lo es. Están muriendo por mí”. Su labio inferior tembló.

“Tú no podías saber qué pretendía hacer contigo, Kara” dijo Jenny suavemente. “No puedes culparte”.

Un gemido provino de uno de los monitores. Kara se estremeció. Ella no se atrevía a mirar la pantalla. “Sin mí, esto no habría ocurrido. Los portales se abrieron... con los espejos y yo... con

mis poderes. Soy en parte responsable. Fui parte de ello”.

“Kara, mírame. No puedes culparte por los planes de un loco. Eres una buena persona. Nunca hubieras deseado que esto le sucediera a nadie. No eres una asesina. Eres un ángel de la guarda”.

Los ojos verdes de Jenny veían fijamente a Kara. “*Arreglaremos* todo esto. Te lo prometo”.

Kara sólo asintió con la cabeza.

“Anda, vamos”. Jenny sujetó la mano de Kara y tiró de ella.

Con desgano, Kara siguió a Jenny a través de un montón de escritorios y sillas hasta el centro de la sala redonda. El Arcángel Cassiel se sentó en una gran mesa rodeada por unas cuantas docenas de ángeles guardianes en uniformes negros. Su cabello castaño claro estaba tan desaliñado como Kara lo recordaba. Llevaba pantalones negros y una camiseta negra ajustada sobre su musculoso pecho. Fijó sus ojos color avellana sobre ella, haciéndola sentir incómoda. Ella reconoció el rostro petrificado de Peter, quien le lanzó una sonrisa y empujó sus gafas sobre su nariz con un dedo tembloroso. Ella apartó la mirada y se estremeció.

Al y Devon se sentaron en la mesa.

Una risita burlona apareció en los labios de Devon. Sus ojos oscuros hicieron que Kara se estremeciera. Ambos muchachos tenían el cabello del color del plumaje de un cuervo, pero Devon el de tenía un tinte azulado, haciéndolo resaltar. Su nariz de halcón era el centro de sus afilados rasgos. La miró como viendo a una presa y se esforzó para mantener la calma. No les dejaría ver su angustia. Sus ojos giraron hacia Al. Su pálida piel se veía enfermiza bajo la luz, con sus ojos negros medio escondidos debajo de masivas cejas. Recordó el rayo de luz dorada que había emanado sin control desde sus manos golpeándole el pecho. Aunque había ido a la cárcel por su falta de control, ella todavía no confiaba en él. Ella había visto la espada de muerte en su mano.

No había ningún error en eso. Él había tenido la intención de usarla contra David, y ella no dejaría que eso pasara.

El rostro de Al no traicionaba sus emociones. Como una máscara hecha de barro, parecía muerto y con los ojos fijos en ella. Sabía que las cosas iban a ponerse feas. ¿Cómo...? no podía saberlo, pero ella no podía suprimir la desagradable sensación que brotaba desde su interior.

Cassiel hizo su silla hacia atrás y se puso de pie. “¡Ah! ¡Por fin, Kara! Estás de regreso entre nosotros, donde perteneces”. Su cara brillaba. Se dirigió hacia ella, extendió sus brazos y la abrazó. “Bienvenida. Bienvenida de nuevo, Kara”.

Kara hizo una mueca cuando su cabeza terminó bajo la axila del gigantesco arcángel. Él la liberó finalmente y las invitó, a ella y a Jenny, a sentarse a la gran mesa. Con sus brazos cruzados a sus espaldas, Cassiel caminó alrededor de la mesa y se colocó detrás de la silla de Kara. “El DCD ha recibido el mandato de buscar al demonio mayor. Tenemos que localizar su centro de comando. Sabemos que está ahí. Nosotros debemos definir su ubicación y encontrarlo”.

Encontrarlo, repitió Kara en su cabeza. Ella sabía que no iba a ser fácil. El demonio mayor no era ningún demonio normal, y no era tonto. Era el rey del inframundo, príncipe de la oscuridad. Kara no estaba segura de que pudieran lograrlo. ¿Cómo se mata a un arcángel? ¿Especialmente uno que no quiere ser encontrado?

Kara sintió presión cuando Cassiel puso sus manos en el respaldo de su silla, moviéndola unos centímetros.

“Un solo guardián no puede vencer al demonio mayor”, les instruyó Cassiel. “Así que no quiero que intenten algo estúpido. Él es demasiado poderoso. Los aplastará como a un maní.

¡Escuchen! Si un equipo descubre el paradero del demonio mayor, presentará un informe a DCD inmediatamente. No intentaran atacar al demonio mayor ustedes mismos. ¿Entendido? ¡Nadie debe acercarse a él!”

Kara fue lanzada hacia adelante suavemente cuando su silla se enderezó.

“Sus órdenes son buscar el centro de comando y reportarse con una confirmación de su ubicación. Tan pronto como se confirme su identidad, yo haré las llamadas necesarias y esperarán nuevas instrucciones. Es imperativo que tengamos éxito. No podemos permitirnos cometer errores”.

Kara sintió presión contra su silla otra vez, como si Cassiel hubiese puesto todo su peso sobre ella. Levantó la vista y vio que todas las miradas estaban fijas en ella. Inmediatamente miró a la mesa.

“De nuevo, no quiero que nadie la juegue al héroe. ¿Entendieron? Bien. Ahora cada equipo recibirá una dirección específica. Sabemos de cinco lugares probables. Irán a explorar los lugares y tratarán de conseguir una identificación positiva del demonio mayor, si es que está allí. Recuerden lo que dije, nadie debe atacar. Deberán esperar mis instrucciones. Los equipos son los siguientes:”

Kara estaba llena de rabia. Picaba la mesa, escuchando a medias, mientras Cassiel decía los nombres de los primeros equipos. No estaba segura de poder simplemente sentarse y esperar por refuerzos si ella se encontraba con Asmodeus. Después de lo que había hecho con ella, quería hacerlo pagar. Ella quería lastimarlo tanto como él la había lastimado. Era hora de la venganza.

Una conmoción la sacó de su ensoñación. Pensó que había escuchado su nombre y levantó la vista. Todo el mundo estaba mirándola. ¿De qué se había perdió? Miró a Pedro y luego a Jenny... sus ojos estaban llenos de angustia. Jenny le dio a Kara una leve sacudida de cabeza.

Kara deletreó *¿qué?* con sus labios a Jenny, pero los ojos de ella estaban pegados encima de Kara.

“Así que ahí lo tienen, guardianes”, dijo Cassiel por encima de la cabeza de Kara. “¡Adelante!”

Rápidamente, los agentes de campo se pusieron de pie y se unieron a sus equipos. Los rodearon sonidos de pesadas botas corriendo. Kara aprovechó la oportunidad para ir hacia Jenny y Peter.

“¿Qué? ¿Qué pasa? Yo estaba sumida en mis pensamientos... ¿Qué fue lo que no escuché?”

Peter y Jenny intercambiaron una mirada preocupada. Jenny dio un paso hacia Kara y le susurró. “Estas en el equipo de Al y Devon”.

“¿¡Qué!?” Kara estaba indignada. Volvió a verlos. Tanto Al como Devon estaban recostados contra sus sillas, viéndola. Ambos lucían sonrisas malévolas en sus primitivos rostros y podía darse cuenta de que disfrutaban verla sufrir. Se volvió rápidamente. ¿Cómo podría ponerla Cassiel con estos traidores? Habían intentado matar a David. Los odiaba, y ella estaba segura de que también la odiaban. Estaba segura que intentarían hacerle daño otra vez.

“¿Cómo puede Cassiel hacerme esto? ¿Qué le pasa?”

Jenny cerró los ojos por un momento. “Exactamente, Kara. No lo entiendo. Además, ¡Cassiel también está en tu equipo! Irá a la misión de campo contigo. Eso es realmente extraño, si quieres mi opinión”.

Peter metió la cabeza entre las dos chicas. “Tal vez quiere mantener un ojo sobre ellos. Ver si

tratan de hacer algo contigo. Es un gran tipo... Estoy seguro que él puede manejar a esos dos idiotas. Tal vez está poniéndoles trampas para demostrar que son traidores”.

Kara recordó lo emocionado que Cassiel había estado ante la posibilidad del su uso de sus poderes. Cuando el pleito entre Devon, Al y David comenzó, Cassiel la había instado a centrarse en su ira, a dejar que la energía elemental fluyera. Visualizó la estúpida sonrisa en su rostro. “Creo que quiere verme usar mis poderes de nuevo... quiere entrenarme en el campo de batalla o algo así”.

“¿Tú crees?” preguntó Jenny.

“No lo sé. Es posible. Estaba bastante ansioso por ver mis poderes antes. Tal vez aún espera que yo sea capaz de hacer grandes cosas”. Kara no sabía qué creer. Quizás debería haberse quedado con David. Parecía ser la opción menos mala. Algo no encajaba. “¿Ha ido Cassiel con ustedes en alguna misión?”

Jenny miró sobre su hombro, asegurándose de que nadie escuchara. “Desde que me uní a DCD, Cassiel nunca ha ido en misiones de campo... nunca. ¡Y ahora va con ellos! ¡Y contigo! Eso no está bien”.

Kara sabía que Jenny tenía razón. Algo estaba definitivamente mal. Ella volvió la cabeza y vio como Cassiel palmeaba en la espalda a Al felizmente, como si fueran viejos amigos recordando viejos tiempos. Kara se sintió asqueada.

El arcángel elevó un brazo en el aire. “Kara. ¡Vamos!” le dijo con entusiasmo. Su cara resplandecía.

Kara intercambió una mirada nerviosa con Peter y Jenny antes de caminar hacia su nuevo equipo. Cassiel parecía demasiado feliz y demasiado ansioso. Mientras que el resto del reino de los ángeles estaba angustiado, Cassiel parecía estar extasiado. ¿Cómo podría estar feliz, cuando el mundo mortal se derrumbaba?

Después de tomar sus armas, Kara siguió a sus nuevos compañeros de equipo a los tanques vega. Se mantuvo una distancia segura de ellos, no queriendo acercarse demasiado. Cada fibra de su ser le gritaba que algo no estaba bien. Sus tres nuevos compañeros de equipo caminaron delante de ella. Cassiel miró hacia atrás, con una inocente sonrisa pintada en su cara que hizo que Kara se encogiera.

Hicieron su camino hacia una plataforma elevada, donde les esperaban los tanques vega. Los cuatro cubículos de agua relucían como esmeraldas gigantes cuando la luz del techo se reflejó en ellos.

Kara miraba en silencio cómo los otros equipos se sumergían en los tanques, uno por uno. Sus cuerpos se desintegraban en nubes brillantes de arena y luego desaparecían como si nunca hubieran estado allí. Vio a Jenny y a Peter despedirse. Pronto, Kara y su equipo eran los únicos que quedaban.

“¿Estás lista, Kara?” Cassiel se paró en la plataforma de metal y se colocó entre dos tanques. Al y Devon tomaron sus lugares detrás de él.

Kara empuñó sus manos. Contra su voluntad, se paró en el andén, sintiendo las miradas sobre ella, y miró a su derecha. Una sonrisa malvada se materializó en la cara de Al. Sus ojos oscuros eran amenazantes. Ella deseaba poder vomitar.

“Nos dirigimos a un pabellón psiquiátrico abandonado en el pequeño pueblo de Hudson, en Nueva York. Los exploradores creen que uno de los centros de comando está allí. Mantente

cerca”. Cassiel sonrió ampliamente otra vez y Kara pensó que parecía demasiado emocionado como para ir a una misión tan grave.

“Te veremos del otro lado en unos pocos segundos, Kara”. Y con eso, Cassiel entró en el tanque. Su cuerpo estalló en partículas brillantes y luego desapareció. Al y Devon siguieron su ejemplo. Kara frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan feliz Cassiel? ¿Y por qué había decidido acompañarles en esta misión? Ella sabía cuál era la única manera de averiguarlo.

Caminó hacia el muro de aguas verdes.

Capítulo 8

Asilo de St. John, Nueva York.

Kara caminaba por un camino de terracería. Sus botas aplastaban la grava mientras avanzaba por un camino que se curvaba encima de una colina. Ella se sentía increíble en su traje M, a pesar de estar en una misión con sus dos enemigos acérrimos, Al y Devon. Su traje M la hacía sentirse invencible, como un superhéroe.

La lluvia caía sobre la cabeza de Kara. Un suave viento traía consigo olor a tierra mojada y hojas. Era el principio de la primavera aunque montones de nieve aun cubrían el suelo en ciertos lugares, negándose a derretirse. Las ardillas, a total diferencia del grupo que invadía sus tierras, parloteaban en voz alta saltando entre las ramas de un árbol de hoja perenne enorme. El cielo de la noche lucía una mezcla de marrones y negros y no se veía precisamente bonito. Los trajes M-5 le daban al ambiente un tinte verde feo y deprimente, aumentando la tensión de su sombría misión.

Kara había leído sobre este asilo en línea. Era el más embrujado de todo el estado. Se preguntaba si los fantasmas realmente existían. Ella había aprendido, por experiencia personal, que los ángeles y los demonios existían. ¿Por qué no los fantasmas? Se sacudió con un escalofrío y decidió imaginarse que los cielos tenían un tono naranja.

Se escuchaban gritos lejanos desde el pueblo de abajo. Kara se detuvo abruptamente y dio vuelta. El pueblo estaba cubierto de un manto de oscuridad. No había luces en la calle ni en las casas. No había electricidad en ningún lugar. Las sombras se movían en la oscuridad, algunas con rapidez de puerta en puerta, mientras que otras se deslizaban lentamente a lo largo de las calles, como espectros negros. Un chillido perforó el aire nocturno. Kara se estremeció. Reconoció la voz de una niña pidiendo ayuda... Eran demonios. Kara se dio cuenta, con horror, que estaban atacando la ciudad. Sintió un nudo en el estómago. El grito se escuchaba cercano, así que ella podría ayudar. Involuntariamente, dio un paso hacia adelante...

Una mano fuerte atrapó su brazo.

“¿Vas a alguna parte?”

Kara se topó con el rostro de Al. Parecía salvaje. Apretó la mandíbula y se inclinó hacia abajo, hacia ella. Ella agitó su brazo. “No me toques” gruñó, y se paró con firmeza, encuadrando los hombros. No iba a dejar que Al la intimidara, incluso si él tenía casi el doble de su tamaño.

“¿Qué está pasando aquí?” Cassiel caminó hacia ellos. Su cuerpo gigantesco sobresalía de entre los dos. Estudió sus rostros y repitió su pregunta una vez más, molesto. “Pregunté qué pasa aquí”.

Puesto que Al no iba a decir nada, Kara señaló hacia la ciudad. “Ese pueblo está en problemas. Los demonios atacan a los mortales. Están indefensos contra estos demonios y tenemos que ayudarles”.

Cassiel observó el pueblo en silencio. Sus ojos color avellana relucían a la luz de la noche y su cara no mostraba expresión alguna. “No hay nada que podamos hacer por ellos ahora. Nosotros

no podemos apartarnos de nuestra misión”.

Kara estaba indignada. “Pero no podemos simplemente dejarlos allí. ¡Todos van a morir si no les ayudamos! Hay niños allí. ¡Niños inocentes!”

Devon y Al intercambiaron una mirada de asombro. La furia de Kara creció. Niños inocentes morían y estos dos se reían, como si se tratara de un chiste. Era evidente de qué lado estaban. ¿Por qué no podía Cassiel ver esto?

“Comprendo tus sentimientos... pero no es nuestra misión” dijo Cassiel, después de un momento.

“¡Pero somos ángeles de la guarda! ¡Debemos salvarlos! ¡Hicimos un juramento, debemos ayudarles!” Kara agitó sus brazos en el aire con furia.

“A veces, por un bien mayor, se pierden vidas inocentes con el fin de salvar a millones. No podemos salvarlos a todos, Kara. Pero debemos encontrar al demonio mayor. Ese es *nuestro* mandato. Él es la causa de todo este sufrimiento y debemos ponerle fin. Y para hacer eso... debemos encontrarlo primero, antes de que pueda continuar haciendo daño a los mortales”.

Kara se encogió de hombros, pues parte de lo que Cassiel decía tenía sentido. Pero ella estaba segura de que podrían salvar algunas vidas y volver para a buscar a Asmodeus. Todo esto olía a podrido.

Cassiel sacudió su cabeza. “Vamos. Ya perdimos mucho tiempo”. Se alejó rápidamente. Devon y Al le siguieron, pero no antes de lanzarle miradas amenazantes a Kara.

Kara se quedó sola. Volteó a ver al pueblo y pudo escuchar que estaba silencioso otra vez. Kara se esforzó en escuchar los gritos de la chica pero no pudo. El pueblo estaba silencioso bajo el cielo nocturno. Nada se movía, ni una sombra. Era un pueblo fantasma, ahora que los demonios los habían matado a todos. ¿Sería esto en lo que se convertiría el mundo si fallaban?

A pesar de que Kara sufría sobre lo mal que estaba todo, se obligó a seguir a los demás. Un gigantesco edificio de ladrillo rojo apareció en la parte superior de la colina, irguiéndose alto y decrepito, como un castillo abandonado. Filas de ventanas decoraban el frente y los lados del edificio y una densa niebla cubría los altos pastos como una manta gruesa. No había ninguna bifurcación en el camino. Conducía directamente al edificio abandonado, como una invitación.

Manteniendo su distancia, Kara siguió a Cassiel y a los otros por la colina hasta que estuvieron al frente de la masiva estructura. Se detuvieron ante dos majestuosas puertas de madera cubiertas de grafiti y pintura roja descarapelada. Un candado enorme mantenía la puerta cerrada. Devon sacó una navaja y cortó a través del metal como si hubiese sido mantequilla, abriendo las puertas. Un chirrido cortó el aire nocturno cuando las puertas se columpiaban sobre sus bisagras. Kara podría ver una entrada oscura y un pasillo decrepito que se abría hacia a otros pasajes perdidos en la sombra. Un grueso olor a moho mezclado con putrefacción impregnaba el aire alrededor de ellos. Los vellos en la parte posterior de su cuello se erizaron. El lugar tenía una sensación siniestra. Era la fortaleza perfecta para un ángel caído.

Devon se volvió y le sonrió a Kara haciéndose a un lado y gesticulando con su brazo. “Las damas primero”.

Kara se bamboleó incómodamente. Esto le daba mala espina. Se dirigió a Cassiel. “Nosotros no podemos entrar aquí. Este lugar es enorme. Es perfecto para que los demonios se oculten. ¿Cómo sabemos siquiera en dónde buscar? Sugiero que hagamos un plan para que no nos perdamos aquí dentro”.

Devon le contestó alzadamente: “Percibo miedo ¿Cómo puede la gran Kara Nightingale temerle a un poco de aventura? No le tienes miedo a la oscuridad, ¿o sí? Seguramente con tu tipo de poder, el demonio mayor no te asusta”.

Cassiel rio suavemente, y Kara recordó a otro Arcángel. Uno con piel blanca y cabello negro. *No*. Cassiel era bueno. No le pondría en peligro. Pero, ¿por qué estaba con Al y Devon? Seguramente conocía sus intenciones traidoras. Intentó convencerse que era muy ingenuo pero no funcionó.

“Bueno, entonces iré yo primero”. Cassiel sacó una piedra lunar del bolsillo de su chaqueta. Inmediatamente, la piedra emanó suficiente luz para que Kara pudiera ver hacia dónde se dirigían. Kara sacó una espada de alma y siguió al arcángel a través de las grandes puertas, sintiendo la presencia de Al y Devon detrás de ella. Se obligó a mantener la calma. El olor a podrido era cien veces peor adentro del edificio y el moho negro cubría las paredes y algunos pedazos de los azulejos. Las baldosas y el metal se caían de las paredes y el techo a pedazos, dejando grandes espacios pelados que rezumaba un líquido anaranjado. Era como si el edificio estuviera infectado con un virus come carne. Piezas de paredes yacían desmenuzadas en blancos montículos de yeso, como si hubiera explotado una bomba. Agua naranja goteaba de tuberías largas y descuidadas que corrían a lo largo de todo el pasillo. Kara pensó en extender la mano y tocar el líquido, pero se arrepintió. El olor a putrefacción parecía provenir del agua naranja.

El pasillo se abría hacia un corredor con varias puertas y pasajes ramificados. Había pedazos de vidrio y muebles rotos esparcidos en el suelo. Un televisor viejo en un estuche de madera se equilibraba precariamente en la esquina lejana sobre una pila de periódicos arrugados. Kara se preguntaba cómo se habría visto este lugar hacía cincuenta años, con enfermeras en uniformes blancos ayudando a los pacientes en sus habitaciones. Imaginó salas con hermosas paredes blancas y anaranjadas, brillantes baldosas y pisos de vinilo. Debe haber sido hermoso alguna vez... pero eso había sido hacía mucho tiempo.

Cassiel sacó unos planos y los estudió durante un momento. “Bueno, guardianes. Vamos a dividirnos en dos equipos. El primer equipo irá por esa puerta y hasta el nivel del sótano”. Apuntó a un área en los planos y Kara se acercó para ver mejor. “El otro equipo irá a través de esta puerta hacia la izquierda y subirán dos pisos. Creemos que está bien escondido en los laboratorios, o en la morgue”.

“¿Hay una morgue en este edificio?” Kara imaginó cadáveres grises y putrefactos en las camas de metal.

“Ya no”, dijo Cassiel. “Nos veremos en éste vestíbulo en una hora. Al, tú vas conmigo. Devon y Kara, ustedes dos tomarán el sótano. Manténganse fuera de vista”. Dobló el mapa y lo puso dentro de su chaqueta.

Su mala suerte no la dejaba, pensó Kara. Ella hubiera preferido ir con Cassiel. Vio como el arcángel y Al desaparecieron detrás de una puerta. Su piedra lunar iluminó las paredes por un momento y desapareció. Kara y Devon se quedaron en la oscuridad. Después de un momento, los ojos de Kara se ajustaron. Con el traje M podía ver mejor en la oscuridad que cuando estaba viva. Se imaginó que así era cómo veían los gatos.

“Vamos, *fenómeno*”. Devon caminó hacia la puerta que llevaba al sótano.

“¡Espera!” gritó Kara. “¿No deberíamos usar una piedra lunar para tener un poco de luz? Está muy oscuro aquí”.

“No, imbécil. No queremos que nadie sepa que estamos aquí, a menos que desees morir... entonces sí, por favor enciende una”.

Kara le hizo un gesto obsceno a sus espaldas. *Realmente odio a este tipo.*

Agradecida de que sus ojos se ajustaban mejor a la oscuridad, siguió a Devon a través de la puerta y bajó las escaleras. La golpeó una pared de oscuridad. El sótano estaba casi completamente negro y sólo podía ver a unos pocos centímetros delante de ella. El sonido de sus botas raspando el piso hacía eco a su alrededor. Kara no sabía dónde terminaban las paredes del sótano y donde comenzaba la oscuridad. Podía ver la espalda de Devon moverse hacia arriba y hacia abajo en un movimiento rítmico.

Un silbido provino desde algún lugar detrás de ella. Giró rápidamente su cabeza y vio que algo se movió en las sombras, pero parpadeó y había desaparecido. Ahora sólo veía oscuridad. ¿Estaban sus ojos haciéndole una mala pasada? A veces, cuando ella era mortal, se despertaba de una pesadilla y descubría una figura negra flotando ante sus ojos. Se asustaba, pero tan pronto como ella parpadeaba, la figura desaparecería y se quedaba mirando su habitación vacía. Quizá esto era igual que eso. Se preguntó si Devon también la había visto. Se dio vuelta la vuelta para preguntarle pero Devon había desaparecido.

“Oye, Devon. ¡Devon!”

No hubo respuesta. Su voz hizo eco a través de la oscuridad. *¿Qué diablos?*

Kara se apoyó contra la pared. Esto debía ser parte del plan de Devon, él intentaría matarla aquí. Esta era su oportunidad y probablemente estaba escondido en las sombras listo para atacar en cualquier momento. Ella se maldijo por ser tan tonta y pensó en regresar.

Algo se movió en las sombras nuevamente.

Kara se pegó tanto como pudo contra la pared abriendo su chaqueta para sacar otra espada de alma. Empuñó las dos armas ante ella esforzándose en ver algo. No iba a dejar que Devon la venciera. Ella lo atacaría primero. Se empujó suavemente contra el muro para impulsarse y dio un paso, concentrada en escuchar los sonidos a su alrededor: el goteo de agua de un caño, el ruido de metal contra metal... pero nada de Devon.

Unos ojos rojos brillaron en la oscuridad.

Una figura se levantó de entre las sombras, pero Kara sólo pudo discernir la sombra de una figura humana, pequeña e infantil. Estaba doblada, como un insecto. Un par de anormalmente largos brazos rozaban el suelo y sus garras raspaban los pisos de concreto. Se escuchó un leve cacareo en la oscuridad. El fétido olor a carne podrida quemó sus fosas nasales... era un demonio.

Los ojos rojos se desplazaron más hacia abajo y Kara pudo ver al demonio agachado, a punto de saltar. Ella se inclinó hacia adelante y estabilizó sus brazos. Estaba lista.

Unas manos agarraron a Kara por la garganta, y voló por el aire. Se estrelló contra la pared detrás de ella y se deslizó hasta el suelo. Las manos se enredaron en su cuello y sintió que la quemaban. Levantó sus espadas y mutiló las extremidades logrando que el demonio la soltara.

Oyó el sonido de una garra a su derecha, e ignorando el dolor en su cuello, extendió los brazos frente a ella, abriéndose paso a través de la oscuridad como una loca. Kara forzaba su vista para poder ver algo, pero era inútil. Sólo había oscuridad. Otra risita, como un cacareo, llamó su atención. Su furia creció. Se estaba burlando de ella. El demonio sabía que ella no podía verlo.

Kara buscó dentro de ella, llamando a su energía elemental. Desesperadamente intentó que la

energía que sabía estaba oculta dentro de su alma brotara, pero una vez más, la había defraudado.

Frustrada, Kara se maldijo por no llevar una piedra lunar. Sus únicas armas eran sus dos espadas de alma, las cuales no eran exactamente una ayuda visual. Los ojos rojos bailaban delante de ella y podía percibir que el demonio estaba disfrutando de esto.

Un dolor atravesó su espalda. Ella se tambaleó hacia adelante y sintió su espalda estallar en llamas. Kara gritó de dolor. Se volvió y atacó con sus espadas a su enemigo invisible, pero sólo cortó aire.

Trató de controlar su tambaleante cuerpo. Otro par de ojos rojos la observaban desde arriba, colgados del techo como una mosca. Ahora había dos de ellos. ¿Cuáles eran estos demonios? Sintió el pánico crecer dentro de ella. ¿Cómo iba a pelear si no podía ver? Era una presa fácil.

Un sonido rasposo llegó desde el pasillo. Kara contó una docena más de pares de ojos rojos en su camino. No tenía tiempo para pensar, eran demasiados. Demasiados, y estaba muy oscuro. Estarían sobre ella en segundos. El sonido de sus estómagos enormes hacía eco en la oscuridad, haciendo que los vellos en sus brazos se pusieron de punta.

Kara blandió su espada en el aire y la empujó entre el ojo de un demonio. Sintió algo húmedo salpicar su cara y la criatura soltó un gemido estridente. Con su otra espada cortó en donde imaginó que estaría su cabeza. Oyó un ruido suave, como un pedazo de carne cayendo al suelo. El demonio se derrumbó a sus pies, ella saltó sobre él y corrió por el pasillo. No paró para ver si los otros la seguían. El desagradable raspado de las garras contra el piso de concreto se escuchaba a sólo centímetros detrás de ella.

Kara corrió a ciegas por el pasillo, estirando su mano izquierda y rozando sus dedos contra la pared. De repente el muro se acabó y Kara se lanzó a la abertura a su izquierda. Algo atrapó su pie y se estrelló contra una especie de pared de cristal. Pedazos de vidrio explotaron alrededor de ella mientras caía al suelo. Se puso de pie, tambaleándose. Sintió algo en la cabeza, se tocó con cuidado y sacó un gran trozo de cristal de su frente. Luz emanaba de la herida. Kara pudo ver un poco más. Su traje M-5 estaba atravesado con cientos de trozos de vidrio. Estaba cubierta de vidrios rotos. Podía oír a los demonios acercarse. No tenía tiempo para quitarse los vidrios.

Con la luz que emanaba de su frente sirviéndole de lámpara, Kara salió corriendo por otro pasillo. Todavía podía oír las garras de los demonios raspando el suelo detrás de ella, el pútrido olor alcanzó su nariz otra vez, y sintió su aliento caliente cerca del cuello.

Estaban cerca.

Kara corrió a través de más pasillos y corredores. Pasó muchas aperturas y habitaciones llenas de trebejos. No podía ver más allá de eso, apenas tenía suficiente luz para ver unos centímetros delante de ella. El traje de serie M-5 era fuerte, y Kara estaba agradecida de que no estar cansada... todavía. Pero una cosa era segura: Kara sabía que se había perdido.

Estaba en las profundidades del asilo y los demonios la perseguían, sus perspectivas no se veían muy bien. Pero ella estaba decidida a encontrar la salida. Sabía que estaba en el sótano, así que necesitaba encontrar las escaleras para subir al siguiente nivel. Por lo menos en el primer piso podría saltar por una ventana. Dudaba poder encontrar suficiente agua para hacer el salto de vuelta a Horizonte, pero si tenía la suerte de su lado, tal vez podría encontrar un baño. Tenía que haber baños en este enorme edificio... tal vez en los pisos superiores. Sí. Kara aumentó su velocidad y corrió por el pasillo... a un callejón sin salida.

El pasillo terminaba abruptamente. Una gran pared blanca se erigía frente a ella. Recordaba

haber pasado una apertura tan sólo unos momentos antes. No había escapatoria, tendría que buscar la salida a través de un corredor con demonios. Kara giró y agitó las espadas de alma, no se iría sin pelear.

Al menos treinta demonios se lanzaron sobre ella. Eran demasiados, algunos se arrastraban por el techo y las paredes. Brillantes ojos rojos la veían con hambre. Cortaría a tantos como pudiera y saldría corriendo por la puerta. La luz proveniente de su frente los iluminaba claramente, eran definitivamente humanoides, con cabezas inusualmente grandes y fangosa piel negra que cubría sus esqueléticos cuerpos. Se veían doblados y rotos, con brazos anormalmente largos que se arrastraban detrás de ellos al caminar. Su olor quemó la nariz de Kara como un ácido.

Atacaron.

Kara levantó sus espadas y embistió tantas veces como pudo. Sus garras apuntaban hacia su cabeza y sus extremidades. Intentaban separarla en pedazos. Kara cortó las manos que intentaban sujetar su cara y sintió un fuerte dolor en su costado. Gritó. Tres demonios tenían sus hocicos prendidos de su costado, se estaban comiendo su carne M...se la estaban comiendo viva. Intentó invocar su poder, pero estaba demasiado asustada. Eran demasiados, su pánico crecía a medida que cortaba sus negras extremidades. Su rostro estaba empapado con la sangre de los demonios.

Aparecieron más. Sintió el peso de una docena o más encima de ella, sus manos le cubrieron los ojos. Le jalaban la cabeza y sintió como sus espadas de alma eran arrancadas de sus manos. El pánico le envolvió, no iba a lograrlo.

Y de pronto, se habían ido.

Kara tropezó y cayó. Miró a su alrededor, los demonios habían desaparecido. Se examinó a sí misma. Grandes cortadas y mordidas cubrían su cuerpo entero y su luz se derramaba por las muchas heridas. Su traje de M-5 era más fuerte que los trajes regulares, pero ella podía sentir que se había dañado. Los demonios lo habían maltratado muchísimo. Se incorporó y caminó como pudo hacia donde había visto la apertura unos momentos antes.

Unas manos la sujetaron.

“La tengo”.

Kara retorció. Devon y Al la sujetaban fuertemente por los brazos.

“¿Qué están haciendo? ¡Suéltenme!” Kara luchó por liberarse, pero no lo logró. Fue levantada en el aire y llevada hasta el final del pasillo, pateando y gritando tanto como podía. Sonrió cuando logró golpear a Al en la cara con su bota. Una suave luz amarilla emanaba desde una habitación, más adelante en el pasillo. Arrastraron a Kara a través de una puerta y a la habitación, sin soltarla ni un segundo. La sala estaba llena de viejos equipos médicos oxidados, frascos de líquido azul y amarillo cubrían toda la pared trasera. Había una sola bañera de metal colocada en el otro extremo de la habitación. Grandes sujetadores de metal estaban soldados en el piso de concreto y contra la pared detrás de la bañera. Otro par de esposas metálicas colgaban con una cadena del techo, por encima de la bañera. Había manchas oscuras cubriendo el piso alrededor de la bañera. Un escalofrío sacudió a Kara. Aquí era donde ellos experimentaban con los pacientes.

Cassiel estaba parado con los brazos cruzados sobre el pecho. “Ah. Ahí está”. Levantó las cejas. “Y herida, justo como esperaba”.

De pronto lo entendió todo. Estaba todo planeado. Como una idiota, ella había caído en otra trampa. “Tu querías que esto sucediera”, Kara escupió las palabras de su boca con rabia. “¿No es

así?”

Cassiel sonrió y señaló la bañera: “Pónganla ahí”.

Devon y Al lanzaron a Kara en la bañera y le colocaron los sujetadores de metal. Ella trató de soltarse. “Por supuesto. Te quería débil. De lo contrario, no seríamos capaces de matarte”.

Kara se retorció y logró sentarse. “Cómo... ¿Cómo puedes hacer esto?” rugió. “Eres un arcángel,

¡Juraste proteger a los mortales! ¡Suéltame!” Kara pateaba con tanta fuerza como podía.

Cassiel sacudió su cabeza. “Ah... Kara... Kara... Kara. No sabes nada. Los mortales son el problema, querida niña. ¿No ves? Durante miles de años nos hemos visto obligados a salvar sus miserables almas. Y ¿Para qué? ¿Qué obtenemos a cambio? Nada. ¿Por qué deberíamos desperdiciar nuestra energía en seres inferiores a nosotros? ¿Por qué preocuparnos por sus mundanas vidas?”

Se acercó a los estantes y tomó una botella blanca grande de plástico. Leyó la etiqueta y agitó el contenido. “¿Sabes qué es esto?” Se volvió y caminó hacia la bañera.

“¿A quién le importa?” Kara transpiraba ira, la traición de Cassiel era profunda. “Confíe en ti. ¿Cómo pudiste? ¡Sácame de aquí, Cassiel!”

“Me temo que no lo haré”. Desenroscó la tapa. “Verás querida, tengo que quitarte del camino. Eres la única que tiene el poder suficiente para hacerle daño real a nuestro señor y no podemos permitir eso, ¿o sí?”

Kara tiró de sus cadenas. “Estás siguiendo las palabras de un loco. ¿No lo ves? Esto es una locura, los mortales no son el enemigo. ¡Asmodeus lo es!”

Cassiel elevó la botella para que Kara la viera. “Esto es ácido. Una sola gota atraviesa capas de metal” dijo, sonriendo perversamente. “Tu traje mortal se derretirá en cuestión de segundos, te quedarás sin cáscara... una presa fácil. Va a ser rápido, lo prometo”.

Kara vio a Cassiel inclinar la botella. “¡Detente!” gritó con desesperación. “La legión te encontrará. Pagarás por esto”. Ella trataba de ganar tiempo.

El Arcángel se rio suavemente. “¿Cómo podrán hacerlo? No quedará ni una huella”. Cassiel inclinó más la botella. De pronto se escuchó el sonido de garras sobre piedra más allá del umbral. Un perro enorme se lanzó a la garganta de Cassiel. El arcángel se tambaleó y dejó caer la botella, cayendo al piso y salpicándolo todo, evitando la bañera por milímetros. Cassiel cayó al suelo peleando con el perro que le desgarraba el cuello. Estaban perdidos bajo una capa de pelaje marrón oscuro, pero el arcángel era fuerte. Arrancó al perro de su cuerpo y le rompió el cuello, tirando el cadáver a un lado. Se dibujó una sonrisa en su rostro, complacido de su hazaña. Aparecieron cuatro perros más.

Los perros gigantes saltaron sobre Cassiel. Los caninos rasgaban la carne del arcángel con una fuerza increíble. El peso de las grandes bestias lo tiró al piso, sus ojos estaban llenos de terror. El miedo creció en el pecho de Kara mientras observaba a los perros arrancar y desgarrar al arcángel. Con un gran tirón, Cassiel perdió un brazo. La mandíbula de Kara se desplomó.

Devon y Al saltaron en su ayuda embistiendo con sus espadas de muerte a los perros, pero los perros no se detuvieron. Más perros entraron en la sala. Ni siquiera veían a Kara, sus ojos estaban fijos en los demás. Kara contó una docena de perros gigantes. Saltaron en el aire y abrieron sus enormes mandíbulas. El sonido de carne desgarrándose la congelaba. Ella nunca había presenciado una escena tan aterradora. Amaba a los perros y nunca había imaginado lo aterrador

que podrían ser cuando estaban enojados. Cassiel logró empujar a sus atacantes y huyó a través de la puerta sin mirar atrás, abandonando a sus compañeros de equipo. Los cuerpos de Devon y Al desaparecieron, devorados por los perros. Entonces volvieron sus ojos a Kara, y ella sintió un escalofrío en su espalda. ¿Se la comerían a ella ahora?

Un perro blanco con café entró trotando en la habitación. Era pequeño y voluminoso, con una gran cabeza cuadrada y su lengua colgaba a un lado de su hocico. Se acercó a la bañera y la olió.

“Te ves realmente mal. Si realmente necesitabas un baño, yo podría haberte ayudado con eso”, dijo el perro.

Kara se desarmó, aliviada. “¡Thor! ¡Estoy tan feliz de verte!”

El bulldog trotó a lo largo de la recámara y fue a inspeccionar la botella. “Por lo que veo, llegué justo a tiempo. Esto es ácido, estuviste a punto de convertirse en estofado de ángel”.

“¿Cómo me encontraste?”

Thor se sentó sobre sus patas traseras y comenzó a rascarse la oreja. “Jenny me envió un mensaje. Ella dijo que estabas envuelta en una misión podrida, con algunos traidores. Simplemente seguí tu hedor”.

“Vaya... ¿gracias?”

“Por nada. Tienes suerte de oler tan mal, de lo contrario nos podríamos haber perdido”.

Kara no respondió. Ella pensaba que olía genial. Observó al resto de los perros, algunos estaban recostados cómodamente en el suelo mientras que otros estaban sentados mirándola. Parecían estar escuchándolos.

“¿Son exploradores, como tú?” Thor se paró y se estiró, lleno de orgullo. “Sí. Mis camaradas, los Pastores Rey”.

Kara examinó a los perros. Eran muy grandes y con mucho pelaje esponjoso marrón y negro, marcas distintivas de un pastor. “Gracias por salvarme la vida”.

“Por nada”, corearon los perros. Pareció que le sonreían. El más grande del grupo trotó hacia ella y dejó caer una llave en su regazo. “Encontré esto en uno de los traidores. Casi me la trago”, dijo el perro. Kara le dio las gracias y comenzó a abrir los sujetadores.

Thor levantó la cabeza y olfateó el aire. “Demonios. Deberíamos irnos”.

Kara saltó de la bañera. Vio a los pastores salir en fila mientras se frotaba las muñecas aliviando el dolor. “No tienes que pedírmelo dos veces. Este lugar me da a escalofríos. Vámonos”.

Capítulo 9

Castello di Zena

Las noticias sobre la traición de Cassiel se habían regado por toda la Legión. Tan pronto como Kara volvió a Horizonte e informó lo que había sucedido, la Legión se alborotó. Ya era bastante malo que Zadkiel hubiera sido encontrado traidor, pero que ahora también Cassiel se revelara como un traidor y asesino había hecho que el espíritu de la Legión se desmoronara.

Kara se sentó en la mesa redonda de DCD tamborileando sus dedos y observando las caras sombrías de sus camaradas. Si Jenny hubiera podido llorar, Kara estaba segura de que lo estaría haciendo. Jenny había admirado al arcángel, lo admiraba y se jactaba de él constantemente. Kara podía ver que su traición le había afectado profundamente. Tal vez a Jenny le importaba más de lo que aparentaba.

Peter no estaba mucho mejor. Estaba sentado de espaldas al grupo, se negaba a hablar y murmuraba continuamente con sigilo mismo. Sus gafas estaban sobre la mesa. Con la cabeza agachada, miraba sus pies, perdido en sus pensamientos. Kara sentía una inmensa tristeza por él, quería ir y abrazarlo, pero algo dentro de ella le decía que era mejor dejarlo solo. Jenny y Peter habían conocido a Cassiel durante más tiempo que ella. Necesitaban tiempo para superar su luto sin que la *chica nueva* interfiriera.

Pero los agentes de campo no fueron los únicos afectados. Toda la división estaba deprimida. Era como estar en un funeral. La depresión amenazaba con propagarse como un virus. No se estaban asignando misiones, y Kara sintió que la división había perdido su chispa. DCD ya no tenía un líder.

Una conmoción repentina captó la atención de Kara. Se levantó, emocionada. Gabriel avanzaba hacia ella. Cassiel era grande, pero Kara había olvidado cuánto más grande y masivo que todos los demás arcángeles era Gabriel. Su camisa negra ajustada revelaba su poderoso cuerpo, sus músculos ondulaban mientras caminaba. Con pantalones negros y botas negras grandes, estaba vestido como un agente de campo, como ellos.

Kara podía ver una cabeza de cabello rubio detrás del hombro de Gabriel. Ella se inclinó hacia la izquierda para obtener una mejor vista de quién estaba siguiendo al arcángel y sintió un aleteo en el estómago. Presionó sus labios firmemente, temiendo que fuera a escapársele una sonrisa gigante. David caminó hacia ellos, con una sonrisa descarada en su rostro. Kara podía ver que estaba contento simplemente por la forma en la que caminaba, con su cabeza en alto. Había querido unirse a DCD durante años y Kara se sentía un poco incómoda de haber sido aceptada ella, y no David. Gabriel había dicho que la reputación de David de ser difícil y desobediente había afectado sus posibilidades, pero ahora estaba aquí, orgulloso como un pavo real.

Nadie se movió mientras la marcha de las botas de Gabriel y David hacía eco a través de la cámara. Gabriel dio vuelta y supervisó la habitación en silencio, se encontró con los ojos de Kara y asintió con la cabeza. Kara hizo lo mismo. Ella vio como David se colocó a su lado. Él notó su

mirada y le lanzó un guiño. Kara se mordió el labio, para no reírse, pero se le escapó un resoplido de todos modos. Avergonzada, miró al rededor, pero nadie parecía estar prestándole atención, la atención de la división estaba sobre Gabriel.

El arcángel revisó la habitación una vez más antes de hablar. “Guardianes, la Legión no puede permitirse que ustedes anden por ahí con cara de cachorros abandonados. Sí, Cassiel se ha ido. Sí, todo esto ha sido un shock para nosotros... pero eso no significa que esta división esté terminada. La DCD aún es operativa, la amenaza sigue ahí. ¡Los mortales están muriendo, guardianes! ¡Despierten ahora!” La voz de Gabriel resonó a lo largo de la cámara como un trueno. La piel de Kara se erizó.

“Sus órdenes son encontrar el centro de comando del demonio mayor. Sabemos que está ahí... sus demonios necesitan el contacto directo con él, tenemos que localizar ese puesto. Quiero que se reporten de vuelta de inmediato, una vez que tengan una identificación positiva de la ubicación. No dejen que los vean, necesitamos el elemento sorpresa de nuestro lado cuando estemos listos para atacar”.

Kara se preguntaba cómo irían a atacar a Asmodeus. Una cosa era encontrar su ubicación, pero ¿cómo planeaban derrotarlo? Tenía dos arcángeles caídos en su equipo y una gran multitud de demonios. Ya había comprobado ser más fuerte de lo esperado, la Legión debía tener alguna idea de cómo iban a acabar con él.

El rostro de Gabriel era fuerte y decidido. “Ustedes son lo mejor que tenemos, así que compruébenlo. Ahora no es el momento de sentir pena por ustedes mismos. ¡Son guerreros! Estamos en guerra y la Legión los necesita”.

Kara miró a su alrededor. La charla motivadora de Gabriel parecía haber tenido efecto. Kara vio una chispa de vida en el rostro de Jenny y Peter, y también sentía la emoción fluir en su propio cuerpo.

“Vuelvan a sus tareas, todos ustedes”, anunció Gabriel. “Quiero posibles ubicaciones en cinco minutos. Agentes de campo, prepárense para saltar pronto”.

Inmediatamente, la habitación se llenó del sonido de ángeles corriendo a los escritorios y nombrando ciudades para escanearlas. Las pantallas holográficas brotaban a la vida con coloridos mapas de ciudades alrededor de todo el mundo. Kara sonrió, era hermoso volver a ver a DCD en su modo operacional.

“¿Qué pasa, bonita?” Kara volvió la vista para encontrarse con un sonriente David. “¿Quieres ver mi... insignia?” David abrió su identificación de DCD, como si fuera un detective mostrando su placa. Sus ojos brillaban con satisfacción, nunca lo había visto tan contento.

Kara se rio suavemente. “Veo que lograste finalmente entrar a las grandes ligas. Pensé que eras una causa perdida. ¿Qué hizo que la Legión cambiara de opinión?”

“En última instancia, fue decisión del Consejo Superior, pero Gabriel los persuadió... les dijo que necesitaban un ángel con habilidades de lucha espectaculares, sin mencionar mi buen aspecto”.

Los ojos de Kara se enfocaron en los labios carnosos de David. Sintió una repentina atracción hacia ellos. Kara vio a David a los ojos y un aleteo de excitación se levantó en su pecho. Kara se dio cuenta de que no podía apartar su mirada de esos brillantes ojos azules. Ajenos a los ojos curiosos alrededor de ellos, pudo sentir cómo se inclinaba hacia él...

“Ahem” Kara retrocedió y se dio la vuelta. Gabriel la examinaba con las cejas levantadas.

“Me alegra verte en una sola pieza, Kara”.

“Eh... Hola, Gabriel” logró tartamudear y miró a David. “Estaba felicitando a David por su ascenso a DCD, sé cuánto significa para él”. Podía ver una enorme sonrisa emerger en la cara de David.

“Sí, estoy seguro. Todos estamos muy contentos con su progreso, aunque nadie está más feliz que el mismo”. Los ojos negros de Gabriel atravesaron a Kara, y creyó ver la sombra de una sonrisa aparecer en sus labios.

“¡Señor!” Un guardián alto con piel bronceada y cabello corto rizado corrió hacia el arcángel. “Encontramos dos posibles ubicaciones del demonio mayor, señor”. Le dio unos papeles a Gabriel quien estudió atentamente cada uno de ellos.

Después de un momento, el arcángel levantó la vista y se dirigió a los agentes de campo. “Escuchen. Quiero dos equipos listos para ir a estos lugares: una iglesia abandonada en España y un viejo castillo en Italia. Peter y Jenny...” Gabriel estiró su brazo, un pedazo de papel colgaba de sus dedos. “Son el primer equipo. ¡De pie!”

Peter saltó de su silla y tomó el papel, lo estudió por un momento y luego se le dio a Jenny. Kara vio como se le iluminaron los ojos cuando lo leyó.

“Y el segundo equipo” dijo Gabriel. “Kara... y David”.

Kara escuchó murmullos entre la división. No pudo escuchar lo que decían, pero sabía que tenía algo que ver con su asociación con David.

“Deben explorar las áreas primero y luego volver para reportarse, nada de cosas raras... No quiero ningún comportamiento tonto, quiero que ambos equipos vuelvan sanos y salvos. ¿Entendido? Tienen una hora”. Los ojos de Gabriel se fijaron en David. David tomó el último pedazo de papel de la mano de Gabriel y Kara se inclinó para leer.

*Castello di Zena,
Italia*

Italia le parecía interesante. Un viejo y decrepito castillo sería perfecto. Kara había imaginado Asmodeus sentado en su trono, sus demonios postrándose delante de él, con las almas mortales como ofrendas. Era el lugar perfecto, digno de un rey del Inframundo.

“¿Estás lista?” David ladeó su cabeza y buscó su rostro. “Me muero por probar los tanques”.

Kara dejó que el súper entusiasmado David la arrastrara hasta la plataforma donde les esperaban los tanques vega. Ella no pudo evitar reír mientras era jalada. Peter y Jenny se colocaron detrás de la pared de aguas verdes.

“¡Buena suerte! y tengan cuidado”. Kara se despidió de ambos, Peter también se despidió y Jenny gesticuló con sus dos pulgares hacia arriba. Desaparecieron en un destello de luz blanca.

David saltó al andén. “Vamos. Estoy más que listo para esto”. Frotó sus palmas como si estuviera a punto de iniciar un incendio con sus propias manos. “No puedo esperar a probar uno de estos bebés”.

Kara se rio otra vez y se acercó al andén.

Los ojos oscuros de Gabriel observaron a David. “David, deja de actuar como un idiota. ¿Crees que podrías intentar actuar como un guardián por una vez y no como un tarado? Tuve que trabajar muy duro para convencerlos de dejarte entrar en DCD. No hagas que me arrepienta de mi decisión, no dejes que me vea como un tonto, David McGowan”.

“No, *papi*. Lo prometo”. David le sonrió, reluciendo. Saltó en el aire como una niña con una cuerda de saltar. Kara vio como el humor de Gabriel se oscurecía. “David, no seas tonto”, susurró Kara. “Tratar de portarte serio, sólo por esta vez. ¿Crees poder hacer eso?”

David se acercó a un tanque vega. “No te preocupes, Gabe. Volveremos en una sola pieza, te lo prometo. Estaremos de vuelta antes de que nos extrañes... porque sé que lo harás”.

“Más les vale” gruñó Gabriel. “Buena suerte, cuidense”.

“¿Estás lista?” David giró su rostro hacia Kara y arqueó las cejas.

Kara enderezó la espalda y caminó a la izquierda de David, detrás de un tanque.

Ella asintió. “Lista”.

Juntos, entraron en las aguas verdes y desaparecieron.

Momentos después, Kara paseaba en medio de pastos altos que se mecían hacia adelante y hacia atrás en una suave brisa. David llegó corriendo detrás de ella, dio una vuelta en el aire y cayó de nuevo entre el pasto. Kara meneó la cabeza y suspiró, estaba loco. No había duda. David corrió y se rio como un loco, probando la fuerza del traje M-5 y disfrutando de cada minuto.

Era mediodía y los rayos del sol se colaban a través de pequeñas aberturas en los altos árboles de hoja perenne. Cogollos de color verde claro cubrían los árboles; un atisbo de primavera flotaba en el aire. Verdes colinas se extendían por kilómetros en todas direcciones y hasta donde la vista alcanzaba. Kara escuchó el sonido del agua, un pequeño arroyo corría a través de las colinas desapareciendo en la espesa selva y árboles con hojas amarillas oscilaban en el sol como si fueran de oro.

Pero entonces Kara notó que el bosque estaba anormalmente silencioso, como si no hubiera animales viviendo allí. Kara no podía escuchar ningún pájaro ni ardilla apuradas con la llegada de la primavera, no era normal. Algo no andaba bien.

Escondido en un valle de enmarañada selva, estaba el castillo italiano abandonado, Castello di Zena. Era un misterio cayéndose a pedazos, resplandeciente en la hierba alta. Enredaderas gigantes escalaban los lados de los muros del castillo y la torre de vigía, como cubriéndolo con hojas para mantenerlo caliente. Había grandes rocas desmoronadas apiladas en la base del castillo, una pared entera del lado este había caído y era ahora el hogar de arbustos y hierba.

Kara sintió presión en su brazo y se dio la vuelta. David tenía su dedo sobre los labios y la jaló hacia abajo detrás de un arbusto grande, apuntando al castillo. Kara revisó los alrededores, sombras oscuras se movían entre los altos pastos. Demonios, había demonios por todas partes. Cuatro demonios gigantes que asemejaban osos, pero con cuernos amarillos que sobresalían de sus cabezas, vigilaban la entrada principal. Kara contó una docena más caminando los alrededores. Pero eso no era lo peor, cientos de demonios menores se arrastraban y serpenteaban alrededor del castillo. Sus cuerpos hinchados e infectados dejaban manchas oscuras en su camino. Kara se sintió repentinamente enferma, se dio cuenta de que los demonios no se aventuraban demasiado lejos, manteniéndose siempre cerca del terreno alrededor del castillo. El lugar estaba fuertemente protegido, Kara sabía que estaban cuidando algo valioso.

El vello de sus brazos se erizó. Asmodeus estaba ahí, estaba segura de ello. Kara se imaginó al demonio mayor sentado en un trono dorado con una corona enojada, cortando las gargantas de todos los ángeles que no se inclinaban a besarle los pies. Kara estaba ansiosa de compartir tiempo como padre e hija. Tenía muchas ideas en la cabeza.

“Apuesto que está ahí”, susurró David, sacando a Kara de su trance. “El lugar no estaría tan fuertemente custodiado si no lo estuviera”.

“¿Crees que deberíamos regresar y reportarlo?” David meneó la cabeza. “No. Tenemos que estar cien por ciento seguros de que está ahí. Por lo que sabemos, esto podría ser simplemente un señuelo, tenemos que tratar de entrar de alguna forma”.

Kara inspeccionó la entrada principal otra vez. No era imposible luchar contra cuatro demonios gigantescos, pero si lo sería contra los cientos de demonios menores. Si las cosas empezaban a complicarse con los demonios más grandes, sabía que todos los otros estarían sobre ellos en un abrir y cerrar de ojos. No era un gran plan... tendrían que ingresar sin ser vistos, de alguna manera. Tenía que haber otro camino. Todos saben que los castillos tienen entradas secretas y kilómetros de túneles subterráneos, sólo tendrían que encontrar uno.

“Demos la vuelta y veamos si hay otra entrada que esté menos vigilada”.

“Buena idea”.

David tomó la delantera y los dos se deslizaron por una pendiente larga aterrizando sobre cincuenta centímetros de pantano húmedo. Después de que Kara expresara su disgusto, hicieron su camino sigilosamente, a través del lado este del castillo. Aun forzando su camino a través de los pantanos, pasaron por el muro caído y David le hizo señas a Kara para que se detuviera. Apuntó con su brazo y Kara vio que apuntaba hacia una pequeña abertura detrás de un muro de piedra. Debió haber sido una puerta alguna vez, pensó Kara. Los demonios no parecían interesados en esa área; todos seguían rondando la parte delantera del castillo.

Kara vio a David y asintió con la cabeza.

David sacó su espada de alma, la cual brilló bajo el sol cegando a Kara por un momento. Él apretó su mandíbula. Kara podía adivinar, por el profundo seño en su frente, que estaba concentrado en su misión, un verdadero guerrero, pensó al verlo salir de las marismas. Ella estaba feliz de que otra vez estuvieran formando un equipo. Kara blandió su espada y lo siguió de cerca.

Con la espalda encorvada, hicieron su camino a través de los terrenos tan silenciosamente como pudieron. Kara lanzaba miradas nerviosas detrás de ella mientras se apresuraban a través del pasto.

No había ningún demonio.

Casi estaban allí. Kara pudo distinguir las paredes encaladas con excremento de pájaro cuando estuvieron más cerca del castillo. Una puerta podrida estaba tirada a pocos metros de la apertura, todavía tenía pegadas las bisagras, como un recordatorio de dónde había estado clocada alguna vez. David saltó por encima de los escombros y grandes rocas, Kara lo seguía muy de cerca.

Un repentino gemido explotó detrás de ellos.

Kara se congeló. El aullido había venido de detrás de ella. David giró y Kara vio el miedo brillar en sus ojos momentáneamente. Sujetó su espada con fuerza y se dio la vuelta, una horda de monstruos grotescos con cabezas extras y enormes mandíbulas con colmillos afilados la veían fijamente. Las bestias del inframundo se reunieron a su alrededor. Algunas tenían formas humanoides mientras que otras eran como animales, pisando la tierra mojada con sus miembros retorcidos. Pequeños demonios con pieles negras se deslizaban hacia fuera del bosque. La piel de Kara se erizó, reconoció a los demonios que había enfrentado en el asilo. El hambre brillaba en sus ojos rojos. Cientos de formas redobladas se reunían frente a ella, era un ejército de demonios.

Kara retrocedió con el hedor de la carne podrida, sus ojos le ardían.

Otro chillido cortó el aire, más fuerte que todos los demás sonidos. Kara escuchó una espeluznante respuesta a la llamada, el suelo retumbó y más demonios llegaron. Estaban llamando refuerzos.

David sacó una piedra de fuego de su chaqueta. “¡Kara, mantente cerca!”

Tiró el globo rojo sobre la masa de demonios que se aproximaba y hubo una detonación de luz roja. Trozos de carne de demonio volaron por el aire y rociaron el suelo con líquido negro. Otros demonios rugieron atacando con furia, un demonio grande con cabeza de toro y cuerpo de lagarto saltó al ataque. Sus ojos amarillos se fijaron en Kara. Gotas de baba gelatinosa negra escurrían de su cuerpo mientras atacaba.

Kara se preparó y la bestia atacó. Ella podía oler su aliento agrio al acercarse. En un instante se hizo a un lado. Torciendo su cuerpo, levantó su brazo y lo cortó con su espada. El cuerpo de la bestia se desplomó al suelo, sin cabeza.

“No está mal” rio David nerviosamente. “¿Crees que podrías hacer eso unas... cien veces más? ¡Cuidado!”

Kara sintió un dolor punzante en su pierna y gritó. Un pequeño demonio se había pegado a su muslo y estaba masticando la piel de su traje M. Ella lo acuchilló en la cabeza y lo desprendió fácilmente. Pensó correr hacia la apertura, pero más demonios bloquearon su camino. Kara sintió que el pánico la ahogaba, estaban rodeados.

“¿Algún plan genial, David? Este sería el momento de compartir uno”. Ella buscó en el bolsillo de su chaqueta, de donde sacó una piedra de fuego. “Sólo tengo una de estas”.

El rostro de David era sombrío. “Tal vez esto no era una buena idea después de todo, necesitamos refuerzos. ¿Crees que podríamos huir hacia las colinas?”

“Hagámoslo”.

Kara lanzó su piedra de fuego hacia la pared de demonios. Hubo una explosión y de repente se abrió un camino libre. Kara sabía que iba a durar sólo unos segundos, forzó su traje M-5 tanto como pudo y corrió hacia las colinas, atacando a los demonios que se interponía en su camino. Se sorprendió de su propia fuerza. Nada parecía poder detenerla. Sólo volvió a ver hacia atrás una vez que estuvo fuera del alcance de los demonios.

“David, creo que estamos...”

David no estaba allí, sintió que se ahogaba de pánico.

“¡David!” Kara regresó corriendo colina abajo, buscando desesperadamente a David. Pero él no estaba por ninguna parte. La ira reemplazó su miedo. Voló sobre tocones y rocas mientras corría hacia los demonios, en la parte inferior de la colina. Ellos estaban apilados uno encima del otro y había algo debajo de ellos, hubo un forcejeo, y luego un grito. Ella reconoció el grito.

David estaba bajo ellos.

Capítulo 10

Verdades Escondidas

Horrorizada, Kara gritó de rabia. Su visión se puso borrosa en medio de su locura, sentía la energía elemental despertar dentro de ella. La llamó mientras corría y la fuerza contestó. Sólo pensaba en salvar a David, nada más importaba. Ni Asmodeus ni la Legión, sólo David.

Kara voló el resto de la colina. Podía ver los brazos de David temblando debajo de la multitud de demonios que lo sostenían, arrancando su carne. Kara lo oyó gritar otra vez, ella se encogió al escuchar su dolor. Lo estaban lastimando.

Ya casi llegaba.

Su visión cambió, y de pronto todo se cubrió con tonos dorados. Kara se regocijó con su poder, destruiría a todos y a cada uno de ellos. Tiró su espada de alma, ya no la necesitaba. Con un salto final, Kara aterrizó frente a la masa de criaturas. Su ira hervía en su núcleo, sólo veía muerte. Su furia dejó escapar un rugido atronador.

“¡No!” La luz dorada oscilaba, bailando en las palmas de sus manos como la electricidad. Los demonios se detuvieron y la miraron.

“¡Aléjense de él!” Kara estiró sus brazos, lista para atacar...

Luego retrocedió.

Los demonios se dispersaron, alejándose de David de repente, como si estuvieran asustados. Fijaron sus ojos en Kara y esperaron.

“¿Qué demonios?” David se había sentado, frotándose la cabeza.

Kara notó unas mordidas, pero aparte de eso parecía estar bien.

“¿Qué hiciste? ¿Cómo hiciste para que te escucharan?”

Kara estaba estupefacta. Ni siquiera había utilizado su poder. Ella sólo les había dicho que se alejaran, y le habían obedecido. Kara se esforzaba para mantener sus emociones intactas, con su poder elemental listo y esperando dentro de ella, por si acaso lo necesitara. Pero los demonios habían hecho lo que ella había pedido, se habían alejado de David y estaban ahí, esperando. Era como si de alguna manera ella fuera su ama. Decidió probar su teoría.

“Demonios, quiero que todos se sienten y se queden quietos...hasta que yo les diga que se muevan”.

Kara vio ansiosamente como toda la masa de demonios se sentó. Había funcionado otra vez, le obedecieron.

“Bueno, me alegro que tener un traje serie M-5”. David inspeccionó su cuerpo con una sonrisa tonta esbozada en el rostro. “De lo contrario, creo que me habrían reducido a mermelada de ángel”.

Él se levantó y caminó al demonio más cercano. “Probemos esto un poco más, ¿de acuerdo?” Era un ser despreciable sin ojos, con una enorme boca abierta y llena de dientes amarillos y un líquido negro exudaba de las muchas llagas alrededor de su cuerpo. David lo apuñaló con su

espada. La criatura aulló, se retorció y cayó muerto.

“Interesante. El pequeño insecto ni siquiera contraatacó. ¿Cómo hiciste esto, Kara? Es como si te estuvieran escuchando... de alguna manera te has convertido en su jefe. Quiero decir, por qué ahora y no antes... ¿Qué es lo que ha cambiado?”

Kara se encogió de hombros. David tenía razón. “No lo sé, les dije que se detuvieran... y lo hicieron. Sucedió”.

Y entonces lo supo. Con la energía elemental todavía fluyendo libremente dentro de ella, sintió otra presencia, como un vínculo. Ella sentía una conexión con estas criaturas de alguna manera, y sabía sin lugar a dudas que los demonios sentían la misma conexión con ella. Reconocían su energía elemental. Ella era la que los había lanzado al mundo mortal, era su ama.

“Creo que sé por qué”. Kara miró a David.

Se volvió, temerosa de lo que él pudiera creer cuando ella le dijera. “Están conectados a mí de alguna manera... por mi poder elemental. Fue mi poder el que les permitió cruzar al mundo mortal, y creo que lo reconocieron cuando apareció. Creo... sé que harán lo que yo les diga”.

David frunció los labios. “Muy interesante, puede resultarnos útil. ¿Así que sólo se sentarán a esperar?”

“Así creo”. Kara vio a los demonios. Una suave brisa trajo consigo el olor de carne putrefacta y algo aún más repugnante en lo que Kara no quería pensar. Cientos de pares de ojos rojos la observaba en silencio. Cierta inteligencia se reflejaba en algunos de ellos, mientras que otros tenían solamente una expresión sombría. Algunos eran simplemente cuerpos sin conciencia, retorcidos y deformes, esperando pacientemente sus instrucciones. Pensó en lo único que parecía tener sentido.

“Demonios, los ordeno a dejar el mundo mortal. Quiero que vuelvan a las tinieblas y permanezcan allí. Nunca deben regresar aquí, y jamás lastimarán a un ser humano otra vez. Vayan ahora”.

David se paró junto a Kara. Ambos miraron con asombro como las criaturas se levantaron rápidamente y desaparecieron en el bosque, uno por uno. En menos de tres minutos, el campo estaba vacío. Bandadas de pájaros multicolores chirriaban felizmente y las ardillas corrían persiguiéndose unas a otras entre los árboles. El aire olía a pino y a flores de primavera. No había más rastros de demonios en ningún lugar.

“Buen trabajo”. Los ojos de David brillaban. “¿Crees que podrías hacer eso con todos los demonios? ¿Tal vez incluso con los demonios mayores?”

Kara retiró el flequillo de sus ojos. “No creo poder controlar a los demonios mayores. Creo que esto sólo funcionó porque son los *mismos* demonios que Asmodeus liberó a través del espejo... y de mí. Dudo que funcione en nuevas razas o demonios superiores”.

“Bueno, eso es una pena. Pero me alegro de que haya funcionado con este appestoso lote”. David se encogió de hombros y buscó en su chaqueta, sacando una espada. “Me pregunto qué dirá Gabriel sobre todo esto”.

Kara frunció el ceño, todavía se sentía un poco extraño haber sido capaz de controlar a los demonios. No quería que la asociaran con Asmodeus. Si la Legión se enteraba ¿pensarían que estaba jugando para el otro equipo? ¿Era esto a lo que se refería Zadkiel respecto a ser más un demonio que un ángel? No estaba segura de cómo se sentía acerca de todo esto. Estaba contenta, había funcionado, pero la había dejado preguntándose si había algo más en el fondo, en ser parte

elemental, y si ella estaba lista para aceptarlo.

“David, ¿podríamos mantener esto entre nosotros? Hasta que decida qué hacer al respecto. No sé lo que pensaría Gabriel o la Legión de mi nueva habilidad. ¿Podemos mantener esto entre nosotros por ahora, por favor?”

David miró a Kara con amabilidad. “Por supuesto, Kara. No diré nada si no quieres, no necesitan saber acerca de esto. Dejaré fuera esta parte en mi informe para el gran jefe, no te preocupes”. Se rio suavemente. “Probablemente ni siquiera me creería”.

Aliviada, Kara vio fijamente la abertura oscura en la pared del lado este del castillo. “¿Todavía quieres ir a comprobarlo?” Kara miró su reloj. “Todavía tenemos una media hora antes de que tengamos que reportarnos de vuelta”.

“Sí... creo que deberíamos”. David se sacudió su chaqueta. “No podemos irnos sin saber si está aquí o no. No quiero decepcionar gran jefe en mi primera misión como agente de campo DCD. No puedo rogar más... está empezando a afectar mi reputación”.

Kara lo ignoró. Vio fijamente sus manos, preguntándose si esta nueva habilidad era parte del plan de Asmodeus. ¿Iba a usarla para controlar a los demonios en la tierra? ¿Y si podía sentir lo que le había hecho a sus demonios? Si era así, eso significaba que podría estar esperándolos dentro del castillo. La energía elemental ya la había abandonado, y no tenía otras armas. Cepilló la hierba con sus botas y buscó su espada de alma.

David le entregó la suya. “Ten, toma esta, no tenemos tiempo para buscar las tuyas. Tengo otra”.

Kara tomó la espada y la apretó en su mano. “Gracias”.

“Entremos y busquemos al idiota mayor”.

Kara siguió a David a lo largo de un pequeño camino de piedra invadido por maleza y hierba que conducía a la apertura en la pared. Grandes rocas irregulares se proyectaban desde la parte superior como colmillos, una advertencia a quienes se atrevieran a entrar. Kara estremeció involuntariamente, escondiendo sus miedos de David, y le siguió.

Estaban parados en un oscuro y estrecho vestíbulo, la luz suave de las lanternas colocadas en las paredes titilaba irregularmente. Algo o alguien había estado ahí, eso era seguro, ya que se habían tomado el tiempo para encender las luces. Había polvo cubriendo el suelo como una alfombra gris, el aire estaba caliente y sofocante. Kara sintió claustrofobia repentinamente. No quería quedarse allí por mucho tiempo. Afortunadamente, David caminó cuidadosamente hacia adelante y el aire se aclaró un poco.

Caminaron en silencio durante diez minutos, con sus armas en las manos y listos para atacar. La luz de las antorchas oscilaba en sus espadas de alma. No encontraron ningún otro demonio, e túnel estaba tan silencioso como una tumba. Cada tanto pasaban algún muro derrumbado y Kara se preguntaba qué sostendría los niveles superiores. La luz se debilitaba más adelante, David ralentizó su paso y pegó su cuerpo contra la pared. Kara siguió su ejemplo. Juntos, se movieron lentamente hacia la menguante luz, cuidando de no hacer ruidos repentinos con sus botas.

Entraron en una gran habitación redonda. Luz amarilla se derramaba desde el exterior, a través del techo derrumbado. Una gran pila de piedras planas estaba regada en el suelo. Kara supuso que era el techo, la maleza brotaba de entre las piedras del suelo agrietado en un patrón de cuadros color verde musgo. Los árboles habían encontrado espacios para crecer y florecer en la habitación, cuatro columnas de piedra se levantaban del suelo estirándose al cielo abierto y había

nidos de aves en sus cimas, como coronas hechas de paja. Los excrementos de pájaros pintaban los pisos y las columnas en un blanco deslavado y pegajoso.

Había una plataforma de mármol en el centro de la habitación y una gran silla de madera con patas talladas en forma de garras de león encima de ella.

En la silla había un hombre sentado.

Desparramado casualmente contra el respaldo, los veía con ojos oscuros, sin pestañear. Llevaba un traje gris y corbata rosa claro. Su pelo era marrón oscuro y lo llevaba corto. No se movía.

“Quédate atrás de mí”. David caminó hacia el hombre con cautela, equilibrando su espada de alma entre sus dedos. Con cada paso que daba veía alrededor del vestíbulo nerviosamente, como si esperara ser emboscado en cualquier momento.

Kara sintió que algo andaba mal. Algo estaba definitivamente con el hombre, pero ella no podía adivinar qué. Mientras más se acercaba, más sentía que algo andaba mal. Miró sobre su hombro nerviosamente. ¿Y si esto era una trampa? El hombre aún no se movía. Ni si quiera parpadeaba.

Las moscas zumbaban alrededor de su cara y Kara las espantó con impaciencia. Tropezó con la espalda de David, él tenía un ceño en su frente. Kara se dio cuenta de que estaba mirando al hombre se hizo a un lado y se le cortó la respiración.

Era un hombre mortal el que estaba sentado en la silla. Su carne era gris oscura y estaba cubierto de llagas, la piel descompuesta se le descarapelaba de su cara y sus manos, dejando heridas húmedas expuestas. Grandes cortadas rezumaban pus verde. Los zumbidos hacían eco a su alrededor, estaba cubierto de moscas. El olor a carne podrida quemaba las fosas nasales de Kara. Notó que le faltaban los ojos, pero era la expresión de su cara la que le aterrizzaba. Estaba congelado en una expresión de terror puro. Kara sabía que había sufrido, la tristeza brotó de su corazón. No se merecía esto, ningún mortal se merecía morir así ni estar expuesto de esa manera. Había un post-it amarillo pegado a su frente, Kara se acercó más y leyó;

Tu amor por los monos te ha cegado a la verdad

“¿Qué significa eso?” David arrancó el post-it, lo arrugó y lo tiró al suelo. “¿Es esto acaso una broma? ¿Crees que esto es gracioso, demonio lunático?” Su voz hizo eco a lo largo de la cámara.

Kara recogió la nota arrugada y la planchó contra su muslo, estudiándola por un momento. “No tiene sentido. ¿Por qué tomarse todo este trabajo? ¿Para qué vigilar este lugar si nunca estuvo aquí?”

David pateó la silla. “¡Porque es un bastardo enfermo! Este es un juego para él, probablemente esté escondido en algún lugar riéndose a carcajadas”.

Pero Kara no estaba convencida. Nada de esto hacía sentido.

“Pero, ¿por qué esconderse? Él es fuerte, ¿no? Él cree que es más potente y más inteligente que cualquiera de nosotros. No tiene miedo de mí ni de la Legión. Esto...esto no tiene sentido”. Ella pensó por un momento, y entonces leyó la nota otra vez en voz alta, tratando desesperadamente de descifrar el significado.

“Te digo, ¡está burlándose de nosotros! No está aquí, somos sólo tú, yo y este pobre infeliz”. David peinó la parte superior de su cabello con sus manos. Kara creía que se estaba volviendo un

poco loco. Entrecerró los ojos y repasó la nota una vez más, estaba escrita en forma de acertijo. Nunca había sido buena adivinando. Sus significados ocultos siempre le daban dolor de cabeza. “¿Se escondería un rey de un oponente más débil? No. Asmodeus es inteligente... muy inteligente. Él nos está probando con esto, estoy segura de ello. Esta nota es una pista, significa algo... yo... no puedo adivinarlo”.

“Significa que somos tontos”.

Kara ignoró a David, concentrándose en la nota. Ella repetía las palabras una y otra vez dentro de su cabeza hasta que sonaron como un mantra. La verdad. ¿Cuál era la verdad? *Tu amor por los monos te ha cegado a verdad*. Entonces lo entendió.

El rostro de Kara palideció. “David, sé lo que significa”.

David giró la cabeza y la miró con los ojos bien abiertos. “¿Entonces...? ¡Dime! ¿Qué es lo que el idiota intenta decirnos?”

Kara estrujó la nota en su mano. Miró al suelo por un momento, como si ella misma estuviera preparándose para lo que estaba a punto de decir. “Significa... que nunca le interesó el mundo mortal. El ataque contra él era sólo una distracción”.

Kara vio cómo David comprendía. Sabía lo que él pensaba, sabía que ella tenía razón. “Piensa en ello un minuto, él odia a los mortales. ¿Por qué iba a querer controlar un mundo lleno de monos? Eso es algo que nunca quiso. Ha estado planeando esto todo el tiempo”. Kara buscó la mirada de David.

“Lo que quiere es dominar Horizonte”.

Capítulo 11

El 8vo Plano

Los ojos de David eran fríos y determinados. “Debemos advertirles” dijo, asegurando su espada dentro de su chaqueta. “Tenemos que movernos rápido, Kara. Vi un arroyo no muy lejos del castillo, ¡Vamos!”

Kara sólo asintió con la cabeza, todavía adormecida con el impacto de lo que había descubierto. Era la verdad, en cuanto las palabras salieron de sus labios, ella supo que era verdad. Se estremeció. Su padre iba tras Horizonte.

Corrieron de vuelta a través de los túneles y salieron por el lado este del castillo, más rápido de lo que Kara hubiera podido imaginar. Los trajes de M-5 habían demostrado su poder una vez más. El cielo estaba color marrón oscuro, y Kara supo al instante, sin mirar su reloj, que se habían tardado la hora completa. Gabriel les había advertido que debían estar de vuelta en una hora, Jenny y Peter probablemente ya habrían vuelto de su misión. Probablemente habían reportado que su ubicación era un señuelo... y seguramente se preguntaban si la de Kara y David era la verdadera. Nadie hubiera sospechado que Horizonte era el verdadero blanco. Asmodeus había jugado bien sus cartas, la pregunta era, ¿cuándo planeaba atacar?

Galoparon a través de las colinas y Kara pronto escuchó el suave murmullo del arroyo. La mayoría de los guardianes de la Legión estaba en el mundo mortal, salvando vidas. Ellos habían dejado Horizonte sin protección., sería un blanco fácil. El padre al que ella tanto odiaba había planeado su ataque brillantemente. Sería una masacre, la Legión tendría que llamar a todas las tropas y prepararse para un ataque. Ella tenía que advertirles, se le estaba acabando el tiempo.

La mente de Kara corría más rápido que sus piernas. Gabriel sabía qué hacer, tenían que llegar a él primero.

“¡Allá está el arroyo!” gritó David desde adelante.

La corriente fluía hacia abajo rápidamente, como si les comandara a irse lo antes posible.

David sujetó la mano de Kara y la apretó. “¿Lista?” Kara apretó de vuelta. “Lista”. Saltaron juntos en el aire y cayeron con fuerza sobre la gélida corriente.

Kara abrió los ojos momentos después. Una neblina gris nublabla su visión, parpadeó varias veces. Se estremeció y miró a su alrededor. Había una capa de niebla de unos cincuenta centímetros sobre el suelo y una niebla más fina se movía lentamente desde arriba, como nubes en movimiento. Estaba por todas partes, no había cielo ni sol. La niebla parecía ser infinita.

Miró hacia abajo, la niebla se enrollaba en espirales alrededor de sus piernas, como una serpiente. A través de los vapores, sus pies estaban sobre un piso de concreto gris. Recordó haber tenido un sueño así una vez, donde estaba sola y perdida en un vasto campo de niebla. Un extraño olor metálico colgaba en el aire.

Kara sentía que algo andaba mal. Definitivamente no estaba en el ascensor, así que ¿dónde demonios estaba? Siempre había vuelto a uno de esos ascensores con un primate mocososo como

operador cuando regresaba de una misión. Pero no había ningún primate saludándola esta vez, sólo un campo de niebla. ¿Cómo había llegado aquí?

Recordó el hermoso rostro de David. Recordó que había saltado al arroyo con él hacía tan sólo unos momentos, pero él no estaba por ningún lado.

“¡David! David, ¿dónde estás?”

No hubo respuesta.

Llena de pánico, Kara corrió a ciegas a través de la pared de niebla llamando a David pero sólo le respondía un eco misterioso. *Qué raro*, pensó. Ella dejó de correr y extendió sus brazos, buscando David o a cualquier otra cosa sólida. Maldijo la niebla.

Un golpe sordo llegó de muy lejos. Kara esforzó sus ojos para ver a través de la niebla pero fue inútil. Era como tratar de ver con una manta sobre el rostro. El pecho de Kara le dolía. ¿Dónde estaba? ¿Y qué le había sucedido a David?

Escuchó un sonido repetitivo. Sonaba como a pasos, venían hacia ella. No podía ver. ¿Quién o qué venía hacia ella? Los pasos sonaron más fuertes, recordó que aún llevaba una de las espadas de alma de David y la sacó. Blandió fácilmente la espada en su mano. Sin importaba lo que fuera, ella iba a pelear.

La pared de niebla se separó.

“¡Kara! ¡Gracias a Dios!”. La preocupada expresión de David se desvaneció en una sonrisa. Corrió hasta Kara y envolvió sus brazos alrededor de ella y la apretó con ternura.

A pesar de que disfrutaba ser sostenida por David, lo separó de ella suavemente. “David, ¿qué pasó? ¿Qué es esto?”

David meneó la cabeza. “No tengo ni la menor idea”, dijo con cautela. “Nunca he estado aquí antes”.

“¿Por qué no dimos el salto a los ascensores?” Kara miró a su alrededor una vez más, esperando ver la desaprobadora mirada de uno de los primates, pero sólo había niebla, hasta donde llegaba la vista.

“Algo debe haber pasado que interrumpió nuestra transición”. La cara de David estaba tensa. “No sé dónde estamos, pero sé que no estamos en Horizonte”. David se dirigió a Kara. “¿Es este el Inframundo?”

“No”. Kara se encogió de hombros recordando el reino del demonio. El mal acechaba en las sombras ahí, y voces le llamaban de entre la nada. Tenía una extraña sensación de malevolencia que la perseguía en el Inframundo. Se sacudió los recuerdos. “Créeme, el reino del demonio es asqueroso, realmente desagradable. Esto... esto... se siente vacío”.

“Bueno, eso no ayuda a nuestra causa”. David se paseaba inquieto, con su rostro apretado. “Si hay una entrada... tiene que haber una salida, sólo tenemos que encontrarla”.

Kara asintió con la cabeza. “Tienes razón, llegamos aquí de alguna manera. Tiene que haber alguna manera de salir de esta niebla miserable”. Giró alrededor de sí misma. “¿Por dónde empezamos? Por todas partes está igual”.

David miró hacia adelante, “Vamos por acá” dijo, “Parece que la niebla se está aclarando, podría llevarnos a alguna parte”.

Kara seguía a David de cerca, por temor a perderlo en la espesa niebla. Una figura oscura se materializó ante ellos y Kara se tensó, blandiendo su arma. De reojo vio que David estaba haciendo lo mismo, estaban parados juntos, esperando.

La niebla se levantó y la silueta de un hombre alto se deslizó hacia ellos. Vestía una túnica larga y negra que fluía detrás de él mientras caminaba. Tenía un cinturón de cuerda atado alrededor de su cintura, del que colgaba un manajo de llaves. Podía oír el leve clanc-clanc que emitían al acercarse, pero no se escuchaban pisadas, era como si flotara. Una capucha mantenía su cara en la sombra, y cuando llegó cerca, Kara vio que no tenía rostro. Kara se estremeció involuntariamente... a ella le parecía demoníaco.

David dio un paso adelante y blandió su espada con una sonrisa en sus labios. “Yo no me acercaría ni un paso más, *monje*... a menos que desees morir”.

El ser estaba parado quieto, como si les estuviera estudiando. Después de un momento, habló. “Yo soy el Custodio” dijo la criatura. Kara se preguntaba cómo podría formular palabras sin una boca. La voz era rasposa y aguda. Kara pensó que tal vez era una mujer. Ciertamente, una mujer muy fea. David había ladeado la cabeza, pero no bajó su espada. “¿Custodio? Nunca he oído hablar de ti. ¿Qué clase de demonio eres, Custodio? ¿Custodio de almas? ¿Custodio de niños?”

El Custodio sacudió su cabeza. “No soy un demonio, sino una entidad sobrenatural, como tú”.

“No eres nada parecido a nosotros”. David miró a la criatura, “¿Dónde estamos, Custodio? Y no intentes ninguno de tus trucos demoníacos”.

El Custodio levantó sus brazos delante de ellos. Blancas manos esqueléticas aparecieron debajo de rollos de mangas y una capa de piel translúcida y fina se extendió sobre sus huesos. “Están en el octavo plano, y yo soy su Custodio”.

Kara se inclinó más cerca y sujetó la chaqueta de David, susurrándole en el oído. “¿Qué es el octavo plano?” David meneó la cabeza y se encogió de hombros. El temor tocó el fondo de la mente de Kara pero no había tiempo ni lugar para el miedo. Su prioridad era llevar la información crucial a la Legión, antes de que Asmodeus atacara.

La incertidumbre se extendió sobre el rostro de David. “Nunca hemos oído sobre el octavo plano. Dime, Custodio. ¿Cómo llegamos aquí?”

El Custodio inclinó su cabeza hacia un lado. “Igual que todos los otros espíritus antes de ustedes... sus cuerpos sobrenaturales pasan a través del velo... y entran en el octavo plano”.

A Kara no le gustó esa respuesta, y no estaba de humor para resolver más acertijos. Ella pensó que podría tener mejor suerte con esa criatura que David.

“Está bien, entonces dime. ¿Qué es el octavo plano, Custodio?” preguntó Kara.

El Custodio dobló sus esqueléticas manos con calma, colocándolas delante de él. “El octavo plano es un reino para los espíritus que han perdido su camino. Es un lugar de refugio, una reunión. Es nada y todo al mismo tiempo”.

Era el turno de Kara para dar un paso hacia adelante. Ella meneó la cabeza. “Espera un minuto. ¿Así que nuestros espíritus se perdieron? ¿Nos perdimos en el camino hacia Horizonte?”

“Sí”. El Custodio inclinó su cabeza ligeramente, y Kara pensó por un momento que se veía triste. “Desafortunadamente, sus espíritus no pudieron llegar a Horizonte, y por lo tanto han pasado a través del velo hacia el octavo plano”.

“Pero ¿cómo es eso posible?” preguntó David. Kara pudo escuchar la frustración en su voz. Ella también sintió su propio nivel de irritación ascender. “Los espíritus no pueden perderse, no existe tal cosa como el octavo plano. Mientes. ¿Estás tratando de engañarnos, demonio! Dinos dónde estamos realmente... ¿estamos en el reino del demonio?”

El Custodio guardó silencio por un momento antes de contestar. Kara notó que sus dedos se

sacudían, y se preguntó si se estaba poniendo nervioso. Sólo los mentirosos se ponen nerviosos.

“No estoy tratando de engañarlos” continuó el Custodio. “No soy ningún embustero del demonio... sino el Custodio del octavo plano. Me temo que se han cerrado las puertas de Horizonte”.

Kara se estremeció. Esto no podía estar pasando, no cuando la supervivencia de la Legión dependía de ellos. Ella dio un paso adelante, hacia el Custodio, y le apuntó a la criatura con un dedo tembloroso. “¿Qué quieres decir *cerradas*? ¿Cómo pueden estar cerradas? ¡Es imposible!”

“Hay un desequilibrio en los planos”. El Custodio miró hacia la niebla infinita, y Kara se preguntaba dónde, en ese rostro lechoso, estarían sus ojos.

“Algo está pasando en nuestro mundo de los espíritus en este momento. Esta anomalía de alguna manera ha causado una fractura en los planos, es por ello que sus cuerpos han venido aquí... al octavo plano”.

El pánico carcomió las entrañas de Kara, como ácido comiendo a través del metal. “¿Qué anomalía? ¿Qué fracturó los planos?” La imagen de su padre hizo eco en su mente, ella apretó su espada.

“Sólo algo de mucho poder podría hacer un agujero en el velo”, respondió el Custodio. “Estamos... no estamos seguros de su origen... no sabemos de dónde viene este poder, pero estamos seguros de los daños que ha causado a nuestro mundo”.

Kara intercambió una mirada con David. Pudo saber, por la mirada que le dio, que ambos estaban de acuerdo en cuanto a de dónde provenía el poder, y quién era la fuente. Ya habían perdido mucho tiempo hablando con el Custodio sin rostro, necesitaban llegar y rápido.

“Habrá más daño pronto si no nos envías de regreso rápidamente”, presionó Kara. “Tenemos que irnos, y tiene que ser ahora mismo. ¡Tenemos que advertirles!”

El Custodio sacudió su cabeza tristemente, “Lo siento, pero no puedo”.

El temperamento de Kara se estaba desbordando, y antes de que David pudiera intervenir, lo interrumpió. “¡Tienes que hacerlo! Tú no entiendes. ¡Va a ser una gran guerra! Los ángeles van a ser asesinados. ¡Tienes que enviarnos de vuelta! ¡Ahora!”

“Lo siento”, repitió el Custodio con su suave voz. “Una vez que tu espíritu ha entrado en el octavo plano, no puede volver. Permanecerá aquí... para siempre”.

Capítulo 12

En el Escenario

“¡Esto no puede estar sucediendo!” Kara se golpeó la cabeza en señal de frustración y pisoteó violentamente el suelo. “Tiene que haber una manera, ¡tiene que haberla! No podemos quedarnos aquí, ¡tenemos que volver al horizonte, en este instante!”

“Lo siento, de verdad lo siento”. El Custodio bajó su cabeza. Pareció reflexionar por un momento. “Ustedes encontrarán el octavo plano bastante agradable, esto es sólo una pequeña porción del plano. ... Puede ser muy hermoso, a su manera”.

Kara tomó el brazo de David y le dio la vuelta. “David ¡no podemos quedarnos aquí! Tenemos que advertir a la Legión”. Luchó para controlar su temblor y apretó el brazo más fuerte de lo que ella quería.

David pasó sus dedos por sus cabellos y gritó en señal de frustración. “Custodio, ¡dinos cómo salir! Hay una forma de entrar, así que debe haber una forma de salir”.

El Custodio solo sacudió su cabeza y no respondió. Su cara era inexpresiva y Kara se preguntó si se estaría riendo de ellos ahora, escondido detrás de su máscara blanca. Tal vez este era un embustero del demonio que jugaba con sus emociones y trataba de mantener la ruta de escape en secreto deliberadamente.

Demonio o no, ella no podía quedarse ahí y dejar que su alma se marchitara mientras el Horizonte moría. Tenía que hacer algo, estaba desesperada.

A tiempos desesperados, acciones desesperadas. Kara sujetó su espada con manos temblorosas. Se acercó al Custodio y apuntó su espada hacia su rostro. “Dinos como salir, o esto va a ponerse feo” resolló. “No voy a preguntártelo de nuevo”.

El Custodio dio un paso atrás y su cuerpo se retorció de forma antinatural. Levantó sus brazos esqueléticos en señal de súplica. “No pueden hablar en serio. Yo soy sólo un mensajero, no hago las reglas. Por favor baja el arma”.

“¡No me importa quién hace las reglas!” Kara se movió hacia la criatura. No estaba segura de lo que estaba a punto de hacer, pero que tenía que hacer algo. “Sabes cómo salir de aquí... ¡dinos! Dinos ahora, ¡o te voy a cortar en dos!” dijo cortando el aire con su filosa arma.

El Custodio se hizo para atrás, tropezando con su túnica y casi cayendo al piso. Se enderezó rápidamente y volvió a su súplica: “¡Por favor! No soy una amenaza, no me lastimen. Estoy desarmado, sólo soy un mensajero...”

Con su ira a punto de explotar, Kara sujetó el brazo del Custodio y lo jaló hacia adelante... desprendiéndolo.

Kara miró el brazo esquelético de plástico, absorta. Se parecía a Max, el esqueleto mascota de la clase de biología de la escuela secundaria. Kara frunció los labios en una línea delgada, se volvió al Custodio, agarró un puñado de su túnica y lo pateó en el estómago. Dos hombres diminutos se resbalaron debajo de la tela y cayeron al suelo, rodando hasta detenerse.

Retorciéndose, lograron ponerse de pie y se alejaron de Kara, sus pupilas reducidas por el miedo. Vestían overoles simples con camisas blancas, el más alto tenía un marco de cabello rojizo alrededor de su rostro puntiagudo. El otro se estaba quedando calvo, con sólo unos pocos mechones de pelo castaño claro flotando en su cabeza. Eran de mediana edad, con una barba cuidadosamente recortada. Ambos estaban aterrados. Si Kara no hubiera estado tan enojada, se habría reído. En cambio, gruñó como un animal.

“¿Qué significa esto?” resopló, lanzando la túnica al suelo. “Más les vale empezar a explicarse... ¡o les voy a cortar los cuerpecitos en pedazos mucho más chiquititos!”

Uno de los pequeños hombres mostró los dientes y frotando sus manos nerviosamente respondió. “Sólo... sólo estábamos divirtiéndonos un poco, eso es todo. Nunca pensamos que los ángeles podían ponerse así... tan violentos”. Forzó una sonrisa otra vez, su voz era demasiado fina para un hombre de su edad y Kara estaba segura de que era él quien se había encargado de hablar dentro del traje de Custodio.

“Sí. Por favor perdónanos” dijo el otro hombrecillo que parecía que iba a llorar. “Nos aburrirnos, ¿sabes? y queríamos entretenernos un poco. Es sólo un espectáculo”.

Kara escuchó a David soltar una pequeña risa. Kara levantó las cejas, estaba impresionada. Esto no era cosa de risa. Se quedó mirando los pequeños hombres, quienes se veían irritados de ser parte de la farsa.

“¿Qué espectáculo? ¡Y sin más tonterías!”

“Sí, señora”. Ambos hombres hicieron una reverencia al mismo tiempo. Después de un momento, levantaron sus brazos en el aire y gritaron: “Bueno, muchachos y muchachas, ¡se acabó el espectáculo! ¡A empacar!”

La tierra tembló bajo los pies de Kara y fuertes ruidos retumbaron en sus oídos, como truenos en una tormenta. La niebla se disipó, gigantes paneles blancos sobre ruedas fueron empujados lejos por pequeños hombres y mujeres vistiendo overoles de mezclilla. Los cielos sin fin del octavo plano se transformaron en un almacén lleno de gente. Kara reconoció las tres máquinas de humo que estaban siendo almacenadas. Parpadeó contra las luces de los gigantescos focos. Con un clic, se apagaron. Se quedó mirando a su alrededor. Se percató de que era un set, con escenografía y máquinas de humo. Esto era lo que los pequeños hombrecitos querían decir por espectáculo. Kara y David habían sido parte de uno. Ella frunció los labios. Ahora estaba aún más enojada.

“¡Hey! Espera un minuto”. Kara se dirigió al hombre con el pelo rojo y lo sujetó del brazo, viéndolo a la cara. “Por tu propio bien, estoy dispuesta a olvidar el hecho de que sólo hemos perdido el tiempo con su ridículo espectáculo... pero ahora más te decirme la verdad. ¿Qué es esto? ¿Qué estamos haciendo aquí?”

El hombrecito rascó la parte posterior de su cuello. “Bueno, es como dijimos antes... cuando estábamos en el espectáculo. Este es el octavo plano. Y por desgracia, nadie está autorizado a irse”.

“¿Nadie puede irse?” David estaba poniéndose bastante irritado, también. “¿Quién dice? ¿Quién está a cargo aquí?” Sus ojos azules destellaban peligrosamente.

“Órdenes del Alto Consejo. Del Arcángel Uriel, en persona” contestó la otra pequeña persona con una voz aún más aguda. “Dice que nadie debe irse. Que es demasiado peligroso. Tienen que quedarse aquí”.

“¿Demasiado peligroso? Pero *tenemos* que irnos. ¡No podemos quedarnos aquí!” Kara estaba

enfureciendo. Las cosas estaban empeorando a cada minuto. Luchó para controlar su ira. Deseaba estrangular al hombrecito.

“Lo siento, pero no puedes. Tendrás que esperar con el resto de ellos”. El hombre se dio vuelta y apuntó en la dirección de un gran panel gris que cubría una pared entera.

Otro hombrecito caminó hacia el panel, inclinó su peso y empujó el panel, rodándolo para abrirlo. Kara vio fijamente el cuarto trasero lleno de ángeles. Un cartel de neón azul y rojo intermitente colgaba en la parte superior. Leía: *Servicio al Cliente. Atendiendo ángeles ahora*. Cerca de mil ángeles guardianes estaban sentados en pequeñas sillas de metal. Se retorcían nerviosamente en sus lugares. Kara se preguntaba cuánto tiempo habían estado esperando en esa habitación. Revisó el área tratando de encontrar a Jenny y Peter. No estaban allí. Sintió una presión en el pecho y oró por que hubiesen vuelto a Horizonte sanos y salvos.

“Tendrán que tomar un número y sentarse con los demás”. El hombrecito enrolló la túnica y la echó encima de su hombro. “Lilly se encargará de ustedes”. Desapareció, arrastrando la túnica negra en el piso, detrás de él.

Kara volvió a revisar la habitación. Había una mesa de madera pulida en el extremo derecho. Una mujer estaba sentada detrás del escritorio. Llevaba un chaleco negro sobre una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Su pelo gris estaba firmemente sujetado en un moño que descansaba en la parte superior de su cabeza. Su cara puntiaguda estaba estirada hacia atrás y tenía un profundo ceño que arrastraba su frente hasta el puente de su nariz. Kara recordó a su maestra de cuarto grado, la señora Wiggins, cuyo cruel ceño y rostro aterrorizaban a los niños. Suprimió un escalofrío.

A la derecha de Lilly había una flecha roja grande asegurada de un alto soporte metálico con las palabras, *tome un número*, apuntado hacia abajo. Un gran rollo de papel con números impresos se desbordaba hacia el piso.

David levantó las cejas. “Este es el día más extraño que he tenido desde que me convertí en AG”.

"Esperemos que ella puede decirnos cómo regresar. Cuanto más tiempo perdamos aquí, más se reducen nuestras posibilidades para llegar a la Legión a tiempo antes del ataque de los demonios”.

David se encogió de hombros. “Tienes razón. Bueno, vamos a hacerlo”. Él avanzó hacia la mesa, haciéndose camino a través de los reducidos espacios. Kara lo siguió y miró a su alrededor. No reconoció ninguna de las caras. Pero todos ellos tenían una cosa en común: estaban asustados.

David se paró frente a la flecha roja y arrancó un número. Lo miró por un momento. Él miró a Kara y le entregó el pequeño pedazo de papel.

Kara agarró el boleto. Sonó una campana, y apareció un número encima de la flecha: ochenta y cuatro. Miró su número: 36,799 mil. Podrían estar aquí durante días. Kara vio al ángel con el número ochenta y cuatro llegar al escritorio y darle el pedazo de papel a Lilly. Ella tomó el número, lo arrugó y lo arrojó en un cesto de residuos de papel detrás de ella sin siquiera girar la cabeza. A Kara le parecía que estaba bastante molesta.

Kara arrugó su propio número y se dirigió hacia el escritorio. El ángel con el número ochenta y cuatro se alejó y Kara aprovechó la oportunidad, y cuando sonó la campana para el siguiente número ya estaba de pie frente al escritorio. Lilly la escudriñó bajo los profundos pliegues de sus cejas. “Número”, dijo con impaciencia y extendió su mano. Ella esperó.

Kara vio David parado junto a ella. Le entregó a Lilly su número arrugado. Vio a la anciana

examinar el pedazo de papel. Sus cejas se levantaron, y su rostro se retorció, molesto. “¿No sabes leer? Dice número ochenta y cinco” dijo, señalando el número por encima de la flecha roja con un dedo retorcido. “Siéntate”, ordenó y despidió a Kara con un movimiento de su mano. Kara apretó la mandíbula. Esto iba a ser más difícil de lo que esperaba. Kara se inclinó sobre el escritorio, para que los demás ángeles no pudieran oír. “Uh... ¿Lilly? Escucha, no podemos esperar aquí. Tenemos información urgente para la Legión. Mi pareja y yo debemos llegar a Horizonte enseguida”. Confiaba no haber sido demasiado irrespetuosa. Estudió la cara de la mujer para detectar cualquier rastro de desprecio. No había ninguno.

Lilly vio fijamente a Kara, sin pestañear. Sonrió, divertida. “¿Tienes el número ochenta y cinco?”

“No, pero...”

“¡Entonces, siéntate!”

Kara se estremeció. ¿Cómo se atrevía esta mujer a hablarle así? Empuñó sus manos con fuerza. Quería golpearla. Azotó su mano sobre el escritorio. El ruido hizo un eco más fuerte de lo que ella esperaba en toda la habitación. Todos los AGs estaban atentos escuchando.

“Escucha, señora” rechifló Kara, y se dio cuenta de que David dio un paso hacia atrás. “No tengo tiempo para tu actitud ni para tu estupidez”. Su voz flotó a través de la habitación. “Si no nos dejan regresar, ¡la Legión será destruida! ¡Y será tu culpa!” remató, apuntando su dedo a sólo centímetros del rostro de Lilly. Eso pareció enojar a la mujer. Parecía que había mordido algo amargo. Sus ojos se redujeron a un par de rendijas apretadas y Kara ya apenas podía ver el verde en ellas.

Lilly empujó hacia atrás su silla y se puso de pie. “Escucha con atención, guardián. Como le he estado explicando las últimas cinco horas al resto de su familia...” ella agitó su brazo delgado en la dirección de los ángeles sentados en las sillas, “no puedes volver a Horizonte. Algo ha roto el velo. Todos los ángeles que han intentado volver a Horizonte desde la Tierra aterrizarán aquí. El Alto Consejo nos ha instruido para mantenerlos aquí, seguros, hasta que arreglen el problema. Así que ya ves, no puedes ir a ningún lado... no importa cuánto me grites”.

Kara miró a la pequeña mujer. “Eso es exactamente por lo que tenemos que irnos”. Intentó calmar el temblor en su voz. “Hay cosas que no sabes... no entiendes. Pasarán cosas terribles si no conseguimos ponernos en contacto con la Legión a tiempo, nos debes creer...”

“¿Qué cosas?” Lilly cruzó los brazos sobre su pecho. “¿Qué cosas, guardián?” repitió, con una pizca de preocupación en su voz. Kara se preguntaba si debía decirle todo a esta vieja tonta. Decidió que sí y esperó que entendiera. “Asmodeus está planeando atacar a Horizonte. Él utilizó los ataques contra el mundo mortal como una distracción. Sabemos que es verdad. Probablemente también sea él el que esté causando esta interrupción en el velo”.

“Con todos los ángeles en la tierra, salvando almas mortales, y además de los que están atrapados aquí, tiene una gran oportunidad de tener éxito”.

David estaba parado junto a Kara. “Esto es muy grave, Lilly”. David puso a trabajar su encanto. “No estamos aquí para ocasionarte ningún tipo de problemas, te lo prometo. Sólo necesitamos que nos ayudes a volver”.

La anciana estaba inmóvil, su fría mirada fija en ambos. Por un momento, nadie habló.

“Si no podemos llegar a Horizonte... entonces por lo menos déjanos enviarles un mensaje”, suplicó David.

“No pueden”, dijo Lilly a través de dientes apretados. “Eso no es posible”.

“Seguramente tu puedes comunicarte con ellos. Dijiste que te dieron órdenes para mantener a todos aquí...”

“No, como he dicho... no es posible”.

“¿Por qué no?” Kara escuchó la rabia en la voz de David. También estaba perdiendo la paciencia con la anciana.

Lilly estudió sus rostros durante un minuto. Sus ojos verdes se enfocaron en Kara. “Tú eres el ángel, Kara. ¿No es cierto?”

“Sí”. Kara se estaba quedando sin paciencia y sin tiempo.

Lilly se dejó caer en su silla, y Kara pensó que había palidecido. “Si es cierto lo que dices, entonces es realmente grave. Me pregunté por qué habíamos perdido toda comunicación con Horizonte. Ya no nos oyen. Somos incapaces de comunicarnos con ellos. Los mensajes ya no pasan”.

Los ojos de Kara estaban al nivel de Lilly. “Entonces, déjanos pasar”. La mujer miró hacia el espacio infinito. Volvió su vista a ellos y meneó la cabeza. “Es muy peligroso. Sus cuerpos de ángel van a morir. Yo no puedo ser responsable de sus muertes”.

Kara presionó sus manos sobre el escritorio. “Si no nos dejas ir, serás responsable de muchas más muertes”. Lilly meneó la cabeza otra vez. Los vio con ojos tristes. “No entienden. Con el velo roto, es muy peligroso viajar de vuelta al horizonte. Sus cuerpos sobrenaturales se quemarán y se desmoronarán. Sin vega, sus cuerpos se desintegrarán en la nada. Van a morir... la verdadera muerte”.

Kara se negó a creerlo. No habían hecho todo este lío solo para no poder llegar a Horizonte. “¿Hay alguna posibilidad de que no sea así? ¿Hay una posibilidad que podamos sobrevivir?”

Lilly no respondió. Sólo la observó.

“Bueno, ¿la hay?” La mujer cerró los ojos. “Sí. Hay una pequeña posibilidad. Una muy pequeña posibilidad de que puedan sobrevivir...”

“Entonces lo haremos. Tomaremos esa oportunidad”.

Lilly vio fijamente Kara, desconcertada, por un largo momento. Después de un rato se relajó. Parecía haber aceptado la petición de Kara. Ella se levantó y gritó.

“¡Rosy! Necesito que me reemplaces durante quince minutos”. Una joven regordeta con un traje de falda café hizo su camino a través de la multitud. Su pelo rubio rizado rebotaba en sus hombros mientras tomaba su lugar para ocuparse con los clientes. Lilly caminó alrededor de su escritorio e hizo un gesto para que Kara y David la siguieran.

Les condujo fuera de la habitación y a través del almacén hacia atrás. Le siguieron a través de un pequeño pasillo y bajaron unos escalones que conducían a un nivel inferior. Kara no podía ver nada a través de la oscuridad. Lilly subió a una escalera y encendió un interruptor. La sala fue bañada inmediatamente en una suave luz amarilla. Un gran ascensor se levantaba contra la pared trasera. Había una puerta de metal asegurada frente a él. Kara oyó un tintineo y vio a Lilly sacar un enorme llavero. Caminó hacia el elevador y se empinó. Introdujo una llave en un agujero de hierro y giró...la tierra tembló al mismo tiempo que una luz emanaba desde el orificio de la llave. El ascensor estaba iluminado con una luz azul. Rayos de luz azul hicieron espirales alrededor del ascensor y se extinguieron. La habitación volvió a estar silenciosa vez más.

David sonrió. “Cielos, ¿qué tipo de elevador es este?” Entró en la habitación y recorrió la

puerta metálica con su mano. “Parece antiguo”.

“Eso es porque lo es”. Lilly agarró la puerta y con gran esfuerzo, la empujó hacia un lado. Dos puertas de metal sólido aparecieron frente a ellas. “Este ascensor fue uno de los primeros construidos por los arcángeles, hace miles de años. Dejaron de usarlo porque tenía algunos defectos. Los ángeles llegaban sin brazos y piernas. Llegó a ser demasiado peligroso como para que nadie lo usara. Luego diseñaron los modelos EL20, los que ustedes usan ahora, y este se quedó en el olvido. No ha sido usado en más de quinientos años. Se mantiene sólo para emergencias. No sé incluso si vaya a funcionar”.

Kara presionó su mano contra la puerta. Se veía genial “Bueno, esto es definitivamente una emergencia...”

Las puertas se sacudieron y se deslizaron, abriéndose. Kara saltó alarmada. Más allá de las puertas había un compartimiento grande. Las paredes eran de metal y el piso era un retorcido rompecabezas de losas de hormigón. No era tan elegante como los elevadores a los que Kara estaba acostumbrada, pero este no era el momento para ponerse exigente. Kara, decidida, caminó hacia el ascensor. David entró detrás de ella. Ella miró a su alrededor. Les rodeaban paredes lisas de metal. No había ningún botón en ningún lugar. A Kara le pareció extraño que no hubiera ningún panel de control.

Lilly sujetó la puerta metálica y tiró de ella hacia el otro lado, cerrándola frente a ellos. Dio un paso atrás y les miró con una expresión preocupada.

“¿Cómo sabemos hacia dónde va el ascensor?” preguntó Kara, con su mano en la pared donde debería estar el panel de control. Lilly forzó una sonrisa.

“No saben. Si sobreviven el viaje, llegarán a Horizonte. Pero no sé a qué lugar de Horizonte”.

“Genial”, murmuró Kara.

“Les deseo buen viaje y la mejor de las suertes”. Ella se inclinó y presionó su dedo sobre un panel en la pared exterior. Con un ruido estridente las puertas traquetearon y se deslizaron lentamente, cerrándose tras la puerta de metal. David apretó su mano. Ella vio sus ojos azules y le devolvió el apretón. David estaba tan aterrado como ella.

El ascensor arrancó. Sintió una presión jalándola en todas direcciones. La tracción aumentó, y sintió como si su cuerpo se rompiera. Se sujetó de David desesperadamente. ¿En qué se habían metido ahora? El cuerpo de David se estremeció, y sintió que el de ella se movía. Kara gritó, sorprendida. El cuerpo de David desapareció repentinamente, reapareció un segundo más tarde, pero era transparente. Podía ver la pared de metal a través de él, como si estuviera mirando a través de una ola de calor. Miró hacia abajo. Su cuerpo y sus piernas eran una niebla blanca. ¿Era este el final? La invadió una ola de dolor. Kara soltó un grito. Se agitaba incontrolablemente, como si estuviera en una licuadora. Ella sabía que su cuerpo se estaba rompiendo. Iban a morir.

Ella miró el cuerpo de David. Tenía que esforzarse para verlo. Estaba casi totalmente invisible. Podía leer dolor en su rostro. De repente, minúsculos trozos de su cuerpo comenzaron a desprenderse. Se estaba derrumbando. Llena de pánico, Kara presionó su cuerpo contra el suyo, esperando mantenerlo unido. Sus brazos estaban cayendo a pedazos. Kara se sacudió. No lo dejaría morir.

Kara utilizó el único poder que le quedaba. Dejó que toda su ira se encendiera dentro de ella. Sintió cómo la energía elemental respondía al llamado. La atrajo hacia adelante y se posesionó de ella. Su visión explotó en tonos dorados. Una luz dorada bailaba en la punta de sus dedos.

Presionó suavemente contra los hombros de David y gruesos rayos dorados hicieron espirales a su alrededor. Pronto sus cuerpos irradiaron un color dorado brillante. Finalmente pudo ver la cara de David más claramente. Estaba asustado, pero logró esbozar una sonrisa. Kara pensó que se veía hermoso con su relieve de oro. Su plan parecía estar funcionando. Sus cuerpos estaban intactos.

Hubo un repentino y ruidoso crujido. Kara y David fueron lanzados al suelo. Se había roto el vínculo con la energía elemental. Kara percibió que el ascensor había dejado de moverse y se empujó sobre sus brazos mientras las puertas se abrían. Aullidos estremecedores estallaron alrededor de ellos. Ráfagas de rojo y blanco iluminaban el cielo. El olor a humo entró en el ascensor.

Kara parpadeó, sumida dentro de una pesada neblina gris. El vasto desierto de Operaciones estaba en llamas. Las tiendas estaban en llamas. Los sonidos de la batalla se escuchaban por todas partes, la guerra había comenzado. Llegaron demasiado tarde.

Capítulo 13

Una Guerra de Ángeles

“¡Kara! ¡Vámonos!”

Pero el cuerpo de Kara no se movió. Se quedó congelada en su lugar, mirando hacia la masacre. El usualmente cielo azul de Operaciones estaba cubierto en una nube de humo gris y oscuro. Brasas encendidas caían del cielo cubriendo el desierto en un manto de llamas parpadeantes. Por donde quiera que veía los ángeles estaban siendo despedazados, sus cuerpos evaporándose en explosiones de cristales brillantes. Un estruendoso trueno resonó alrededor de ellos. Un rayo negro cayó del cielo carbonizando a varios ángeles. Sus cuerpos explotaron y fueron absorbidos por la tormenta de arena ardiente.

“Kara”. David sacó a Kara del ascensor por la fuerza. Ella salió de golpe de su trance y caminó tropezándose. Una explosión ensordecedora estremeció la tierra. Kara sintió un dolor agudo en su lado. Cayó de rodillas y se dio la vuelta. Una montaña de trozos de hormigón era todo lo que quedaba del elevador monumental. Fuego y humo se levantaba de su caparazón roto.

David jaló a Kara para ponerla de pie y la arrastró con él. Salió corriendo. Fuertes vientos le abofeteaban el rostro. Una ráfaga de arena le arañó los ojos. Ella los apretó, tratando de ver a través de la tormenta de arena que se aproximaba. Su pie se enredó en algo, y casi se cae. Recuperó su equilibrio y vio hacia abajo, para ver en qué se había tropezado. El pelaje de un chimpancé muerto que había sido cubierto con una manta de arena ondulaba en los fuertes vientos. Ella reconoció su rostro... el chimpancé 5M 51. Quería gritar.

Después de un momento, sintió la presencia de David a su lado. Su rostro reflejaba horror. Ella siguió su mirada. Lejos, en la distancia, pilas de madera y metal brotaban del desierto como los huesos fracturados de una herida en el abdomen. Los restos de los ascensores y sus operadores se esparcían a través de millas. Algunos estaban en llamas, mientras que otros habían sido reducidos a silenciosos montículos de escombros. Ella entendía ahora por qué no podían acceder a Horizonte como lo hacían antes. Los demonios habían destruido los ascensores y matado a los operadores. Logró vislumbrar algunos primates negros y marrones aterrados, escondiéndose detrás de unas rocas. Oro para que los demonios no les encontraran.

Una risa distante llamó la atención de Kara. Miró hacia arriba en el cielo obscurecido. Enormes alas cortaban a través de las nubes de humo y bañan los cielos por encima de ella. Una criatura de dos piernas con una larga serpiente-como cuerpo y cabeza reptil avanzaba fácilmente a través de las nubes. Una cola larga, puntiaguda y afilada ondulaba detrás de él. Su cuerpo estaba cubierto de llamas amarillas y rojas, y de alguna manera Kara podía ver a través de él. El demonio descendió hacia el campo de batalla. Se deslizó a través de las nubes de humo, dirigiéndose en picada hacia un grupo de guardianes. Había alguien montando al demonio. Su risa malvada le causó un escalofrío que erizó toda su espina dorsal. Ella lo reconoció al instante. Era Asmodeus. Estaba sentado sobre la bestia, su traje rojo sangre ondeaba en el viento. Sus brazos

estaban levantados en el aire. Electricidad negra emergía de sus manos, golpeando a los ángeles. Kara sabía que no tenían ninguna oportunidad. Era despiadado. Con un sonido agudo, sus cuerpos explotaron en una mancha de polvo blanco.

Asmodeus se ahogaba en carcajadas. Lo vio subir sus brazos otra vez. Electricidad negra chorreó de sus manos y golpeó el suelo. Un temblor rodó bajo pies de Kara. La tierra se sacudió y el desierto se dividió en una grieta que se extendía más allá de las colinas rojas.

Kara no podía ver el fondo, y vio con horror como cientos de ángeles caían gritando hacia el abismo.

David corrió jalando a Kara y sujetando firmemente su mano, blandiendo su espada de alma frente a él.

Una sombra cubrió el suelo... las águilas. Los guardianes del Tártaro volaban a través del cielo ennegrecido como misiles. Atacaron a una horda de demonios desbaratándolos fácilmente con sus afiladas garras. Los demonios gemían mientras las águilas les arrancaban las entrañas y aplastaban sus cráneos con sus pies.

Un demonio gigantesco con grandes alas como de mosca atacó a las águilas y agarró a una por el cuello con sus grandes fauces. Kara escuchó un chasquido, el águila cayó al suelo sin vida. Más demonios-insectos invadieron los cielos y lanzaron otro ataque. Grandes plumas doradas llovían sobre Kara y David mientras las águilas luchaban contra las nuevas razas de las tinieblas. El cielo hervía con los horripilantes sonidos de carne siendo desgarrada. Kara temía por las águilas.

“Kara, tenemos que movernos. No podemos quedarnos aquí” gritó David tratando de hacerse escuchar entre los silbantes vientos, los lamentos de las águilas y los demonios.

Kara apartó el cabello de sus ojos. “Lo sé... pero ¿a dónde nos vamos?”

“No lo sé, sigamos adelante hasta que encontremos un lugar seguro. Nos van a matar si nos quedamos aquí. Vamos...” la urgió David.

Los pies de Kara se hundieron en la arena roja mientras corría por una colina, detrás de David. Los sonidos de la batalla inundaban sus oídos desde todas las direcciones, instándolos a moverse con rapidez. El horror de todo lo que sucedía apretaba su corazón. Había fallado en advertirle a la Legión antes del ataque. ¿Qué pasaría con ellos? Una flota de guardianes apareció ante ellos, a unos cien pies de distancia. Formaban una línea recta por encima de la colina. Cuarenta robustos hombres y mujeres, todos vestidos con armaduras, esperaban para la batalla. Sus largas espadas y dagas de plata colgaban en sus costados. Kara vio arcos atados a algunos de los hombros de las mujeres. Algunos también llevaban brillantes orbes rojos y blancos en sus manos, Kara los reconoció inmediatamente. Piedras de fuego y piedras lunares. No parecían tener miedo, todos estos eran verdaderos guerreros, pensó Kara. Eran guerreros milenarios, experimentados y listos para pelear hasta la muerte.

Un movimiento capturó la atención de Kara. Ella volteó.

Diez demonios mayores caminaban casualmente sobre la arena roja, sus rostros idénticos no tenían expresión. Salía humo negro en espirales de sus espadas de muerte, flotando alrededor de sus brazos. Kara encontró extraño que sus trajes grises estuvieran tan limpios, teniendo en cuenta la suciedad y el humo que había por todas partes. Sus ropas no mostraban indicios de lucha.

Los demonios alcanzaron la parte inferior de la colina. Kara oyó a alguien dar una orden, y la línea de los ángeles se rompió por la mitad. Vio como los guardianes salían corriendo, a enfrentar a los demonios. Un guardián joven como de su edad corría con su espada extendida ante ella, su

cabello rojo y largo ondulaba detrás de su espalda al correr. Se lanzó contra el demonio más cercano, con su brazo en alto saltó en el aire y giró su espada en una larga curva, dirigida a su cuello. Kara estaba segura de que lo tenía. La imagen se desenfocó por un momento, y la joven gritó. Kara pudo ver su espada aterrizar en la arena, la espada del demonio mayor estaba incrustada en su abdomen. Con un flash, el demonio forzó la espada hacia abajo, como estuviera rebanando pan, y la separó con sus manos. Su cuerpo cayó al piso, dividido en dos. Kara observó horrorizada mientras el demonio se agachaba e ingería el alma del ángel, estremeciéndose de placer.

La muerte de su compañero soldado no inmutó al resto del grupo. Atacaron duramente, y con todo lo que tenían. Gritos y sonidos de choque de metal se levantaron a su alrededor, una espada de alma perforó la espalda de un demonio mayor desprevenido. Él clamó y trató de alcanzar detrás de su espalda para liberarse del dolor. Con su atención interrumpida momentáneamente, otro ángel lo atravesó con su espada, seguido de otro y luego otro. Finalmente, el demonio mayor cayó de rodillas. Sonrió, tomó su propia espada y se cortó el cuello. El cuerpo se encendió en llamas negras y se desintegró en un montón de polvo que se llevó el viento. Kara nunca había visto morir a un demonio mayor antes, se sentía satisfecha y asqueada al mismo tiempo. Pero fue el único. Los restantes nueve habían matado a los guardianes. Sus cuerpos estaban dispersos en el suelo, sin alma y vacíos.

Kara oyó otro grito de guerra. El último de los ángeles atacó. Kara se estremeció al ver qué fácilmente perdían la vida, los ángeles se defendían con todo lo que tenían, pero no eran rival para los demonios mayores. Tenía que hacer algo. Ella sintió que se inclinaba hacia adelante...

“¿Qué crees que estás haciendo?” David jaló a Kara hacia él. “No puedes hacer nada por ellos ahora. Es demasiado tarde. ¡Tenemos que salir de aquí!”

Kara movió la cabeza y trató de librarse del puño de hierro de David. “¡Tengo que hacer algo! Esto es mi culpa. ¡Tengo que salvarlos! No puedo quedarme aquí y mirar cómo mueren. ¡Déjame ir!”

“No, sería como suicidarse. ¡No te dejaré!”

La ira de Kara estalló dentro de ella. “¡Suéltame, David!” dijo, logrando soltarse. “¡Tenemos que hacer algo!”

Antes de que David se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Kara lo empujó y tomó su espada de alma. Huyó antes de que pudiera detenerla. Lo oyó gritar su nombre varias veces, pero luego su voz se perdió entre los sonidos de la batalla. Dejó correr su furia, recordando todas las muertes de los inocentes mortales y ángeles. *Ven*, instó Kara. Ella sentía el cosquilleo de la energía corriendo a través de ella. Sintió que cobraba vida extendiéndose hasta sus extremidades y la punta de sus dedos, envolviéndola como una manta caliente. Kara le dio la bienvenida. Sentía la energía elemental salvaje alimentándose a sí misma en su odio por lo que los demonios le habían hecho a Horizonte y en su odio hacia lo que Asmodeus le había hecho a ella.

Un demonio cercano a ella le cortó la cabeza a un guardián y rio, pateándola como a un balón. Kara se abalanzó sobre el demonio, su espada de alma lista y su energía dorada elemental bailando en la punta de sus dedos. Alargó la mano...

Sintió un piquete en su espalda, el dolor fue inmediato y abrumador. Ella gritó y cayó al suelo sobre sus rodillas.

Un eco de risas la rodeó.

Extendió su mano hacia la espalda y sintió tres mangos. Al instante supo que eran espadas de muerte. Su mano le quemó al tomar el mango de una de ellas y tiró, sacó la espada y buscó otra...

Algo le golpeó en el rostro. Kara cayó de bruces sobre la arena, podía sentir el veneno de las espadas propagándose a través de ella, corroyendo su núcleo como un ácido. Vapores negros emanaban de alrededor de su cuerpo. Tenía que sacarlas pronto o moriría.

“Bueno, bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí?”

Kara parpadeó entre una ráfaga viento y arena. Un demonio mayor estaba parado encima de ella. Su blanca piel arrugada en una sonrisa diabólica, sus ojos negros sin fondo se burlaban de ella.

“Pensé que podrías usar ese poder tuyo, ¿no puedes?” El demonio mayor se rio, y Kara maldijo su propia estupidez.

“Creo que es hora de poner fin a la famosa Kara Nightingale. Mi señor ha tenido suficiente con tus... interrupciones. No puedes escapar de tu muerte verdadera, querida. Tus poderes especiales no podrán salvarte ahora”.

El demonio blandió otra espada de muerte. Lamió la hoja y sonrió. En un instante, arrojó la cuchilla hacia el rostro de Kara...

Un reflejo plateado golpeó la espada de muerte en el aire y la desvió hacia un lado. Hubo otro destello de plata y una serie de ruidos agudos. Oyó un grito, y vio una espada de plata perforar la parte posterior de la cabeza del demonio y salir por la cuenca de su ojo.

Una figura vestida de negro sobrevoló a Kara y aterrizó frente al aullador demonio. Con un golpe, la figura decapitó al demonio. Kara vio como la cabeza golpeaba el suelo con un golpe, el cuerpo del demonio ardió envuelto en llamas negras igual que los otros, y se disolvió en una nube de polvo negro.

Kara sintió presión en su espalda y luego alivio, supo al instante que las espadas habían sido retiradas. Se volvió.

La figura detrás de ella tenía complexión media y vestida el uniforme de un agente de campo DCD con pantalón negro y camiseta. A Kara le parecía que era una mujer. Había espadas de alma aseguradas en vainas de cuero atadas alrededor de sus muslos y tobillos y su largo cabello negro estaba sujetado en una trenza.

El guardián dio la vuelta y se arrodilló frente a Kara. Le habló con preocupación y urgencia. “Kara. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en el octavo plano, sana y salva”.

Kara no podía hablar.

Se reflejaba en unos dulces ojos marrones iguales a los suyos. Incluso arrugada con la preocupación, la cara era suave y extraordinariamente hermosa. Sus labios, naturalmente rojos, estaban fruncidos en una línea apretada.

Finalmente, Kara encontró su voz. “¿Mamá?”

Capítulo 14

En Movimiento

“¡Mamá!” gritó Kara poniéndose de pie y colocando sus brazos alrededor de su madre. Ella la abrazó de vuelta, pero la soltó suavemente a los pocos segundos. “Kara, ¿cómo conseguiste atravesar? Los demonios destruyeron los ascensores, las conexiones están perdidas, es imposible viajar de o para el mundo mortal. ¿Cómo es que estás aquí?”

La madre de Kara miró sobre su hombro nerviosamente, no podrían quedarse ahí por mucho tiempo.

“Tomamos un ascensor desde el octavo plano”. Por la expresión desconcertada de su madre, Kara sabía que tenía que explicar un poco más. “Era un viejo ascensor, uno muy antiguo, construido hace miles de años. Y Lilly nos dejó usarlo para llegar aquí”.

Su madre meneó la cabeza. “Pero sus cuerpos habrían sido desgarrados, ¡es imposible...!”

“Era un riesgo, lo sabíamos, pero estábamos decididos a advertirle a la Legión. Descubrimos lo que estaba planeando Asmodeus... parte de lo que pasa es *mi* culpa. Tenía que avisar”.

“Pero cómo, Kara ¿Cómo es que eres responsable de esto?”

Kara miró sus botas. “Yo no soy como tú y los demás, mamá. Yo soy diferente. Y usé esa parte que es diferente. Ella levantó la vista y encontró la mirada de su madre. “Utilicé mi parte *elemental* para mantenernos juntos en el ascensor y funcionó”.

“¿Quién es nosotros? ¿Quién está contigo?” La madre de Kara miró sobre su hombro otra vez.

Kara suspiró. “Mi amigo David estaba conmigo cuando aterrizamos en el octavo plano. Llegamos juntos”.

“Eso fue imprudente, Kara” dijo su madre, endureciendo su voz. “Podrías haber muerto... y David también”.

Kara se vio los dedos. “Yo sé, pero no lo hicimos. Pensamos que teníamos tiempo suficiente para llegar a Horizonte antes de los ataques comenzaran... pero creo que nos equivocamos”.

“Está bien, mi querida niña” dijo su madre suavemente. “Hiciste lo que hiciste porque sentías que era lo correcto. Fue una locura, pero entiendo por qué lo hiciste. Yo probablemente hubiera hecho lo mismo”.

Kara observó el rostro de su madre. Sentía muchas emociones a la vez. El ama de su madre había sobrevivido, estaba sana y salva, de pie, delante de ella como un ángel guardián. Las preguntas llenaban su mente. Quería saber sobre la vida de su madre como un guardián, cómo se sentía. Pero sobre todo, quería saber cómo su madre podía haberse enamorado de Asmodeus.

“Mamá, ¿cómo pudiste caer...?”

“¡Kara!”. David se abalanzó sobre ellas. “¿Estás loca? ¿Qué pasa contigo?” Preguntó empujándose a sí mismo entre las dos. Su voz estaba llena de furia, pero sus ojos eran suaves, reflejando preocupación. “¡Podrías haber muerto!” Su cara estaba a centímetros de Kara. Su madre levantó las cejas y miró a Kara con la sombra de una sonrisa en los labios.

Kara dio un paso atrás y levantó sus brazos. Girando, le dijo a David: “Bueno, como podrás ver sigo en una pieza. Gracias a Danielle, mi madre”.

“¿Tu madre?” David miraba boquiabierto a la madre de Kara. Sus ojos se movían hacia arriba y hacia abajo, inspeccionando cada centímetro de su cuerpo. Por último, David levantó una ceja. “Nunca me dijiste que era tan atractiva... ¡Ay!”

La madre de Kara los tomó a ambos por los codos y los volvió hacia ella.

“Escúchenme un momento, ustedes dos. No podemos quedarnos aquí, estaremos perdidos si nos quedamos en Operaciones”. Miró sobre su hombro y habló con más urgencia. “Miguel y Gabriel han movido lo que queda de la Legión al nivel tres, la División de Milagros. Los demonios no han sido capaces de pasar a través de la montaña... por el momento. Pero no durará mucho. Por el momento, es la sede. Las misiones están siendo desplegadas desde allí, voy a explicar más detalladamente las cosas una vez que estemos a salvo”.

Danielle les entregó espadas de alma a ambos. “Tomen estas y vámonos, chicos”.

Kara vio a su madre saltar sobre los restos llameantes y corrió para alcanzarla.

Para una mujer de cuarenta y tantos, se movía más rápido que Kara y David. Eso demuestra que la mortalidad no tiene ningún efecto en el horizonte, pensó Kara para sus adentros. La edad no tenía ningún significado aquí. El trío corrió lado a lado, arriba y abajo de las colinas arenosas. El cielo se había vuelto más oscuro, nubes negras corrían a través del cielo gris restante, absorbiendo la luz. Pronto todo se ahogaría en la oscuridad. Kara se preguntaba si su madre sabía a dónde los llevaba. Por lo que Kara podía ver entre la arena y las cenizas, no había más que colinas delante de ellos, hasta perderse en la distancia.

Un ensordecedor aullido los envolvió. Danielle levantó su mano y les señaló que se agacharan, pegándose al piso. Kara se arrodilló junto a su madre y David se colocó a su derecha. Kara intentó visualizar hacia el desierto. Un tornado de arena y cenizas volaba a través de las dunas, no podía ver nada más allá de la tormenta.

Una sombra se movió cerca de cincuenta metros delante de ellos. Kara esforzó sus ojos para poder ver. La cosa era enorme y estaba pegada a la tierra, la criatura estaba agachada e inclinaba su cabeza, como si estuviera percibiendo un olor en el aire. Sus cuatro patas cargaban un cuerpo cubierto de púas afiladas desde la cabeza hasta la cola. Hizo caso omiso al grupo de tres mientras escudriñaba el aire. De pronto, la criatura gruñó. Bajito al principio, y luego aulló con fuerza y atacó. Kara levantó la cabeza y vio que el demonio estaba a punto de atacarles. Había un ascensor sobre un montículo de arena con las puertas abiertas, el operador estaba encogido en una esquina, cubriendo su cabeza con sus manos. Kara podía verlo temblando de miedo, el demonio galopaba hacia él, raspando el suelo al correr.

De repente, un haz de luz blanca atravesó el espacio y golpeó al demonio en el pecho. La criatura fue lanzada a cien metros de distancia. Aterrizó con un fuerte golpe en el suelo y patinó hasta detenerse, su cuerpo cubierto de arena roja. Después de un segundo, la criatura luchó para ponerse de pie. Su cuerpo chisporroteaba y tronaba en pequeñas explosiones. Kara vio caer un trozo de carne chamuscada al suelo. El viento transportó el olor a carne quemada y la criatura se arrastró hacia el ascensor, abriendo sus grandes fauces en un ensordecedor y furibundo rugido.

Otro rayo de luz golpeó al demonio. La criatura fue izada en el aire y se sostuvo por un momento. Un grito escapó del hocico de la criatura mientras caía al suelo sin fuerza, no se movió. “¡Toma, bestia!” Un oráculo rodó a la vista. Su cristal gigante ardía con llamas blancas,

iluminando tanto al oráculo como a la arena acumulada a su alrededor en un círculo de luz brillante. Él estaba parado en su bola de cristal, con las manos en las caderas. En una actitud victoriosa, levantó su puño. “¡Y hay mucho más de donde vino eso!”

“Vamos”. Danielle llevó a Kara y a David hacia el ascensor. El oráculo los vio y rodó su bola de cristal con sus pies para reunirse con ellos, se veía aliviado al verlos.

“Gracias, oráculo”, dijo Danielle. Ella inclinó levemente la cabeza, su trenza larga se soltó de su espalda y se columpió a un lado de su cara. “No te imaginas cuánto has ayudado. Sin este ascensor, no alcanzaríamos los otros niveles. Creo que este es uno de los pocos que aun funcionan”.

El oráculo parecía complacido con el halago. “Los oráculos podemos ser antiguos, pero todavía tenemos el espíritu guerrero en cada uno de nosotros. No dejaremos que nuestro mundo sea infectado por los sucios demonios” concluyó, enrollando su barba alrededor de sus dedos nerviosamente.

“Kara...David... rápido”. Danielle lanzó una mirada rápida por el desierto antes de saltar dentro del ascensor. “No hay mucho tiempo, tenemos que irnos. ¡Ahora!”

Kara agradeció al oráculo y siguió a su madre dentro del ascensor. Se inclinó contra los paneles de madera pulidos, su mente llena de pensamientos. Un olor a humedad flotaba en el aire, justo como ella lo recordaba.

David presionó su espalda contra la parte trasera, al lado de Kara y sus miradas se cruzaron. David le dirigió una sonrisa tranquilizadora, pero Kara no se la devolvió.

“Nivel Tres, por favor, División de Milagros y apresúrate” pidió Danielle.

Kara escuchó un quejido y miró hacia abajo. El operador del ascensor estaba acurrucado en una apretada bola cerca de la esquina inferior derecha del panel de control. Su pelaje negro brillaba, estremeciéndose. Ella lo observó, sus ojos marrones estaban bien abiertos y húmedos. Kara había escuchado un tintineo, y comprendió que provenía del choque entre sus dientes. La pobre criatura estaba aterrorizada, le recordaba al chimpancé 5M 51, sólo que ligeramente más pequeño. Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo, se arrodilló a su lado, extendió la mano y le acarició suavemente el brazo. “Estás a salvo, vas a estar bien. ¿Cuál es tu nombre?”

Sintió lástima por el chimpancé. Ninguna criatura merecía esto, especialmente los primates. No eran combatientes entrenados, este era un territorio desconocido para ellos. “Necesitamos que seas fuerte ahora. Tenemos que llegar al nivel tres, ¿puedes hacer eso por nosotros?” Sabía que podía simplemente presionar el botón ella misma, pero ayudar a esta pobre criatura le hacía sentir mejor, aunque fuera brevemente.

El chimpancé parpadeó, viendo a Kara. Permaneció inmóvil por un momento y entonces habló. “Ch... chimpancé 2M 24”. Lentamente, el chimpancé se puso de pie. Le llegaba a Kara a la cintura. Aunque aún estaba temblando, se veía más en control. Levantó un dedo tembloroso y presionó el botón del número tres en el panel de control.

“Nivel Tres. División de Milagros” dijo el chimpancé. Las puertas se deslizaron, cerrándose y el chimpancé 2M 24 se desplomó contra la pared, aliviado.

Con una sacudida, el ascensor inició su viaje. Kara sintió presión sobre su cabeza y los hombros mientras se elevaban a un nivel superior. Se preguntó qué encontrarían cuando las puertas se abrieran. ¿Estarían en el corazón de otra batalla? De pronto hubo un tirón violento repentino, y Kara y los demás fueron lanzados contra la pared opuesta. Kara extendió la mano y se aferró a

David. Ella temía que no lograran llegar al siguiente nivel. Sorprendentemente, las puertas se abrieron, y Kara miró fijamente hacia el hermoso valle verde y exuberante. Danielle fue la primera, seguida por David. Kara estaba parada junto a la puerta mirando al chimpancé. Aún temblaba, pero parecía más tranquilo. Kara le agradeció y saltó.

“Démonos prisa, no sabemos lo que se esconde en la selva”. Danielle sacó una espada que brilló bajo el sol reflejando rayos dorados sobre su rostro. “Muchos han muerto protegiendo a la montaña, nosotros no podemos permanecer aquí. Vamos”.

Kara y David intercambiaron una mirada y fueron tras ella.

La División de Milagros estaba tan hermosa como Kara la recordaba. Miró hacia arriba, hacia el cielo escarlata y naranja que servía de fondo al frondoso bosque. Una ligera brisa acarreaba el olor de pinos y tierra húmeda. Algo llamó su atención. Un guardián estaba inclinado contra un árbol grande, su cuerpo oculto entre las sombras. Inclino la cabeza, como a forma de saludo, cuando pasaron cerca. Kara notó a muchos otros, bien ocultos en la espesura del bosque. Llevaban mantos verdes, y Kara pensó que parecían duendes del bosque.

Kara siguió a los otros por un camino de tierra. Pronto el bosque aclaró, y pudo ver a través de un valle hacia una montaña que se perdía entre las nubes. Corriendo, llegaron a la base de la montaña en pocos minutos. Marcas negras de quemaduras manchaban los muros de piedra de los edificios que se alineaban junto a la entrada principal. El humo se elevaba arriba en espirales alrededor de la parte delantera. Un nutrido grupo de oráculos y ángeles de la guarda derramaba agua en pequeños incendios alrededor de la base de los edificios.

Danielle los llevó a través de una jungla de pasarelas retorcidas hasta una gran puerta de madera. La empujó y entraron. Estaban parados en el umbral de una gran cámara, la luz del sol se derramaba a través de aberturas cuadradas en la parte superior. Kara reconoció instantáneamente una de las muchas cámaras curativas. Una docena de ángeles de la guarda en batas de laboratorio azul trabajaban febrilmente mezclando y midiendo elementos en envases de vidrio. Hubo un repentino grito de alarma. Uno de los guardianes pasó junto a Kara sosteniendo una botella de cristal de líquido anaranjado y salió corriendo por la puerta. Se parecía mucho a la sustancia pegajosa naranja de Curación-Exprés.

Dos hombres excepcionalmente grandes estaban sentados en una mesa de madera en el otro extremo de la cámara. Sus cabezas estaban dobladas, sumidos en una conversación y un bulto, envuelto en un paño de oro brillante, estaba colocado sobre la mesa. Ellos hicieron hacia atrás sus sillas y se pararon cuando entró en el grupo. Kara los reconoció inmediatamente. El arcángel Miguel le sacaba una cabeza a Gabriel; su sedoso pelo marrón enmarcando su perfectamente esculpido rostro.

Vestía una túnica de plata y oro bien ceñida alrededor de sus hombros musculares. Se veía confundido, claramente se sentía como su madre. Kara y David no deberían estar aquí. Sus ojos color avellana se fijaron sobre ella y evitó su mirada.

Una hermosa mujer de aspecto asiático, vestida en lino blanco y con cabello negro azabache que se derramaba hasta su espalda, se abalanzó sobre ellos con los brazos extendidos.

“¡Kara, David! ¿Qué... *ángeles* hacen aquí?” El arcángel Raphael sujetó a David y a Kara y les apretó firmemente contra ella. Kara estaba segura de que David estaba disfrutándolo, siempre actuaba extrañamente cuando la impresionante Raphael estaba en la misma habitación. Finalmente les soltó. Kara notó una estúpida sonrisa en la cara de David. “No tengo ni idea de cómo lograron

llegar hasta aquí, pero estoy muy feliz de verlos a ambos a salvo... y en una sola pieza”.

“Bueno, tú me conoces, soy indestructible”. David peinó su cabello con los dedos... su intento de coqueteo hizo que a Kara le diera náusea.

Raphael se rio suavemente. “Sí, pero siempre estás metiéndote en problemas. Bueno, me alegra que ahora estén a salvo, conmigo”.

“Siempre me siento seguro cuando estoy contigo...”. Los ojos azules de David brillaban.

Kara rodó los ojos y deseó que David dejara de avergonzarse a sí mismo. Su madre le sonrió, Kara suspiró y apretó a su madre en un abrazo. Ella besó la parte superior de su cabeza. “Estoy muy feliz de que estés a salvo, estaba muy preocupada”.

Kara enterró su cara en el hombro de su madre. “Te extrañé, mamá”.

Danielle acarició la espalda de su hija. “Yo también te extrañé, Kara. Ojalá hubiera podido estar ahí para ti. Debes haber estado aterrorizada con todas estas cosas sobrenaturales... acerca de quién eres... de cuán especial eres. Después de que Raphael me trajo de vuelta, me dijo todo lo que hiciste por mí... y por la Legión”. Ella empujó a Kara suavemente para verle a los ojos. “Estoy muy orgullosa de ti, mi hermosa hija”.

Kara deseaba poder llorar, pero se conformó con abrazar a su madre. Ella no se había dado cuenta de cuánto la había echado de menos. Kara bajó su cabeza. “Siento no haber creído nunca tus historias acerca de los demonios, mamá. No te imaginas cuánto lo siento”.

Su madre se rio. Kara había olvidado cuánto amaba su risa. “No te preocupes, ¿cómo podrías haberlas creído? No sabía que habías sido elegida, como yo. Si lo hubiera sabido, las cosas hubieran sido diferentes, te lo aseguro. Pero la Legión sólo me devolvía unos pocos recuerdos después de cada misión. No es de extrañar que creyeras que tu madre estaba loca, yo misma pensé que estaba loca. Ojalá pudiera haber estado ahí, cuando las cosas se... complicaron”.

Kara sonrió. Su madre siempre le hacía sentirse mejor. Algo vino a su mente. “Mamá... acerca de mi padre...”

La puerta de la cámara se abrió de golpe, y una mujer se desplomó al piso. Su pelo rojo rizado estaba enredado y cubría la mayor parte de su rostro, su túnica verde estaba rasgada y cubierta de polvo. Luz brillante escapaba de sus muchas heridas. No se movía.

“¡Camael!” Raphael se apresuró a ayudar a la mujer, la abrazó contra su pecho y retiró el cabello de su cara. “¡Camael! ¿Qué ha pasado? ¿Quién te hizo esto?”

El Arcángel luchaba por abrir la boca, sus labios temblaban tratando de formar las palabras.

“Asmodeus... mató a Uriel. Ha conquistado al Alto Consejo”.

Capítulo 15

Infierno

Kara vio impotente como Miguel y Raphael llevaron al arcángel Camael a una de las mesas de madera. Raphael dobló un bulto de ropa apresuradamente y lo utilizó como una almohada. Tomó las manos de Camael y las colocó a su lado, susurrándole suavemente. Sus heridas eran graves, y Kara se preguntaba si sobreviviría.

Observó en silencio como Raphael presionaba sus manos frente a ella y cerraba los ojos como si estuviera en oración, quedándose allí por un momento, sin moverse. Su piel despedía un resplandor blanco suave.

Raphael abrió los ojos de repente. Se habían convertido en esferas blancas brillantes. Observó al arcángel lesionado, con los ojos como pequeños soles. Con las palmas abiertas, colocó sus manos en el pecho de Camael, rayos de luz irradian de sus palmas y envolvieron el cuerpo de Camael en una colcha de luz blanca. Kara vio como el cuerpo de Camael absorbía la luz como una esponja. Después de un momento, las lesiones en el cuerpo de Camael se redujeron de tamaño hasta que la piel se cerró a sí misma. Pronto, hasta la última herida había sido sanada. Raphael ayudó a Camael a sentarse y mantuvo su brazo alrededor de sus hombros. Su rostro aun mostraba rastros de agonía, pero aparte de eso, Kara pensó que se veía bastante bien. Respiró, más tranquila.

“Ella va a estar bien, Raphael es una sanadora increíble”, dijo su madre.

“Asmodeus es un monstruo. No puede salirse con la suya... con todo lo que ha hecho”. La voz de Kara se elevó sin querer, e inmediatamente la bajó cuando vio la expresión grave en el rostro de su madre.

La madre de Kara sonrió débilmente y habló con ella en tono bajito para que sólo ella pudiera oír.

“Acercas de tu padre... me han dicho que sabes quién es”.

Kara observó los grandes ojos marrones de su madre, la tristeza se reflejaba en ellos. “Mamá... cuando lo conociste, ¿no te diste cuenta que era un demonio?”

Su madre movió la cabeza. “No sabía que era un demonio. Si hubiera sabido... nunca me habría casado con él. ¿Cómo podría? Yo estaba en mi cuerpo mortal cuando lo vi la primera vez. Era alto y muy guapo, me dijo que su nombre era Samuel. Me enamoré de él ese mismo día. No me mires así... él era bueno conmigo, Kara... y contigo también. No era esta bestia maldita en la que se ha convertido. Yo creo que no siempre fue malo... el cambió”.

“Y no para bien. Es malo, mamá. El peor tipo de malo que puedas imaginar”.

Su madre se movió incómodamente. “Yo sé. Y es difícil creer que alguna vez sentí algo por alguien tan cruel.

“Y siendo un guardián, ¿no te diste cuenta de que era un demonio? ¿No veías demonios cuando eras una mortal? ¿Por qué no pudiste ver a través de él, mamá?”

“No fue así. Nunca vi demonios cuando estuvimos juntos. Sólo lo vi como un hombre mortal, con carne mortal. Y entonces quedé embarazada de ti, éramos felices. Y luego, cinco años más tarde... murió repentinamente... bueno, murió su traje mortal. No sabía que él había estado planeando esto desde el principio, Kara, créeme. Luego, hace unos meses, estaba en la cocina y me atacaron tres demonios mayores. No recuerdo nada después de eso”.

Kara puso la mano en el hombro de su madre con ternura. “Está bien, mamá. Lo entiendo”.

“Lo último que recuerdo es despertar en Curación-Exprés. Raphael tenía una toalla preparada, y me contó todo. Dijo quién era Asmodeus realmente, y cómo me había utilizado. También me dijo que eras un guardián, pero con un talento especial. Después me explicó sobre tu energía elemental, estaba aterrizada por ti. Este poder elemental es peligroso, estoy muy enojada por lo que te ha hecho a ti”. Danielle abrazó a su hija. “Lo siento, Kara. Si pudiera cambiarlo todo y darte una vida normal... lo haría”.

“Lo sé, mamá. No es su culpa, tú no sabías. Además, me gusta ser guardián. Tiene sus momentos”. Kara se rio suavemente en el hombro de su madre. “Desearía haber podido evitar esto de alguna manera. Detener las matanzas”.

“No te preocupes, la Legión es más fuerte de lo que crees. Sobreviviremos esto”.

Kara esperaba que su madre tuviera razón. Sintió una presencia detrás de ella y volteó a ver a Miguel acercándose a la mesa e inclinándose sobre el arcángel lesionado. Tomó la mano de Camael suavemente. Su hermoso rostro se transformó en algo terrible, casi salvaje. Sus ojos eran salvajes. A Kara se le congeló la sangre en las venas, pero cuando habló, su voz era suave. “Camael. ¿Sabes qué pasó?”

El arcángel Camael fijó la vista en la mesa por un momento antes de contestar. “Pasó tan rápido”. Ella meneó la cabeza. “Nunca nos imaginamos que el Alto Consejo pudiera estar bajo ataque... nunca. No estábamos preparados”. Ella observó sus manos temblorosas y las empuñó. Kara quería acercarse a ella y consolarla, pero ella temía lo que haría Miguel. Tal vez no era lo adecuado, así que nada más dio un paso hacia adelante.

“No te preocupes, Camael. No puedes culparte por lo que pasó” dijo Miguel. Su voz estaba llena de compasión. Apretó su mano sobre la de ella amablemente.

“Las puertas se abrieron de pronto”, continuó Camael, su voz vacilante. “Muchos de ellos, eran muchos de ellos”. Sus ojos se llenaron de terror y su cuerpo se estremeció incontrolablemente. Kara se preguntó si se había vuelto loca con lo que había visto. Nadie la culparía.

Miguel apretó su mano con ternura. “Está bien, ahora estás a salvo. Por favor, Camael... dínos lo que pasó, es muy importante, no tengas miedo”.

Kara y el resto del equipo esperaron pacientemente a que el arcángel recobrara la calma y comenzara su historia una vez más.

“Fuimos tomados por sorpresa. Al principio, hordas de demonios menores arrasaron por la cámara, destruyendo todo. Luego vinieron los demonios mayores”. Camael miró hacia el espacio. “Y entonces... llegó él”.

“Asmodeus”, dijo Miguel.

“Sí”. Camael levantó la cabeza y los ojos de Miguel se encontraron con su mirada. “Empezó a matar a los miembros del Consejo... destrozándolos. Sus gritos... sus gritos”. Cubrió sus orejas con las manos y agitó la cabeza.

“¿Se bebía sus esencias, Miguel! ¡Como una bestia! ¿Cómo pudo haber hecho eso? Absorbía sus fuerzas y correteaba por la cámara, riendo. Uriel intentó detenerlo, realmente lo intentó. Él era el más fuerte de nosotros. Pero Asmodeus sólo se rio de él, se burló de él y él... él lo mató. ¡Mató a Uriel!” Camael gritó su nombre y se desplomó en los brazos de Raphael.

Kara se sentía adormecida. Uriel estaba muerto, Asmodeus lo había matado. Era increíble que alguien tan poderoso pudiera haber desaparecido así. A veces había sido amable con ella. Su alma lloró su pérdida. Camael jaló a Miguel más cerca de ella. “¡Lo torturó, Miguel! Lo torturó, lo sujetaron y lo cortaron en pedazos lentamente. Asmodeus reía y cantaban mientras Uriel gritaba de dolor. Fue horrible, tomó su esencia y después se dirigió a mí. Pensé...pensé que yo sería su próxima víctima”. Cerró sus ojos. “Me lastimó. Quemaba...yo quería que el dolor cesara, deseaba morir. Pero luego se detuvo, dijo que quería que te diera un mensaje”.

“¿Cuál es el mensaje?”

“Que todo acabó, que la Legión ha perdido”. Camael abrió los ojos y se podía ver el terror en su rostro. “Que nos le unamos ahora... o que muramos. Dijo que será un placer luchar contra ti”.

Miguel soltó a Camael. “Si quiere una pelea, entonces tendrá una pelea. Él probará la amargura de la muerte, morirá a manos de una espada de infierno”.

Las túnicas oro y plata de Miguel ondularon cuando cruzó la sala. Él estaba parado frente al paquete envuelto en tela dorada. Kara vio como Gabriel lo observaba sospechosamente, ella se movió en su lugar, nerviosamente. ¿Qué había envuelto en ese pedazo de tela? Y ¿qué era exactamente una espada de infierno? La tensión la estaba volviendo loca.

Después de un momento, Miguel extendió la mano y retiró la tela. A Kara le faltó la respiración. Llamas se elevaron desde el lugar donde yacía el elemento y por un momento, la mesa emanó un suave color dorado. Kara cruzó la sala, podía ver llamas amarillas reflejadas en los ojos de Miguel. Miró hacia abajo. Una daga de oro descansaba sobre un pedazo de tela. Las llamas bailaban y giraban alrededor del mango y sobre la daga. Brillaba con intensidad, era una daga hecha de fuego.

Miguel levantó la daga en el aire. Llamas de oro envolvían su mano y se derramaban hacia sus brazos. Su brazo entero estaba envuelto en fuego dorado. Con una expresión determinante en su rostro, se veía más alto y más temible. Kara se preguntaba si eso era un efecto de la daga. Era aterrador, se dio cuenta que le despertaba más temor que cualquier otro demonio. Kara sintió como daba un paso atrás. Si alguien podía derrotar a Asmodeus, ella estaba segura de que sería Miguel.

Miguel bajó los brazos y examinó más de cerca la daga. “Un arma construida por los creadores de las llamas de los cielos, para sólo un propósito... para traer la verdadera muerte de un arcángel. La espada que mata a los arcángeles eliminará al demonio Asmodeus”.

Kara vio las llamas abrasar las manos y los brazos de Miguel. Ahora no le sorprendía que Gabriel hubiera visto la daga con una mirada sospechosa, sabía que podría matarlo.

“¡Espera!” Camael lanzó sus brazos en el aire. “No sabes lo que ha hecho. Tu no entiendes el poder que tiene él ahora...”

“Ningún arcángel puede sobrevivir el golpe de una daga de infierno. Morirá”.

Camael movió la cabeza. “No creo... no entiendes. Ya no es sólo un demonio. Ha cambiado”.

Raphael intercambió una mirada de preocupación con Miguel, pero él la ignoró. Ella retiró un largo mechón de cabello de la cara de Camael. “¿Qué quieres decir, Camael? ¿De qué manera ha

cambiado?”

A Camael le costaba formular lo que estaba a punto de decir. “Él ha *ingerido* las almas de los arcángeles, su energía fluye dentro de él. Su fuerza... ahora es *su* fuerza. No será derrotado fácilmente”.

“Sin embargo, él *será* derrotado”. Los ojos de Miguel ardían con odio.

“Ha estado planeando esto por mucho tiempo, siempre ha querido controlar Horizonte...”

“¿Siempre lo ha deseado?” Antes de que ella misma pudiera morderse la lengua para no hablar, Kara interrumpió de manera abrupta. Todos los ojos estaban sobre ella, y quería desaparecer.

Camael giró y miró a Kara por un momento, su voz era calmada. “Sí. Incluso cuando era un arcángel pude ver su ansia de poder, y me preocupó. Su alma se corrompió lentamente. Su encanto y su habilidad natural para liderar le crearon admiradores. Tanto ángeles como arcángeles le escuchaban y lo adoraban. Era demasiado fácil para él, y aumentó su hambre de poder. El planeó un golpe con un grupo de nuestros ángeles más poderosos y talentosos. Has de saber que casi tuvo éxito, pero al final, no tuvo suficientes aliados y la Legión los venció. Asmodeus y sus seguidores fueron desterrados a las tinieblas.

“No le gustó ser desterrado, Asmodeus era un arcángel orgulloso y el más fuerte entre nosotros. Vi el odio en sus ojos cuando partió. Supe entonces que no sería la última vez que sabríamos de él. Pero nunca imaginé que podría ser así”.

Gabriel golpeó con su puño en la mesa. Kara y otros más saltaron. “¡Pagará muy caro por lo que ha hecho!”

Camael sacudió su cabeza. “No puedo entender cómo pudo consumir las almas de todos los arcángeles... y seguir vivo. Su cuerpo no debería ser capaz de resistir. Nosotros las criaturas no fuimos creadas para soportar tanto poder, debe haber descubierto algo que nosotros ignoramos. No tiene sentido para mí”.

Miguel se dirigió a Gabriel. “Preparen las tropas, salimos en quince minutos. Debemos actuar ahora, mientras todavía quedamos algunos de nosotros para luchar”.

Guardó la daga ardiente en un estuche de cuero envuelto firmemente alrededor de su tobillo. Kara ya no podía ver las llamas. Se enderezó y compartió una mirada con Gabriel. “Sabemos dónde va a estar, es tiempo”.

Gabriel asintió con la cabeza en silencioso acuerdo. Se volvió y se dirigió a los demás. “Guardianes, síganme. Nos vamos a unir con el resto de las tropas en el atrio...no, tu no Kara”.

“¿¿Qué?!” La voz de Kara se elevó antes de que la pudiera controlar. “Soy un guardián, ¡yo también iré!”

“No. Te quedarás con Rafael...”

“¡No me quedaré atrás!” Kara estaba poniéndose molesta. Ella vio la irritación en el rostro de Gabriel, pero no pudo controlarse. Había arriesgado su vida para llegar hasta ahí y luchar junto a sus amigos, esta también era su pelea. No podían quitarle el derecho. “Voy a ir”.

“No”.

“¿Por qué no? ¡Esto es una locura!”

“Porque sabemos que Asmodeus tiene la intención de matarte. Estás a salvo aquí”.

Kara empuñó sus manos. “¡Intenta matarnos a todos! No voy a quedarme aquí, ocultándome como un cobarde”.

“Necesitamos que estés segura, Kara...”

“¡Voy a ir con ustedes! Me usó para matar a todos los mortales y ahora a los ángeles. ¿Y pretendes que me sienta a esperar? No me conoces, no me quedaré atrás”.

Miguel caminó frente a Gabriel, sus ojos fijos en Kara. “¿Te imaginas qué pasaría si te mata e ingiere tu poder? Camael nos dice que él está absorbiendo la esencia de los arcángeles. ¿Qué pasa si está planeando ingerir la tuya? ¿Qué pasaría si tuviera éxito? ¿Sabes la devastación que podría causar con el poder elemental fluyendo a través de él? Se convertiría en una criatura que nadie sería capaz de vencer. Ni una daga del infierno podría hacerle daño, todos pereceríamos”.

Kara se quedó muda. Ella no había pensado en eso. Aunque le doliera escucharlo, ella sabía que Miguel estaba en lo cierto, tendría que quedarse. Kara presionó sus labios en una línea dura. Vio a David mirándola. Le dirigió una sonrisa débil y Kara fijó su mirada en el piso.

Satisfecho, Miguel pasó frente a ella sin decir otra palabra y desapareció detrás de la puerta de la cámara.

Gabriel estaba parado junto a la puerta. “Danielle, David, ustedes vienen con nosotros. Es tiempo de que le hagamos una pequeña visita a mi *hermano* perdido”.

La madre de Kara se dirigió a ella y la abrazó. “No hagas nada estúpido”, le susurró al oído. “Te conozco, Kara. Ten cuidado. Nos vemos pronto, te lo prometo”.

Kara abrazó fuertemente a su madre por un momento y luego la soltó. Forzó una sonrisa. David trató de captar la atención de Kara, pero ella no lo vio. Estaba enojada y avergonzada. No era justo.

Con un peso sobre el pecho, Kara los vio desaparecer por la puerta.

-

Capítulo 16

Hasta Abajo

Kara caminó nerviosamente alrededor de la cámara por lo que le parecía haber sido una hora. Raphael intentó en varias ocasiones que se sentara, pero Kara estaba inquieta. Cada vez que se sentaba, se ponía de pie de nuevo de un salto, imaginando a su madre y a David siendo destrozados por los demonios. Pensó que iba a volverse loca.

Kara se estremeció al imaginarse un Horizonte gris y solemne, con nada más que cenizas oscuras flotando lejos en ráfagas de viento. No, nunca dejaría que eso sucediera.

“Kara, por favor siéntate” abogó Raphael, mientras ella se movía inquieta, cerca de Camael. “Me estas poniendo nerviosa. No sirve de nada que te preocupes, necesitas calmarte”.

“No puedo”, se quejó Kara. “Esto es mi culpa y estoy aquí, sin poder hacer nada. ¿Cómo te sentirías si estuvieras en mí lugar? ¡No es justo!” Kara pateó una silla. Se dio cuenta de lo infantil que eso resultaría para los arcángeles, pero no le importaba. Se sentía bien desahogarse.

Raphael presionó sus manos en sus caderas. “Bueno, no es su culpa. Tienes que dejar de culparte...”

“Si es *mi* culpa. Sin mí, nada de esto habría ocurrido. Asmodeus no habría sido capaz de utilizar el espejo de las almas para atacar el mundo mortal y usarlo como una distracción para atacar a Horizonte. ¿No ves? ¡Todo esto es mi culpa!”

“No eres responsable del plan de un loco. Él es el que lo está haciendo, su deseo de dominar todas las cosas es la causa de toda esta locura. Tú no fuiste su cómplice, Kara. Intentaste detenerlo...”

“Exactamente. Intenté y fallé”. Kara se desplomó en una silla. De repente pensó en Jenny y Peter. “Raphael, ¿sabes si mis amigos Peter y Jenny volvieron sanos y salvos?” Kara miró ansiosamente al arcángel.

Raphael, quien se había ido al otro lado de la habitación para buscar un frasco de líquido púrpura para Camael, regresó y se sentó junto a Kara. “Sé que estaban aún en su misión cuando ocurrió todo este lío. Probablemente están en el octavo plano con el resto de ángeles. Están bien, Kara, estoy segura”.

Kara asintió con la cabeza. Parte de ella se relajó con la certeza de que sus amigos estaban a salvo. Al menos vivirían, si las cosas salían mal. Se preguntó si la daga especial de Miguel sería lo suficientemente fuerte. Sus poderes podrían haber sido de alguna utilidad para ellos, ella podría haber encontrado una manera para ayudarles a no ser atrapados por Asmodeus. Estaba segura de ello. Debería estar con ellos, luchando. Cualquier cosa era mejor que estar sentada ahí, inútilmente, con los inválidos. Esto era imposible. Kara sujetó el apoyabrazos de la silla. Sus dedos se hundieron en la blanda madera. Su madre y David estaban ahí afuera, probablemente siendo asesinados, mientras que ella se sentaba y jugaba a la casita con la curandera gigante. Era un error. Algo estaba mal, tenía que hacer algo.

¡BOOM!

La puerta de la cámara se abrió de golpe. Había un oráculo en su bola de cristal detrás de la puerta. Su suave cabello blanco estaba parado de punta en la parte superior de su cabeza, como si una corriente eléctrica hubiera recorrido su cuerpo. Con ojos azules y mirada enloquecida buscó por la habitación. Bailó nerviosamente en la cima de su pelota, su túnica de plata siguiendo el ritmo alrededor de él. Finalmente, encontró a Kara.

“¡Ah! ¡Ahí estás! ¡Rápido, rápido, Señorita Clara!” Dijo, agitando teatralmente sus brazos en el aire. Kara estaba segura de que resbalaría y caería de su cristal en cualquier momento. “Debemos apresurarnos, debemos apresurarnos”.

Kara se puso de pie y corrió hacia el oráculo. “¿Qué pasa, oráculo? ¿Qué pasó? ¿Mi madre está bien? ¿Es David? El terror invadió su mente. La imagen de la mandíbula abierta de un demonio mayor destrozando el alma de David la ahogaba, sintió frío por dentro. El oráculo jalaba su barba nerviosamente. “Cosas terribles, terribles, Señorita Clara. Tenemos que irnos. Rápidamente, no hay tiempo que perder”.

“Pero, ¿adónde vamos, oráculo?” De alguna manera, Kara ya sabía a dónde iban.

“Al Alto Consejo. Debemos apresurarnos, te necesitan”. El oráculo estaba histérico. Él seguía mirando por encima del hombro como si alguien le estuviera siguiendo. Determinada, Kara dio un paso adelante, pero Raphael la detuvo.

“No, Kara”, dijo Raphael con seriedad. “Oíste lo que dijo Miguel. Si Asmodeus pretende matarte... y él aprovecha tus poderes, todo está perdido. No puedo permitir que te vayas, debes quedarte con nosotros”.

“¡No!” El oráculo sujetó el frente de la bata de Raphael apresuradamente. “Ella debe estar ahí, ¡yo lo he visto! Es cómo se supone que sea, ella es la indicada, la que nos salvará de este mal. Si a la Señorita Clara no se le permite ir...” el oráculo soltó la túnica de Raphael y observó por encima de sus cabezas hacia la nada. “Entonces todo se perderá”, concluyó.

Un escalofrío atravesó a Kara. ¿Qué quería decir el oráculo? Kara estaba confundida. Sabía que los oráculos podían ver hacia el futuro... y éste la había visto en el Alto Consejo. Era una señal, tenía que ir.

“Voy con él”. Kara miró el hermoso rostro de Raphael. “Ya lo escuchaste, se supone que debo estar allí. Es importante, Raphael. Ellos me necesitan”. Ella esperaba que la visión del oráculo fuera suficiente para convencer al arcángel.

La preocupada expresión de Raphael hizo que Kara se pusiera más nerviosa. Ella podía ver que la mujer luchaba con algo internamente. Por fin habló. “Si es como el oráculo lo ha visto, entonces será. No puedo cambiar lo que está predicho por los oráculos. ¡Ve, Kara! Y que las almas te protejan”. Kara saltó a los grandes brazos de la mujer y la abrazó como pudo, aunque no lograban envolver los hombros extra grandes de Raphael. Le besó en la mejilla. “Gracias”.

Sin perder un segundo más, Kara siguió al oráculo por la puerta. Kara corrió al lado de la bola de cristal por un camino de tierra que conducía lejos de la montaña hasta un exuberante valle de colinas verdes y amarillas. El fuerte sonido de las rocas que tronaban bajo la bola de cristal silenciaba el sonido de sus botas. Luchaba para caminar al ritmo del oráculo. Era sorprendentemente rápido, su enorme cristal rodaba por las colinas sin esfuerzo y sin disminuir su velocidad. Pronto habían cruzado el valle y se encontraron en un denso bosque.

Kara vio un ligero movimiento en la esquina de su ojo.

Una enorme criatura se dejó venir hacia ellos desde los árboles. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, le cortó la cara. El dolor explotó en su cabeza y cayó al suelo. Dio la vuelta y miró a su atacante, estaba parado en sus dos patas traseras, eran musculares y terminaban en pezuñas. Tenía los brazos largos y manos gruesas con afiladas garras amarillas. Su piel estaba mojada y cruda, como si sólo carne le cubriera los huesos, sin piel. Líquido negro se derramaba desde sus enormes fauces abiertas, localizadas el centro de su voluminoso pecho. Para horror de Kara, no tenía cabeza.

El demonio saltó en el aire. Kara se puso de pie de un salto cuando la criatura aterrizó a pulgadas ella. El olor de descomposición alcanzó su nariz. Sus grandes garras arremetieron contra ella, Kara saltó hacia atrás. Con la espada de alma en su mano, golpeó a la criatura... y falló. El demonio eludió su ataque fácilmente. Con sus poderosas patas, se movía demasiado rápido. La atacó otra vez, su boca se abría de manera enorme y Kara podía ver cientos de puntiagudos dientes amarillos con carne encajada entre algunos de ellos. Lo evadió y empujó la espada en el abdomen de la criatura y giró su brazo formando un arco. El corte fue profundo. La criatura aulló con cólera y cayó de rodillas, acunando a su herida. Kara caminó hacia la criatura, su espada a su lado, lista para acabar con él. De repente, el gigante cristal del oráculo rodó sobre el demonio. Kara escuchó un grito y luego solo el sonido de huesos triturados convirtiéndose en polvo. Kara observó la masa de huesos y carne, no había forma de determinar qué parte de la criatura estaba viendo.

Miró al oráculo con sorpresa. Su rostro estaba estirado en una línea dura. “Pequeñas bestias inmundas, todas ellas, ¡inmundas, inmundas bestias! Creen que pueden venir aquí y destruir nuestra casa ¡No lo creo!”

“Vaya... sí que les demostraste eso, ¿no es así?” se rio Kara. Miró alrededor de la bola para ver si se había salpicado con los restos del demonio, pero no. Estaba perfectamente limpia, como si nunca lo hubiera aplastado. Kara escuchó el tronido de una ramita. Giró alrededor y vio que diez demonios más, sin cabeza, venían cabalgando a través del bosque. Sus extremidades se agitaban por todos lados mientras corrían hacia ellos. Kara se congeló. Trató de llamar a su energía elemental, pero no había nada más que un dolor sordo en su pecho.

Hubo un estallido repentino y una diminuta puerta redonda se abrió en la bola de cristal. El oráculo saltó y señaló apresuradamente hacia la puerta. “¡Entra! ¡Rápidamente, señorita Clara! No tenemos mucho tiempo. Las bestias están llegando”.

Kara veía boquiabierta el agujero redondo perfectamente cortado en el cristal gigante. Los bordes eran suaves, como si alguien hubiera cortado con un láser. Ella nunca había notado una puerta ahí antes, pero ahora estaba ahí, abierta, como un secreto muy bien escondido.

“¿Quieres que entre ahí?” Kara tocó los bordes con su espada. El oráculo miró nerviosamente hacia la horda de demonios que se aproximaba. “¡No hay tiempo para discutir, Señorita Clara! ¡Hay demasiadas bestias desagradables!”

“¿Cómo se supone que entre? La puerta es demasiado pequeña y yo soy demasiado grande para caber ahí...”. Kara metió la cabeza en el compartimiento de vidrio, se veía exactamente igual que el interior de un recipiente grande de vidrio. Los rayos del sol brillaban a través de la superficie lisa y reflejaban una multitud de colores a lo largo de sus paredes curvas. Pequeños arcoíris brillantes parpadearon en los ojos de Kara. Era hermoso ahí dentro y se preguntó si los oráculos dormirían ahí.

Ella sintió una repentina presión en su espalda y voló hacia el vientre de la bola de cristal. Aterrizó de cabeza primero, sus piernas siguieron, retorcidas torpemente detrás de ella. Una vez que sus pies estuvieron dentro, logró colocarse en una posición sentada. Estaba apretado, como en una lata de sardinas, pero Kara cupo. No era como que tuviera otra opción. Podía ver las sombras de los árboles a su alrededor. Era como mirar a través de una botella gruesa. Las formas estaban distorsionadas, pero todavía las podía ver.

“Sujétate, Clara. Se va a poner movido”.

“Gracias por el aviso”, gritó a Kara desde dentro de estómago de cristal, un poco molesta y sintiéndose de repente un poco claustrofóbica.

La puerta se cerró con un golpe, y desaparecieron los bordes. Kara ya no podía salir. Era como si nunca hubiera existido la puerta. El oráculo trepó de nuevo en la cima de su cristal con su barba columpiando sobre su hombro. Escuchó ronquidos y vio las siluetas de los demonios acercándose, estaban casi sobre ellos.

De repente, Kara fue lanzada contra la pared con una fuerza inimaginable. Pegada contra uno de los lados del cristal, observó. Las imágenes pasaban veloces y borrosas. No sabía qué estaba arriba y qué estaba abajo. Era como un torbellino de imágenes apiladas, cómo daba vueltas sin parar. Le recordaba a una de las atracciones de la feria de la ciudad que solía hacerla vomitar. Era bueno que ahora no pudiera hacerlo, era un espacio demasiado apretado.

Y cuando Kara pensó que las vueltas nunca iban a terminar, el orbe se detuvo repentinamente. Cayó sobre su rostro, con las piernas dobladas torpemente detrás de ella. Con un estallido, la puerta se abrió y la cabeza del oráculo se asomó por el agujero.

“Me disculpo por los baches, señorita Clara. Pero era necesario”. El oráculo miró hacia atrás. “A esas inmundas criaturas les tomará un buen tiempo alcanzarnos” afirmó con orgullo.

“Está bien... de veras”. Kara salió del reducido espacio, cayó al suelo y se frotó la cabeza. “Estoy feliz de estar afuera”.

Ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaban fuera del bosque. Había un ascensor de latón grande parado delante de ellos; el metal brillaba a la luz del sol. Kara parpadeó tratando de proteger sus ojos. Las puertas estaban abiertas y Kara no podía ver ningún operador. Estaba vacío, excepto por un pequeño taburete de madera apoyado contra la pared lateral.

“¿Dónde está el operador?” Kara buscó alrededor. No había primates de ningún tipo, parecía que el ascensor había sido abandonado.

El oráculo se encaramó a su cristal y rodó para realizar una inspección más cercana. “No lo sé. No hay nadie allí, eso es seguro”. Se enderezó. “No importa, trabajará igual”.

Kara recordó la carne en los dientes del demonio. Ella tenía la desagradable sensación de que uno de los demonios sin cabeza se había comido al operador. Esperaba estar equivocada, y que el primate hubiera huido, escondiéndose en el bosque. Ella no culparía a la pobre criatura si se estaba escondiendo, el mundo se había vuelto loco. Sus cuerpos despedazados estaban esparcidos por el suelo del desierto. Ella se estremeció y trató de sacudir esos pensamientos fuera de su cabeza, necesitaban llegar al nivel 6.

Kara caminó al ascensor y dio la vuelta. Frunció el ceño. “¿No vienes?”

El oráculo movió la cabeza tristemente. “No, señorita. Debo permanecer aquí, este es tu viaje, no el mío. Debes ir sola”.

Kara esperaba que el oráculo la acompañara en su camino al Consejo. No sabía qué esperar.

Una persona extra hubiera sido apreciada. “Y entonces... ¿qué se supone que haga cuando llegue al consejo? ¿Qué fue lo que viste, oráculo?” Kara trató de ocultar la decepción en su voz, pero sonó más bien como miedo.

El hombrecito enrollaba su larga barba entre sus dedos. “No puedo decirte, por temor a cambiar el resultado de los acontecimientos. No puedo cambiar lo que tiene que ser, al igual que no puedes cambiar tu destino. Solo puedo decirte que debes ir al nivel 6. El resto depende de ti, querida”.

Kara se estremeció. Ella quería más información del oráculo, odiaba los acertijos.

“Bueno, gracias de todos modos, oráculo. Deséame suerte. Y espero que haya un final feliz en esas visiones tuyas”.

El oráculo sonrió y agitó su mano. “Buena suerte, Clara. Que las almas te protejan”.

“Es Kara... no Clara”, se rio al ver la mirada de sorpresa en la cara del oráculo. Se colocó frente al panel de control y presionó el botón del sexto piso. Escuchó un *ding*, y las puertas deslizaron, cerrándose. Después de unos minutos, hubo otro *ding*, seguido por una sacudida, y las puertas se abrieron para revelar un cielo gris oscuro. Fuertes vientos azotaron el pequeño compartimiento y Kara sintió que el ascensor temblaba, como si un gigante lo halara hacia adelante y hacia atrás, como una pelota. Se sostuvo de los lados y luchó para salir por la puerta.

Los cielos oscuros estaban cargados de nubes negras y se escuchaban truenos por todos lados. No había ningún rastro de las bellas nubes blancas y el cielo azul penetrante del nivel 6. Parecía enfermo, plagado por el Inframundo.

Kara se sujetó fuertemente cuando otra ráfaga de viento sacudió el ascensor. Entrecerró los ojos. ¿Aún habría Cielo-coches o los habrían destrozado todos también? Ella no podía oír el tap-tap-tap de sus motores por encima del ruido de la tormenta y el viento. Tal vez estaban ahí, escondiéndose entre las nubes.

“¡Sam! ¡Sam!” gritó Kara en el viento. “Sam, ¡necesito tu ayuda! Sam... ¿estás ahí?”

La desesperación comenzó a invadirla mientras esperaba al pajarillo. Si no llegaba, ¿cómo atravesaría al otro lado? Ella no podía volar. Incluso los guardias de la prisión estaban ocupados luchando contra los demonios en Operaciones, no podía esperar que la ayudaran ahora. ¿Cómo llegaría a donde estaban los demás? Tal vez ellos habían usado el último de los Cielo-coches. Kara supervisó el cielo oscuro para detectar cualquier señal de movimiento. Su cabello se enredaba sobre su rostro. Nada se movía a excepción del viento, ¿cómo iba a cruzar?

Un leve aleteo llegó a sus oídos. Ella lo escuchó de nuevo, más cerca esta vez.

Kara miró al cielo ennegrecido en busca del sonido. Una pequeña mancha blanca perforó una nube gris. Ella reconoció el cuerpo blanco del Cielo-coche planeando hacia ella, y en un instante se colocó en la puerta. Un gran pájaro blanco con alas negras estaba sentado en la parte delantera de su aparato volador. Llevaba un gorro rojo con los números 2555 bordados en oro. Los bordes de su pico amarillo estaban jalados hacia atrás en una sonrisa.

“¡Sam, a tu servicio, Señorita Kara!” gritó el pájaro, agitó sus alas y saltó sobre el engranaje de metal T. Inclino su sombrero y se inclinó dramáticamente. “¿Te gusta mi nuevo auto? Los guardias de la prisión destruyeron el otro, tuve que usar todas mis propinas para comprar a este nuevo bebé” dijo inflando el pecho orgullosamente.

Sin dudar un instante, Kara subió al Cielo-coche, se bamboleó con su peso, y se aferró fuertemente a los asientos. Ella lo veía exactamente igual que el otro Cielo-coche. “Es hermoso,

Sam. No sabes cuánto me alegra que estés aquí, necesito ir al Consejo de Ministros enseguida. ¿Qué tan rápido puede ir esto?” Ella apretó su cinturón de seguridad. Había montado en los coches voladores antes y recordaba los accidentados viajes.

Sam extendió sus alas. “¡Más rápido que un rayo! Aquí vamos, ¡agárrate!” Sam empujó y puso todo su peso sobre la marcha. El Cielo-coche cobró vida y se alejó.

Kara se clavó en su asiento mientras la velocidad del coche ganaba fuerza. Las figuras pasaban borrosas. Podía ver los edificios flotantes acercarse rápidamente.

Antes de que siquiera se diera cuenta, el Cielo-coche se detuvo y planeó sobre una zona de aterrizaje. Kara desabrochó su cinturón de seguridad y saltó. Estaba parada en una plataforma de metal en la parte más alta del edificio del Consejo.

“Oh, cielos”. Sam se quitó su gorra y la puso sobre su pecho. Sus ojos estaban húmedos.

Kara miró a su alrededor. Había armas rotas por doquier, en pilas de metal, montones de uniformes y trajes estaban esparcidos en el suelo. Un escalofrío recorrió su espalda. Se había derramado mucha sangre aquí. Pensó en su madre y David y un grito escapó de sus labios. ¿Serían algunas de estas ropas suyas?

Sin agradecer a Sam o darle su propina, Kara corrió como loca a través de la plataforma y abrió la puerta de metal en el extremo opuesto. Una bocanada de aire caliente y viciado con un leve olor a putrefacción golpeó sus fosas nasales. Corrió por el pasillo. Pudo ver más montones de ropa arrugados en el suelo y otro gemido escapó de sus labios. Sostuvo con fuerza la espada de alma que su madre le había dado, suprimiendo el temblor en los dedos.

Pronto Kara llegó a las masivas puertas de bronce que conducían a la sala del Consejo. Se dio cuenta que una de las puertas no estaba cerrada totalmente, había suficiente espacio para que ella se escurriera a escondidas. Podía oír un fuerte alboroto mientras se acercaba. Su nerviosismo aumentó. Oyó un grito, sonaba como la voz de su madre.

Kara se escurrió a través de las puertas.

Vio a Asmodeus de pie en el estrado, en el extremo opuesto de la sala redonda, sus manos aferradas alrededor de algo en su pecho. Se estaba riendo. Miguel estaba parado a pocos pasos delante de él con una expresión de incredulidad pegada en la cara.

La cúpula de cristal se había hecho añicos y los fragmentos de vidrio cubrían el suelo como una alfombra de cristal gigante. Una ráfaga de viento sopló polvo al rostro de Kara. La única fuente de luz provenía de las pocas linternas de metal que rodeaban el salón. Se deslizó más cerca. Los ángeles yacían, rotos, en montículos, sus cuerpos retorcidos de forma antinatural. Sus entrañas se derramaban por múltiples heridas mientras los demonios engullían las luces de sus vidas. Gritos de angustia llegaron a sus oídos. Un frío nervioso se deslizó dentro de ella, era la masacre que había temido. Buscó a su madre y a David entre la batalla, pero no había señales de ellos en ningún lugar.

Se escuchó una risa sobre el ruido del viento y los gritos de los ángeles. Kara vio como el demonio mayor sacaba una hoja hecha de fuego de su pecho, riendo. Era el Infierno. Estaba ileso, sin ningún signo de dolor o lesión alguna. El demonio mayor giraba la daga del infierno en sus dedos con una mirada de triunfo en su rostro.

Hubo un destello repentino.

Una mezcla de fuego y un rayo negro surgieron del aire. Kara escuchó un grito. Miguel se desplomó en el suelo, la hoja de infierno sobresalía de su pecho. En un segundo fue consumido

por llamas doradas. Kara escuchó un sonido crepitante, y luego el fuego se apagó. Con un suave *clang*, la hoja cayó al suelo y una nube de partículas brillantes se esparcía dónde había estado el cuerpo. Brillaron bajo la tenue luz y desaparecieron, arrastradas por una ráfaga de viento.

Miguel, el comandante de la Legión, había cesado de existir.

Capítulo 17

Escogiendo

Silencio. Kara se sentía entumecida, su cuerpo rígido. Los bancos pululaban con demonios menores, cientos de demonios se arrastraban a lo largo de las paredes; sus húmedos y retorcidos cuerpos brillaban bajo la suave luz. Golpes y crujidos resonaban en la cámara mientras las bestias luchaban entre sí para lograr un mejor asiento. El aireapestaba a carne y sangre podridas.

Un ángel de gran tamaño estaba sentado en el suelo frente a ella. Lesiones blancas cubrían su piel oscura y rayos de luz emanaban de sus múltiples heridas, pero Kara podía ver que estaba alerta, aferrándose a un banco cercano. Los ojos de Gabriel la reconocieron. Le dolía ver la tensión en su rostro. Por un momento, pensó que estaba tratando de comunicarle algo. Su cara se retorció en un profundo ceño, parecía molesto de verla allí. Se dio cuenta de que estaba aterrizado porque le había desobedecido. Ella sacudió la cabeza, implorando con sus ojos y trató de indicarle con los labios que estaba bien. Su duro ceño la obligó a detenerse. Kara no estaba segura de qué iba a hacer de todas formas, el oráculo simplemente había dicho que debía estar ahí... pero no le había dicho el resto.

Asmodeus aplaudió. Su cabello brillaba bajo la suave luz. “¡Bravo, bravo! Qué actuación, soy inmejorable... ¡tan talentoso! Pero ¡Ay!, ¡qué desperdicio de alma! Podría haberme dado más poder”.

Alzó sus brazos delante de él. Vestía su traje rojo sangre entallado a la perfección sobre su musculoso cuerpo. Miró a Kara, “Ahí estás hija mía. Una vez más llegas justo en el momento crítico para el espectáculo”. Asmodeus tronó sus dedos.

Dos demonios mayores la sujetaron. Ella intentó liberarse, pero eran demasiado fuertes. “¡Quítenme las manos de encima! ¡Suéltenme!”

Con las manos cruzadas detrás de su espalda, Asmodeus se paseó alrededor de la tarima. “¿Te gusta jugar, Kara? Nunca jugamos juntos, tú y yo. Como tu padre, ¿no crees que deberíamos haber jugado algunos juegos?”

“Vete al infierno”.

“Vaya, vaya... esa no es manera de hablarle a tu padre, querida hija. Tendré que lavarte la boca”. El demonio mayor frunció el ceño.

Kara deseaba escupirle en la cara. “Tú no eres mi padre”, giró.

“Ah, pero yo soy. Verás... te he creado; por lo tanto, yo soy tu padre. Y como tu padre, puedo decidir qué hacer contigo, y ahora quiero jugar un juego. Zadkiel... ¡tráelos!”

Kara escuchó una conmoción en el otro extremo de la cámara, detrás de la tarima. El traidor Zadkiel apareció desde las sombras, su cabeza calva brillaba a la luz. Caminó a través de una pared de demonios que rechiflaban y escupían mientras pasaba. Dos personajes luchaban sujetadas entre sus fuertes brazos. El frío ahogó el pecho de Kara. David y su madre estaban a disposición del arcángel y Kara vio como los arrastraba hasta el centro de la cámara por sus

cuellos. Kara soltó un gemido al ver el rostro de su madre. Heridas profundas cubrían sus mejillas y su frente, y una de sus piernas estaba doblada de forma extraña. Luchaba para mantenerse en pie. David parecía estar en mejor forma, sus miradas se cruzaron. Ella lo vio sacudir su cabeza. Kara sintió un rayo de electricidad pasar a través de su cuerpo, esto no podía estar sucediendo.

“¡Suéltalos, monstruo! ¡Te voy a matar...! ¡Juro que te voy a matar si les haces daño!” La ira de Kara estalló dentro de ella. Su energía elemental despertó al instante, como si hubiera encendido un interruptor. La energía vertía a través de ella, más rápido que nunca. Sintió su calidez surgir a través de cada fibra de su cuerpo envolviéndola en una cáscara protectora de fuerza. Tembló de rabia.

Asmodeus levantó una ceja. “¿Monstruo? Me decepcionas, hija. Creí que tú, de entre todas las personas, entenderías por qué he hecho esto. Esa hambre de poder que fluye dentro de ti ahora mismo, es igual a la mía... más o menos. Somos iguales, tú y yo...”

“No soy para nada como tú” escupió Kara. “Yo no mato a gente inocente, no soy un monstruo como tú”. Vio al demonio. Ella sabía que estaba a punto de liberar su poder. Sabía que no sería capaz de controlarlo. Y sin embargo le dio rienda suelta.

“Inocente. Nadie es *inocente* en estos tiempos”. Asmodeus ajustó su corbatín rojo y alisó la parte delantera de su saco. “Toma a tu *amour* por ejemplo. No es tan inocente como crees, querida. Mezclándose con las mujeres mortales... rompiendo las leyes prohibidas. Tal vez deberíamos enseñarle una lección...”

Una corriente eléctrica salió disparada de la mano de Asmodeus, pegándole a David. Él gritó y cayó de rodillas sacudiéndose violentamente y pequeñas chispas negras serpentearon alrededor de su cuerpo.

En ese mismo instante, Kara lanzó su poder. Su cuerpo emitió rayos de oro. Escuchó un grito ahogado y sintió las ráfagas de una explosión a sus lados. Con una fuerza impresionante, dirigió un rayo de energía hacia la tarima. Le dio a Asmodeus, su cuerpo desapareció bajo un capullo de cuerdas de oro. Kara escuchó chisporroteos. Las cuerdas de oro se rompieron y cayeron al suelo como una cuerda enmarañada.

Asmodeus estaba intacto.

Aplaudió otra vez, claramente divertido. “Bravo, hija. Debo aplaudir tu valor” dijo, alzando sus brazos dramáticamente. “Pero como puedes ver, tu poder no puede dañarme, querida. Ahora soy muy poderoso... gracias a las almas de mis compañeros arcángeles. Pero me molesta *mucho* que hayas destruido mi traje favorito” dijo, sacudiéndose la parte delantera de su saco.

Kara sintió disminuir su poder, como una llama moribunda que cuelga al final de la mecha. El oráculo le había dicho que viniera al Consejo, dijo que se suponía que debía estar allí para hacer algo importante. Ella estaba convencida que debía utilizar sus poderes contra el demonio mayor, pero no había funcionado. ¿Qué iba a hacer ahora? Claramente, el demonio era mucho más poderoso que nadie... ni siquiera sus poderes elementales tenían efecto sobre él. El terror se arrastró desde el fondo de su mente. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué había hecho?

Sintió unas manos fuertes sujetándola otra vez.

“No puedes deshacerte de nosotros tan fácilmente, amante de los monos”, aulló el demonio mayor. Le sonrió fríamente y apretó su brazo. “Pronto, todos estarán muertos”.

“Prefiero ser un amante de los monos antes que un asqueroso demonio” dijo Kara, luchando

para liberarse. “¡Suéltame, monstruo!” Lo pateó duro con las piernas, pero el demonio no la soltó. Simplemente se rio de ella, claramente disfrutando su sufrimiento. Otro demonio mayor se apoderó de su otro brazo. Sus rostros idénticos le sonrieron. Pudo ver hambre en sus ojos negros y deseo poder arrancárselos.

“Bueno. Ahora que eso está resuelto, pasemos a cosas mejores... ah, Danielle”. Asmodeus miró a su madre. Su rostro se suavizó y puso sus manos dramáticamente sobre el pecho. “Estás tan hermosa como te recordaba... mmm... no. Incluso más hermosa de lo que recordaba. Tal vez más adelante podríamos reavivar la llama de lo que una vez tuvimos, ¿qué dices, mi querida esposa?”

Danielle levantó los ojos llenos de dolor. “¿Cómo pudiste hacerlo, Samuel? ¿Cómo pudiste hacer esto a nuestra hija!?”

Una sonrisa malvada se esparció por el rostro del demonio mayor. Se enderezó y alisó su cabello. “Zadkiel, deja al chico y tráela a mí. Quiero ver los hermosos ojos de mi esposa”.

Kara vio como el Arcángel arrastraba a su madre a través del suelo hasta la tarima. Zadkiel la tiró en el suelo. Kara gritó y luchó furiosamente contra los demonios mayores pero ellos no la soltaron. Una horrible risa escapó de Asmodeus. Estaba disfrutando el causarle dolor a su madre.

Él se agachó y levantó a su madre por el cuello, sus pies colgaban debajo de ella como una marioneta tirada por cuerdas. Levantó la otra mano y tronó los dedos. Energía negra serpenteaba alrededor de ellos.

“Ahora, querida hija, deberás elegir”. Asmodeus señaló a David. “El joven que tan desesperadamente amas... o tu querida madre”. A Kara se le congeló la sangre, David estaba parado en el centro de la tarima. Él se volvió y miró a Kara sonriendo para tranquilizarla, pero Kara podía ver el miedo en sus ojos. Sus dedos se movían nerviosamente.

Asmodeus disfrutó viendo la angustia en los ojos de su hija. Sonrió y habló de una manera indiferente. “¿Quién vivirá y quién morirá? Tú debes elegir”. Se rio suavemente. “Yo sería un gran presentador, ¿no crees? Ciertamente tengo el carisma”.

Kara vio a David. Ella pudo verlo luchando para ocultar su temor y sufría con su dolor. “Por favor, por favor, padre, haré lo que me pidas. No les hagas daño. Haré lo que quieras”.

“Esto es lo que deseo. Debes elegir... y elegir inteligentemente”.

Kara miraba a su madre y a David. Ella temblaba incontrolablemente. “No puedo... no puedo elegir entre ellos...”

“Debes hacerlo. Si no lo haces... los mataré a los dos”. Kara redobló sus intentos por soltarse de los demonios mayores, pateando como una bestia loca. Los demonios mayores la castigaron, apuñalándola con sus espadas de muerte. Lloró al sentir como el veneno la quemaba. Si tan sólo pudiera zafarse.

“Está bien, Kara. No te preocupes por mí” dijo David con voz entrecortada. “Salva a tu madre. Pero prométeme una cosa... prométeme que vas a patearle el trasero a este idiota”. Él estiró sus labios temblorosos y forzó una fina sonrisa. Ella sabía que él estaba tratando de ser valiente, David McGowan no mostraría temor nunca. Kara soltó un grito y su cuerpo perdió la fuerza. ¿Cómo iba a elegir entre el chico que amaba y su madre? ¿Cómo podría alguien elegir? Kara no pudo. Dejó de luchar contra los demonios. “Yo... no puedo” dijo por último, las palabras le quemaban los labios. “¿Cómo podría?”

“¡Elije!” rugió Asmodeus. Escombros cayeron desde arriba bañando a Kara en un manto de polvo. “¡O ambos morirán, niña estúpida!” Su madre gritó, lazos negros se enredaban alrededor

de su cuerpo. Los vapores negros le estaban exprimiendo la vida. Kara sabía que estaba a punto de morir. Los labios de Kara temblaban. Miró a David y él vio hacia el suelo, tratando de evitar su mirada. Ella quería desesperadamente llegar a él. *David*, le llamó con su pensamiento. *¿Qué hago?*

Asmodeus se rio entre dientes, burlonamente. “Estoy muy decepcionado de ti, hija. Estaba seguro de que elegirías al niño en vez de a tu madre. Bueno... Supongo que tendré que tomar la decisión por ti”.

Rayos negros salieron de la mano del demonio mayor.

Le pegaron a David en el pecho.

El aulló cuando la corriente se desplazó dentro de su pecho, quemando su cuerpo de ángel. Se desplomó al suelo, su cuerpo se estremeció y los cordones negros lo envolvieron. El sonido de la carne ampollándose y quemándose la hizo sentirse enferma. Vapores negros emanaban de su cuerpo, carcomían a través de su piel como un ácido. Un grito escalofriante escapó de la garganta de Kara, no podía dejar de gritar.

“Suéltala”, dijo Asmodeus repentinamente.

Cayó de rodillas. Se dio cuenta de que sus brazos estaban libres. Kara se puso de pie y corrió hacia David. Su piel de ángel había desaparecido y había sido reemplazada por una concha de luz brillante. Kara acunó su cuerpo cuidadosamente contra su pecho. “¡David! ¡David!”

David abrió los ojos lentamente. “¿Kara?”

“Sí, estoy aquí, vas a estar bien”. Ella acarició suavemente su rostro.

“Kara... lo siento”. Su voz se quebraba y Kara apenas podía escucharlo. Ella se inclinó hacia adelante y acercó su oreja a sus labios.

“No hay nada que lamentar, esto es mi culpa. Todo es culpa mía”.

Con su último aliento de energía, David apretó la mano de Kara. “Me gustaría... desearía que nos pudiéramos haber conocido como mortales. Podríamos haber tenido una vida juntos, tú y yo. Tú eres mi alma gemela, Kara Nightingale. Nuestras almas estaban destinadas a estar juntas y ahora voy a morir, sin realmente tener la oportunidad de estar contigo”.

Kara abrazó a David con más fuerza. “No... vas a estar bien. Yo...yo voy a llevarte a Raphael. Ella te curará, te lo prometo”.

“¡Mátalo, Kara...!”

“¡David!”

Luz blanca alba brilló a través del cuerpo de David. Su forma sólida irrumpió en un millón pequeñas partículas brillantes, se sostuvieron por un instante encima de la pila de ropa David, como una nube de estrellas. Oscilaron y empezaron a girar, atrapadas en el viento invisible. Kara soltó un grito, se levantó de un salto y extendió los brazos desesperadamente en el aire, tratando de atrapar la esencia de David. Pero las partículas brillantes pasaron entre sus dedos y desaparecieron de sus manos como copos de nieve derretida.

Desecha, Kara bajó sus manos a su lado y vio hacia arriba, al cielo gris oscuro donde David había desaparecido.

Capítulo 18

Última Llamada

Kara estaba sola en el centro de la cámara. Un zumbido constante martillaba en sus oídos, su espíritu se había roto. David había desaparecido para siempre. Estaba muerto, Asmodeus lo había matado. El piso comenzó a moverse. Cerró los ojos y se dejó caer.

Oyó a alguien murmurar su nombre... se sentía lejana. Yacía en el frío piso de piedra, insensible al mundo a su alrededor. Sintió unas manos suaves levantarla y abrazarla. Kara abrió los ojos.

“Mamá”.

Kara sollozó en el pecho de su madre. Gritó el nombre de David, pero como un ángel de la guarda, las lágrimas no brotaron. No había liberación del dolor como cuando había sido una mortal y sus lágrimas podían lavar su tristeza. En Horizonte no tenía desahogo, así que el dolor era cien veces peor.

“Que hermosa reunión familiar, ¿no crees?” dijo Asmodeus. “Finalmente, somos una familia otra vez. Ah... siento un cosquilleo interior”.

Kara levantó la cabeza del hombro de su madre. “Tu... no eres mi familia”, dijo entre dientes, añadiendo tanto veneno a sus palabras como pudo.

Asmodeus levantó sus manos en señal de derrota. “Bueno, bueno. Querida hija, no te enfades conmigo, aunque he oído que los adolescentes no deben llevarse bien con sus padres. Así que yo creo que tu odio hacia mí es completamente natural. Él no era bueno para ti, Kara. Te lo prometo, te puedo dar tantos juguetes como quieras. Sólo di la palabra y son tuyos”.

Asmodeus caminó fuera de la plataforma con gracia y caminó hacia ellas.

“Estás enfermo”.

“No. En absoluto. Me siento muy bien”. El demonio mayor agitó sus pies y bailó en el cuarto. “¡Nunca he estado mejor! ¡Estoy invicto! Verás, ahora tengo todo el poder, aplastaré lo que queda del mundo mortal y gobernaré el mundo del espíritu. Horizonte es mío... al fin”.

Su rostro se agrietó en una sonrisa malvada, miró hacia arriba y se dirigió a las hordas de demonios que acechaban en los alrededores y en los asientos de la cámara. “¡Demonios! Como lo prometí, Horizonte es nuestro y hoy nos daremos un festín... ¡festín con las almas de los ángeles!”

Toda la cámara rugió. Tanto los demonios mayores como los menores se unieron en lo que le pareció a Kara una especie de canto ceremonial. Echaron hacia atrás sus cabezas y aullaron. La sala se estremeció y Kara sintió como el piso debajo de ella vibraba. Los demonios saltaron desde las paredes y aterrizaron en medio de la multitud de las criaturas que estaban más abajo. Sus cánticos se hicieron más fuertes, hicieron un círculo alrededor de Kara y su madre. El olor a putrefacción se mezclaba con el olor agrio del aliento del demonio. Kara vio el terror en los ojos de su madre. Sintió que era demasiado, estaban a punto de convertirse en el plato principal del menú demoníaco. “

“¿Qué va a pasarnos a mi mamá y a mí?”, preguntó Kara, con pánico en su voz.

Asmodeus suspiró. “Dejaste muy claro que no quieres ser parte de mi... familia. ¿Qué crees que te pasará? Eres una chica inteligente, te voy a dar una pista... rima con *suerte*...” el demonio se rio, girando como un loco sobre su eje.

Las nubes se separaron repentinamente y un rayo de sol se filtró desde arriba. Una pequeña parte de la habitación se encendió en una suave luz amarilla por un momento y luego se apagó. Pero un parpadeo de la luz llamó la atención de Kara... la daga del infierno estaba a solo unos pasos de ella.

El demonio mayor acomodó sus mancuernas. “Definitivamente voy a necesitar un nuevo traje, pero no antes de que hagamos una pequeña limpieza primero”. Miró hacia arriba y sus ojos aterrizaron en Gabriel. Sonrió. “Zadkiel, necesito que me traigas a ese patético arcángel aquí. Estoy necesitando un poco de tónico para alegrar mi estado de ánimo”.

Kara miró a Gabriel. Él no se había movido de su lugar, aferrado a un banco cercano en el que se apoyaba. Con su mandíbula apretada, el gran arcángel parecía decidido a morir sin miedo... la muerte verdadera.

Y de pronto lo supo. Supo lo que tenía que hacer.

Kara empujó suavemente a su madre y corrió hacia la daga. La tomó. Las llamas se derramaron alrededor de su mano y brazo, pero solo sintió un leve hormigueo, se sentía bien en su mano.

La cara de Asmodeus se retorció, riendo a carcajadas. “¿Qué es esto? Espera un minuto, Zadkiel... mi hija quiere hacerme más daño, ¿no es así, Kara?”

Kara lo ignoró. En cambio, caminó tranquilamente a donde su padre estaba parado, viéndose elegante incluso con su arruinado traje rojo. Kara llevaba la espada colgada a su lado.

“Esa espada no puede hacerme daño, niña tonta. ¿No lo entiendes? Soy eterno. Nada puede hacerme daño, nunca más”.

Kara estaba parada ante el demonio. Sentía el poder de la daga en su mano derecha. Las llamas de oro hacían cosquillas su piel. Ella pensó en David. Recordó sus bellos ojos azules... su mejor amigo, su mentor. Recordó sus labios suaves cuando se besaron la primera vez, ella había estado enamorada de él desde entonces. Recordaba lo increíble que había sido sentirse protegida entre en sus fuertes brazos. Su rostro se había evaporado en la nada, frente a ella. Nunca lo vería de nuevo.

Asmodeus se reía como un colegial. “Este día está resultando ser mejor de lo que había planeado. Mi hija me quiere matar... otra vez”. El demonio aplaudió, entusiasmado.

Sin ninguna expresión en su rostro, Kara fijó la mirada en la de su padre.

“Te equivocas. Esta daga no es para ti, querido padre. Es para mí...”

Kara llevó la daga a su pecho. Escuchó gritar a su madre.

Se concentró en Asmodeus, su energía elemental, el poder de la daga y su esencia de ángel combinadas. Sintió a las tres fuentes combinarse en un poder inimaginable. Ignoró el insoportable dolor y se concentró sólo en Asmodeus, tenía que morir.

Ella sintió una sensación de ardor y luego un olor a carne quemada. Miró hacia abajo, a su cuerpo. Su piel de ángel se escurría de ella, derretida, deslizándose a un charco en el piso. Se derretía como una figura de cera. Pronto, su piel entera se había ido. Sólo quedaba una cáscara de brillante luz dorada. Kara sabía que se estaba muriendo, como David. Ella sabía que no tenía

mucho tiempo antes de que su cuerpo se disolviera completamente.

Centró toda su energía en Asmodeus. Elevó sus brazos en el aire, la luz dorada emanó a través de sus manos y golpeó a su padre demonio.

Él se tambaleó hacia atrás, sorprendido.

“¿Qué es esto?” Su cuerpo se consumió en un fuego dorado mientras agitaba sus manos frenéticamente. Kara escuchó el chisporroteo del fuego. Asmodeus gritó y corrió a ciegas alrededor de la cámara, tratando desesperadamente de apagar las llamas. Su fuerte chillido hizo eco a través de la cámara, y luego se quedó inmóvil. Sólo las llamas se movían, bailando en su cuerpo y a su alrededor. Kara podía ver al otro lado de la cámara a través de grandes agujeros en su cuerpo. Se volcó y cayó al suelo. Su cuerpo ardiente explotó en una nube de polvo negro. Pequeñas partículas flotaron en el aire por un momento y luego desaparecieron en la nada.

Kara sintió su fuerza vital dejando su cuerpo. Se las arregló para caminar hasta el lugar donde David había muerto y se desplomó al suelo. Pudo escuchar la voz suave de su madre que la llamaba. Pero ella no podía verla. Intentó responder, pero su boca no se movía. El dulce sonido de la voz de su madre se envolvió alrededor de ella. Kara está feliz de que su madre finalmente esté segura. La Legión está a salvo. Horizonte está a salvo. Ella ha cumplido con su tarea.

Sabe que está lista, y se deja ir.

-

Capítulo 19

Un Pent-house en las Estrellas

Una suave brisa huele a pino y tierra. El suave murmullo de gente hablando fluye como las hojas en el viento. Botellas chocan unas con otras y el ruido de metal golpeando metal reverbera a lo lejos. Algo pesado raspa el piso, líquido gotea y salpica y luego un ruido fuerte, como si una puerta se hubiese cerrado.

Kara abrió los ojos. Formas borrosas se movían a su alrededor. Parpadeó y después de un momento, su vista regresó. Miró a su alrededor. Luz roja llegaba desde una ventana superior, emanando un cálido resplandor alrededor de la sala redonda. Kara reconoció la sala inmediatamente, ella estaba en la cámara curativa de Raphael. Con un poco de esfuerzo, Kara se sentó y se inspeccionó a sí misma. Estaba vestida con un cómodo pijama de lino blanco, como las de un hotel caro. ¿Por qué estaba aquí y en pijama? De repente los recuerdos inundaron su mente.

David. Asmodeus. La daga del infierno.

Se desabotonó y examinó su pecho. No había signos de heridas, nunca había sucedido, todo había sido una pesadilla. Una mujer de cabello rojo estaba sentada tranquilamente en una silla cercana. Camael, el arcángel que había sido herida por Asmodeus. Raphael aún estaba curando sus heridas... no era un sueño.

David realmente estaba muerto.

“¡Kara!”. Raphael corrió hacia ella. Tomó la mano de Kara en la suya y la apretó cariñosamente. "Estaba tan preocupada. Yo... no estaba segura de poder sanarte... ¡pero lo hice!" Ella miró el rostro perplejo de Kara. “Tenías suficiente fuerza vital en ti para que te trajera de vuelta. No puedo explicarlo... quizás tiene algo que ver con tu parte *elemental*, pero lo que haya sido, me alegra que funcionara”.

Kara miró sus ojos verdes. Intentó sonreír, pero su cara estaba entumecida. Ni siquiera podía agradecer a la mujer. No se sentía emocionada de estar de vuelta. No sin David. Ella sintió cómo Raphael leía sus pensamientos. Avergonzada, Kara bajó los ojos y miró sus manos.

“Escúchame, Kara”. Rafael acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja de Kara. Sus ojos eran amables. “Yo también quería a David, y lo extraño muchísimo. Pero no podemos cambiar lo que pasó”.

Ella tomó el rostro de Kara entre sus grandes manos. “Kara, nos has salvado. Salvaste a la Legión, todos estaríamos muertos si no hubiera sido por tu coraje y tu rapidez de pensamiento. Sé que si David estuviera aquí ahora, estaría muy orgulloso de ti. Todos lo estamos. Tu madre también.

“M... mi madre está bien, ¿verdad?” Recordaba vagamente la voz de su madre llamándola antes de que se desmayara. Kara había rogado que no le pasara nada a ella.

“Sí” dijo Raphael, “tu madre está bien. Gabriel y ella te trajeron a mí”.

La imagen del cuerpo de Gabriel cubierto de heridas volvió a la mente de Kara. “Entonces...

¿qué pasó después de que me desmayé? ¿Dónde están los demonios ahora?”

“Se han ido. Después de que vieron a su amo muerto, huyeron lejos como ratas aterrorizadas. Volvieron al Inframundo, donde deben estar”.

“¿Y Zadkiel?” El arcángel dejó escapar un ruidoso suspiro. “Desafortunadamente, el traidor Zadkiel escapó. Gabriel dijo que Zadkiel corrió tan pronto como vio a su maestro morir, como un verdadero cobarde. Quién sabe en qué agujero se escondió”.

Kara podía pensar en uno.

“Entonces, Horizonte está recogiendo los pedazos lentamente y reparándose a sí mismo”, continuó Raphael. “Todavía tenemos mucho que hacer, pero tarde o temprano llegaremos allí. Horizonte será tan hermoso como antes y muy pronto todos los AGs volverán a su trabajo, salvando a los mortales. Estarás en tu antiguo trabajo antes de que te des cuenta”.

Kara no podía hablar. Las palabras no salían de su boca. La quemaban, atascadas en la parte posterior de la garganta. Sólo movió su cabeza en señal de que había entendido.

El arcángel se encogió de hombros. “Vamos a que te cambies. El Jefe te está esperando, Kara. Está muy emocionado de que lo visites”. Al escuchar eso, Kara levantó los ojos.

“Sí”, continuó el arcángel. “Él quiere conversar contigo. Supongo que quiere un relato completo de lo sucedido, es muy concienzudo... asegúrate de decirle todo. No olvides nada”. Kara asintió con la cabeza.

Kara miró sus botas recién pulidas... estaban tan brillantes que parecían mojadas. El suave vaivén del ascensor la hacía moverse ligeramente de izquierda a derecha. El operador del ascensor, un babuino con la dentadura excesivamente grande con el nombre de 3B52, había sobrevivido a los ataques. No podía dejar de hablar de ello y trataba incesantemente de que ella también hablara, pero Kara sólo escuchaba murmullos inteligibles y miraba el piso.

Ding. Las puertas del ascensor se abrieron. Kara se asomó, la luz blanca cegó su visión. Era como entrar en el sol. Oyó un golpe metálico detrás de ella, y supo que el ascensor se había ido. Kara caminó hacia la luz, y cuando ésta se dispersó se dio cuenta de que estaba en una especie de pent-house gigante.

La habitación estaba elegantemente decoradas con alfombras de felpa y suaves sofás y sillones. Ventanas de siete metros de alto rodeaban la habitación por los cuatro costados, un cielo negro lleno de diamantes brillaba tras el cristal y Kara pensó que, extrañamente, parecían estrellas. Sintió calor en un lado de su cabeza. Se volvió y tapó sus ojos. Increíblemente, estaba viendo el sol. Corrió hacia la ventana más cercana, presionó su frente contra el vidrio y observó hacia el espacio exterior.

El gran apartamento flotaba en una galaxia de millones de estrellas, polvo y gas. Ella reconoció el anillo alrededor de Saturno y adivinó que el planeta más grande era Júpiter. El diminuto planeta era sin duda la tierra, flotando en la oscuridad. Desde aquí Kara podía ver las suaves nubes blancas envueltas alrededor del planeta azul... así era cómo los astronautas veían el espacio exterior. Era más hermoso de lo que ella podría haber imaginado. Rayas de color púrpura y rosa pintaban el cielo negro, como una pintura modernista.

Alguien aclaró su garganta. Kara se volvió y miró a la cara de un anciano. Él estaba parado en medio de la sala entre un gran sofá y sillas llenas de suaves cojines, la mesa de centro junto a él estaba equipada con platos de comida y una variedad de bebidas. El hombre era de mediana estatura con una cara redonda, mejillas rosadas y pequeños ojos brillantes. Su pelo blanco

resbalaba sobre sus hombros. Una espesa barba caía sobre su enorme vientre y llevaba un kimono blanco con estrellas doradas bordadas en el tejido y amarrado con un cinto dorado por la cintura. Kara pensó que se parecía a Santa Claus. Casi sonríe.

El Jefe arrugó la cara en una gran sonrisa. “Bienvenida, Kara. Te he estado esperando”.

El vello en la parte posterior de su cuello se erizó. Había oído esa voz antes, estudió al hombre más de cerca, intentando recordar en dónde había oído la voz.

“Ven. Siéntate aquí conmigo”. El Jefe hizo un gesto hacia el gran sofá beige junto a él.

Kara se dejó caer entre los suaves cojines y le echó una buena mirada a todos los alimentos. Había una variedad de platos llenos de papas fritas, pollo frito, pepinillos, aros de cebolla, hotdogs, pizza, patatas fritas, gominolas y botellas de refrescos. El Jefe tomó un plato de la mesa y lo puso delante de Kara. “¿Aros de cebolla? Son muy buenos ¿sabes? Muy crujientes. Prueba... toma uno”

Kara meneó la cabeza y miró el plato cubierto con crujientes aros de cebolla. Imaginó, por el tamaño del vientre del Jefe, que seguramente comía como un mortal. Pero, ¿cómo podría?

“No, no en realidad”, dijo el Jefe, como si leyera su mente. “No necesito comida como los mortales, pero realmente disfruto comer de vez en cuando. Incluso puedo saborearla. Sabe a comida real. Disfruto comer, me mantiene ocupado. ¿Estás segura de que no quieres una?”

Kara meneó la cabeza otra vez. Finalmente, reconoció la voz. Miró con ojos desorbitados al hombre.

“¡Legan! ¡Eres el prisionero del tártaro!”

Los hombros del jefe sacudieron al reír suavemente. Se metió tres aros de cebolla en la boca y colocó el plato en la mesa. “Sí. Ese era yo”, dijo con la boca llena.

“Así que... ¿significa esto que sabías lo que pasaría? ¿Sabías lo que estaba planeando Asmodeus todo el tiempo?”

“Sí”.

Kara lo miraba sin comprender. “No lo entiendo. Si sabías lo que iba a hacer, entonces ¿por qué no detuviste a Zadkiel tú mismo? ¿O a Asmodeus? ¿Por qué dejaste que todos aquellos mortales y ángeles murieran?”

La tristeza flotó en ojos azules del Jefe. Estuvo silencioso durante un tiempo y por último habló: “Ojalá fuera así de sencillo, Kara. Pero por desgracia no lo es. Puedo imitar a un personaje de vez en cuando... pero no puedo cambiar el curso de los acontecimientos. Lo que debe pasar... pasará. El universo siempre encuentra la manera. Yo simplemente te empujé en la dirección correcta”.

“¿Pero por qué yo? No soy un ángel, yo estoy contaminada con la sangre del demonio. Soy un monstruo”.

El Jefe alargó la mano y puso dos aros de cebolla en su boca. Limpió la grasa de su barba con un paño blanco y tomó un frasco grande lleno de dulces.

“¿Gominolas?”

Kara meneó la cabeza. “No, gracias”.

El Jefe colocó el frasco sobre la mesa. “Asmodeus pensó que había creado un arma perfecta para hacer de las tuyas cuando te usó, pero yo sabía que ese no era el caso. Te eligió para un propósito, y yo te elegí para otro propósito. Eras la única persona que podía derrotarlo al final. Él había creado su propia muerte, asesinado por su propia creación... por así decirlo. Eres un ángel

especial, Kara. Salvaste el mundo”.

Kara recordó los aullidos del demonio la primera vez que creía haberlo derrotado. La horrorizó saber, más adelante, que no había sido destruido, sino que simplemente había regresado a su reino. Tal vez el demonio mayor no podía ser asesinado.

“Entonces... ¿Asmodeus se ha ido para siempre? ¿Está muerto?”

El Jefe desatoró un trozo de comida de sus dientes. “Así parece. Sí, querida, creo que será la última vez que sepamos de él”.

Era la buena noticia de que había estado esperando escuchar. Se recostó con más libertad en el suave sofá y trató de relajarse.

“Entonces el mundo mortal estará seguro, ¿no? Si Asmodeus ya no está allí para guiar a los demonios, ¿simplemente desaparecerán? Estarán dispersos, sin un líder... y serán mucho más fáciles de matar. Los mortales tendrán un mundo libre de demonios, ¿no?”

“Me temo que no es tan sencillo”. El Jefe mordió un trozo de pizza y se lo pasó con una bebida. “¿Pizza?” Le entregó la caja de cartón abierta con la jugosa pizza en su interior.

“Ah... no, gracias. ¿Qué quieres decir?”

El anciano puso la caja en el asiento junto a él y colocó sus manos en su regazo. “Donde hay luz, siempre habrá oscuridad. Y donde hay bien, el mal siempre estará cercano”.

Kara arrugó su rostro. “No lo entiendo. ¿Qué estás diciendo?”

“Siempre habrá demonios, Kara. Al igual que siempre habrá ángeles. Incluso con el fallecimiento de Asmodeus, el mundo mortal no estará a salvo para siempre. Pronto otro ángel caerá bajo la tentación del poder y va a querer gobernar la tierra o a Horizonte. Tal vez pasen milenios antes de que sepamos de la declaración de otro líder demoníaco, o puede ser en dos semanas. No lo sabemos, y el proceso comenzará de nuevo”.

Kara se reclinó y procesó la información. Lo que el Jefe decía tenía sentido. Al menos por ahora, el mundo mortal y Horizonte estaban a salvo.

“Kara, te pedí que vinieras por una razón. Tengo una propuesta para ti”.

Kara miró los ojos azules del Jefe. “¿Cuál es tu propuesta?” Ella no podía pensar en nada. ¿La iba a mandar a una misión secreta?

“Como te imaginarás, tengo unas cuantas... vacantes en el Departamento de arcángeles”.

Kara se enderezó. No estaba segura de haber escuchado correctamente.

“Te estoy ofreciendo la oportunidad de ser un arcángel”. El Jefe miró a Kara con tal alegría que ella pensó que él estaba seguro que iba a aceptar. Casi lo consideró por un momento, pero ella sabía que no podía. Esto no era para ella.

“Tienes algo distinto que ofrecer y tu juventud será un cambio saludable para el gobierno”. La sonrisa del jefe se extendió y Kara notó dos pequeños hoyuelos por debajo de sus mejillas. “Yo creo que serías una gran añadidura para el Consejo. Qué dices, ¿eh?”

Sus palabras giraron en la cabeza de Kara. El rostro de David apareció en su mente. Cuánto lo extrañaba. Horizonte no era lo mismo sin él. Ella miró hacia arriba y vio al Jefe a los ojos. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo podría alguien negársele? Pero escuchó las palabras en su cabeza antes de que ella incluso las pudiera pronunciar.

El jefe pareció estar leyendo sus pensamientos nuevamente.

“Eres infeliz aquí, ¿no? Puedo sentir el sufrimiento en tu alma, Kara”. Colocó una mano sobre su hombro y apretó suavemente. Sus ojos bondadosos buscaron su cara.

“Yo... lo siento mucho pero, no puedo aceptar”. Kara no sabía qué decir, ella se sentía terrible.

“Bueno, entonces no me dejas otra opción”. El jefe rebotó desde el sofá. Parecía sorprendentemente ligero de pies para alguien tan grande de la cintura. Tomó un vaso de líquido bronceado y bebió todo el contenido de un gran trago.

Kara apartó el cabello de sus ojos. “¿Perdón?”

“Dije que me no dejas alternativa. No me queda *más remedio* que ofrecer algo a cambio. Necesito darte las gracias de alguna manera. Salvaste mis reinos... ahora te concederé un deseo”.

Kara lo vio, desconcertada. “¿Un deseo? ¿Estás hablando en serio?” Él no se parecía nada a un genio. Tal vez Santa también podría conceder deseos.

“Por supuesto que lo digo en serio, mi querida niña. Pide, y te será concedido”.

“¿Cualquier cosa?” dijo Kara.

“Sí”, respondió el Jefe. “Te concederé cualquier cosa que desees”.

Y entonces Kara sonrió, por primera vez en días.

Capítulo 20

Un Nuevo Comienzo

Petirrojos gorgoreaban y volaban en las cálidas brizas de mayo. Parvadas de ellos ondeaban y revoloteaban sobre un césped bien cuidado. Con sus vientres rojos expuestos, se paraban derechos y orgullosos. Un petirrojo macho de vibrantes colores saltó de repente y sumergió su pico en el suelo. Con fuertes tirones, sacó un gran gusano marrón debajo de capas gruesas de pasto y se lo tragó entero.

Kara sonrió, ella sabía que ver petirrojos era una señal que el verano estaba cerca y eso significaba también que la escuela casi terminaba. Ella finalmente podría concentrarse totalmente en su paquete de presentación para el programa de arte Dawson College que comenzaba en el otoño. Su trabajo debía ser excepcional para calificar para el programa. Sólo aceptaban a los mejores, y Kara creía que ella era uno de ellos. Sus profesores de la escuela secundaria habían elogiado sus pinturas demoníacas de aspecto extraño. Le dijeron que tenía talento, y creían que tenía una buena oportunidad de ser aceptada.

Kara inhaló el tibio aire a través de la ventana de su dormitorio. Unas pocas nubes salpicaban el cielo azul. Kara se imaginó que eran grandes águilas, persiguiéndose unas a otras.

Los petirrojos volaron lejos. Una pareja joven caminaba por la calle cogidos de la mano, se besaron y la chica rio con entusiasmo. Kara los observaba con cierta nostalgia en su corazón. Se veían desagradable y melosamente enamorados. Se chorreaba por sus poros mientras miraban a los ojos del otro. Su dolor se hizo más agudo. Cómo deseaba ser ella. Aunque ahora tenía diecisiete años, estaba singularmente soltera. Deseaba encontrar a alguien especial algún día, con suerte, antes de que cumpliera los cuarenta años. Vio a la joven pareja desaparecer alrededor de la esquina.

Kara soltó un suspiro. No dejaría que sus sentimientos interfirieran con este día perfecto. Decidió que podría sentir pena por ella misma algún otro día. Kara se rio, era un día hermoso; un día perfecto para pasear y sentarse en un banco del parque a leer un buen libro. Los sábados eran ideales para ir a la tienda de libros usados que tanto amaba. Pensó que tal vez habría un buen libro sobre aves... o quizá esa edición de cubierta dura del *Mago de Oz* que ella había deseado por tanto tiempo.

Pero no era la única razón por la que quería ir a la librería. Ella necesitaba un trabajo, tenía que ahorrar dinero para ir al colegio, y pensaba que así podría conseguir uno que disfrutaría. Además, vivía prácticamente en esa librería; era como un segundo hogar para ella. Y el Sr. Patterson había insinuado amablemente que él necesitaba ayuda el otro día, Kara decidió que *ella* sería la indicada para ayudarlo.

Saltó del alféizar de la ventana y corrió a su armario, abrió las puertas y asomó su cabeza.

“¡Mamá! ¿Dónde está mi blusa negra?” gritó Kara desde dentro de su armario. No la encuentro en ningún lugar, dijiste que la habías lavado.

“Está en la secadora”. Kara escuchó la voz de su madre desde la cocina. Después de unos minutos de hurgar en la secadora, Kara sacó su blusa negra favorita de cuello en v. Se percató de que ya estaba más bien gris oscuro, pero no le importaba. Era la blusa más cómoda que tenía. Restregó su cara en ella y la olió. Ella sonrió, olía a lavanda. Se puso la blusa y corrió hacia la cocina.

Su madre estaba parada frente al fregadero mirando por la ventana mientras lavaba los platos. Su rostro parecía tranquilo. Sus grandes ojos marrones brillaban, y de alguna manera se veía más joven. Quizá era la forma en la que el sol iluminaba su cara. Debía ser eso.

Se puso de puntitas, se inclinó y besó a su madre en la mejilla. “Nos vemos más tarde, tengo que irme”.

Kara corrió fuera de la cocina y se dirigió hacia la puerta.

Su madre se volvió. “¿Qué? ¿Adónde vas?” Agua grasienta goteaba de sus manos a los pisos de linóleo blanco con negro. “¿Llegarás a tiempo para la cena, Kara?” preguntó, limpiando sus manos sobre sus jeans.

Kara abrió la puerta. “No lo sé, voy a la librería. ¡Te amo!” respondió, y cerró la puerta detrás de ella.

Voló hacia abajo por los dos tramos de escaleras, a través de un pequeño vestíbulo sórdido y finalmente hacia fuera a través de la puerta principal del edificio de apartamentos. Contenta de salir del apesadoso lobby con olor a cigarrillo, Kara respiró el dulce aroma de los árboles de lilas que rodeaban su edificio. Las flores moradas despedían un dulce aroma. Cortaría algunas ramas para su mamá cuando regresara, eran sus favoritas. El aire caliente rozó sus mejillas. Lo aspiró profundamente.

Kara paseaba por la acera y cruzó a la calle de Saint-Marc. Ya había compradores paseando para abajo y para arriba de la calle con grandes bolsas colgando de sus brazos. Había tiendas por los dos lados de las calles. Puertas verdes, rojas, azules y amarillas estaba entreabiertas, invitando a los curiosos compradores a entrar. La tienda de mascotas de Paul apareció frente a su vista y Kara se detuvo a admirar los cachorros Golden retroceder en la ventana del frente. Como de costumbre, la ventana de un lado exigía su atención. Una jaula de metal grande ocupaba el ventanal entero. Dentro de la jaula había un pequeño mono marrón con un rostro negro arrugado como una ciruela desecada. Era el mismo mono que veía todos los días en su camino a la escuela y en su camino a la librería. Sus ojos amarillos siempre le daban a escalofríos, era como si estuviera tratando de comunicarle algo. El mono era la mascota del dueño, y todos los días colocaba la jaula en uno de los dos ventanales en la parte delantera de la tienda. Curiosamente, el mono pasaba el día haciendo gestos obscenos a los transeúntes. Al principio, Kara pensó que era lindo y tierno, así que metió sus dedos a través de las barras para acariciarlo...y los sacó rápidamente...después de que el primate los mordiera. Desde entonces, no se interesó más en él.

Ahora trepaba los muros de su prisión de metal y empujaba su cara entre las barras, chillándole a Kara, reclamando una vez más su atención.

“¿Qué pasa contigo y tu mala actitud?” le preguntó Kara al mono. “Sabes, si intentaras ser un poco más gentil, podría darte algunas golosinas” dijo Kara, señalando su bolsillo delantero.

Los ojos amarillos del mono la observaban, retorciendo su cara en una mueca. Frunció los labios... y escupió.

Kara lo esquivó justo a tiempo. El escupitajo cayó en la acera. Kara se rio. Ella había

reconocido su cara de “te voy a escupir”, puesto que él ya había logrado cumplir con su objetivo una vez. Se dijo a si misma que nunca más permitiría que eso sucediera. Pronto lo haría pagar por ello.

“¿Ves? ¿Por qué tenías que hacer eso, pequeño demonio?” El mono parecía enojado de no haberle atinado y comenzó a gritar y sacudir su jaula.

Bestia loca, Kara sonrió al pasar por su jaula, ignorando sus rabieta salvajes.

El olor a incienso llenó su nariz. Kara vio hacia una gran puerta roja que se mantenía abierta por una alta pila de libros. Un letrero de madera descascarada leía con letras rojas, *Librería del Viejo Jim...* su nuevo empleador.

Con una sonrisa Kara saltó a la calle, los ojos pegados en la librería, y se tropezó con alguien.

Dio un paso atrás y gritó por la sorpresa. Levantó la mirada, un guapo joven la observaba. Su cabello rubio estaba despeinado, tenía una cara hermosa y una fuerte mandíbula cuadrada. Una chaqueta de cuero marrón cubría sus fuertes hombros. Llevaba un par de blue jeans desteñidos y una camiseta blanca, ajustada sobre su musculoso torso. Él la miró con penetrantes ojos azules, el tipo que obligaba a Kara a mirar hacia otro lado.

“Perdón”, dijo el desconocido con una sonrisa divertida. “No te vi”.

El corazón de Kara se quedó atrapado en su garganta. ¿Dónde había escuchado esa voz antes? Sus ojos volvieron a su rostro. Se le erizó la piel de todo el cuerpo. Empezó a temblar, ese rostro le resultaba sumamente familiar. ¿Quién era? No podía dejar de mirarlo, y cuando el desconocido le sonrió, tuvo que alejar la mirada, apenada. Sus mejillas la quemaban, sabía que estaba ruborizada.

“¿Te conozco?” El desconocido dio un paso adelante. “Tu rostro me resulta muy familiar. ¿Nos hemos visto antes?”

La mandíbula de Kara estaba pegada. No podía hablar y su piel hormigueaba.

Kara miró a la cara del joven que acababa de conocer, pero de alguna manera sentía que lo conocía de siempre. Era como si hubiera llegado de otra vida, en un momento diferente. Sintió el calor de la sangre en su cara, pero no le importaba. No podía apartar sus ojos de él, no podía entender lo que estaba sucediendo.

“¿Cómo podría olvidar a una chica tan guapa?” El extraño pasó sus dedos a través de su cabello. “Caray, esto va a sonar muy raro... pero... siento como si te conociera. He visto tu rostro antes, pero es aún más que eso... siento que te conozco de toda la vida”. Rascó la parte trasera de su cuello y sonrió suavemente. Se ruborizó. “Si... sé que suena muy loco”.

Kara sujetó sus temblorosas manos detrás de su espalda. “No, no estás loco. Yo... yo... siento lo mismo que tú, como si ya te conociera,” dijo finalmente. “Esto es muy raro”.

El extraño suspiró, aliviado. Extendió la mano. “Yo soy David... y al parecer estoy un poco loco”.

David, Kara repitió en su cabeza. De alguna manera ella ya sabía su nombre. Devolvió el apretón de manos “Soy Kara”.

David apretó su mano suavemente, pero no la soltó. Su piel estaba tibia, y Kara sintió escalofríos por su espina dorsal. Su toque era electrificante. Kara se estremeció involuntariamente, su corazón golpeaba dolorosamente contra su pecho. Ella estaba segura de que David podía oírlo, pero todavía no soltaba su mano.

“Kara”, repitió David viéndola fijamente. Se quedó allí, buscando en su rostro y Kara se

congeló en su mirada, sin desear moverse, por temor a despertar de ese sueño. Era un sueño, ¿verdad?

David ladeó su rostro. “¿Vas a alguna parte, Kara?”

Kara abrió la boca, pero no salieron palabras. Avergonzada, cerró la mandíbula otra vez. Sintió los dedos tibios de David presionar contra su piel. De alguna manera se sentía natural. Después de un momento, ella suavemente retiró su mano de la de David y apuntó a la librería. “Ahí... voy... iba a la librería”.

David miró a la librería y volvió a verla a ella. “¿Te importa si voy contigo? Yo no soy un ávido lector, pero algo me dice que no debo perderte de vista. Como que tengo que mantenerte a salvo”.

El corazón de Kara dio un salto. Por dentro, sentía exactamente lo mismo. Un sentimiento poderoso se apoderó de ella también, tenía que cuidar de él. Ella sabía que no tenía sentido. ¿Cómo podía estar pasando esto? No le importaba, esto se sentía bien. David se sentía bien. No podía explicarlo, era un sentimiento profundo y sabía que debía estar con él.

Kara le sonrió. “Claro, pero estoy segura de que puedo encontrar algo para que leas”.

David se rio suavemente. “Lo dudo. Leer realmente no es lo mío... soy más bien del tipo que juega videojuegos”.

“Tenía el presentimiento de que dirías eso”.

David seguía mirando a Kara con una expresión arrogante enyesada a su rostro, como si hubiera ganado un premio. Ella disfrutaba de sus atenciones, aunque eran un poco confianzudas. De alguna manera, Kara se sintió completa.

Cruzaron la calle juntos.

Kara sonrió.

Este era el mejor día de su vida.

Acerca del Autor

Kim Richardson es la autora de la serie GUARDIANES DEL ALMA. Ella nació en un pequeño pueblo en el Norte de Quebec, Canadá, y estudió Animación en 3D. Como Supervisora de Animación para una compañía VFX, Kim trabajó en grandes films de Hollywood y se mantuvo en el campo de la animación por 14 años. Desde entonces, se ha retirado del mundo VFX para establecerse en la campiña, donde escribe tiempo completo.

Para conocer más del autor, por favor visite:

www.kimrichardsonbooks.com

www.facebook.com/KRAuthorPage